

Carlos Bernardo González Pecotche
RAUMSOL



INTERMEDIO LOGOSÓFICO

EDICIÓN
60
ANIVERSARIO

EDITORIAL
LOGOSÓFICA

LIBROS PARA UNA NUEVA CULTURA

Para dar a luz este libro de leyendas, fábulas y narraciones que lleva por título «Intermedio logosófico», su autor se ha inspirado en el anhelo de brindar a los lectores un conjunto seleccionado de imágenes, extraídas todas de las originales concepciones de la Sabiduría Logosófica. Por el vigor de su colorido y la enseñanza que surge de sus páginas, es indudable que deleitará al lector, despertando en su alma resonancias afines que le harán experimentar no pocas sensaciones de agradable sabor, al advertir extrañas coincidencias con sus propias inquietudes, modalidades e inclinaciones.

ISBN 978-987-24055-6-4



9 789872 405564

www.logosofia.org



Carlos Bernardo González Pecotche, también conocido como Raumsol, consagró su vida a la realización de la obra logosófica en pro de la superación humana. Creó una ciencia, la Logosofía, e instituyó un método único en su género.

Nació en Buenos Aires, el 11 de agosto de 1901. Su espíritu reaccionó muy pronto contra la rutina de los conocimientos y sistemas usados para la formación de la cultura, por su falta de conexión con lo interno, y, tras profundas investigaciones, guiado por una original concepción, halló la veta de trascendentales conocimientos. Con ellos, cuya virtud constructiva es innegable, ensayó en los primeros tiempos de su obra el método que se consagraría luego por su propia eficacia.

En el año 1930 fundó la primitiva «Escuela de Logosofía» en la ciudad de Córdoba, que funciona en la actualidad con el nombre de Funda-

ción Logosófica. Paralelamente al desarrollo de la labor directa sobre sus discípulos, el movimiento logosófico dirigido por él fue cobrando año tras año mayor impulso, contándose en la actualidad con importantes centros de cultura destinados a practicar y difundir la nueva ciencia, en la seguridad de poner al alcance del hombre un medio extraordinariamente real y efectivo de alcanzar el conocimiento de sí mismo y penetrar en las honduras de los arcanos de la vida humana y universal.

Publicó libros en diversos géneros literarios, así como revistas y periódicos dedicados a explicar y difundir los conocimientos logosóficos. Escribió artículos y ensayos para la prensa de varios países, pronunció más de un millar de conferencias y mantuvo un intenso contacto epistolar con estudiosos de la Logosofía de todo el mundo y personalidades de la cultura de América y Europa.

En 1962 creó la primera Escuela Primaria Logosófica, en la ciudad de Montevideo, con una nueva propuesta pedagógica para la educación de la infancia y adolescencia.

González Pecotche falleció el 4 de abril de 1963, después de realizar durante casi 33 años una labor fecunda, que le ha permitido ofrecer al mundo el testimonio vivo de los resultados obtenidos por la Logosofía.



Buenos Aires • Argentina
3ra. Edición

González Pecotche, Carlos Bernardo
Intermedio logosófico. - 3a ed. - Buenos Aires:
Fund. Logosófica, 2009.
216 p.; 22x15 cm.

ISBN 978-987-24055-6-4

I. Logosofía.
CDD 128

Queda hecho el depósito de ley 11.723
y reservados los derechos de autor.
©2009 Editorial Logosófica

ISBN: 978-987-24055-6-4
Impreso en Argentina

EDITORIAL
LOGOSÓFICA

LIBROS PARA UNA NUEVA CULTURA

de la Fundación Logosófica de Argentina
Av. Coronel Díaz 1774 - 5° Piso
(C1425DQP) Ciudad de Buenos Aires • Argentina
Tel./Fax: (54 11) 4824-4383 / 4822-1238 int. 112
info@editoriallogosofica.com.ar

www.editoriallogosofica.com.ar

Este libro se terminó de imprimir en Verlap S.A.
Comandante Spurr 653 - Avellaneda - Buenos Aires - Argentina

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de la Editorial.



INTERMEDIO LOGOSÓFICO

EDICIÓN
60
ANIVERSARIO

EDITORIAL
LOGOSÓFICA

LIBROS PARA UNA NUEVA CULTURA

ÚLTIMAS PUBLICACIONES DEL AUTOR

- Intermedio Logosófico (1º Ed. 1950) (1)
- Introducción al Conocimiento Logosófico (1º Ed. 1951) (1) (2)
- Diálogos (1º Ed. 1952) (1)
- Exégesis Logosófica (1º Ed. 1956) (1) (2) (3)
- El Mecanismo de la Vida Consciente (1º Ed. 1956) (1) (2) (3) (4)
- La Herencia de Sí Mismo (1º Ed. 1957) (1) (2) (3)
- Logosofía. Ciencia y Método (1º Ed. 1957) (1) (2) (3) (5)
- El Señor de Sándara (1º Ed. 1959) (1)
- Deficiencias y Propensiones del Ser Humano (1º Ed. 1962) (1) (2) (3)
- Curso de Iniciación Logosófica (1º Ed. 1963) (1) (2) (3) (4)
- Bases para tu Conducta (1º Ed. 1965 Obra Póstuma) (1) (2) (3) (4) (6) (7)
- El Espíritu (1º Ed. 1968 Obra Póstuma) (1) (2) (3) (8)

(1) En Portugués

(2) En Inglés

(3) En Francés

(4) En Italiano

(5) En Alemán

(6) En Catalán

(7) En Esperanto

(8) En Hebreo

PRÓLOGO

Para dar a luz este libro de leyendas, fábulas y narraciones que lleva por título «Intermedio Logosófico», su autor se ha inspirado en el anhelo de brindar a los lectores un conjunto seleccionado de imágenes, extraídas todas de las originales concepciones de la Sabiduría Logosófica. Este nuevo tipo de leyendas, fábulas y narraciones, que define rasgos y características propias de la psicología humana, encuentra su mayor atractivo en la viviente manifestación de las ideas y pensamientos que animan el alma de cada episodio.

«Intermedio Logosófico» enlaza dos épocas de la bibliografía logosófica y encabeza, a la vez, la nueva serie de obras que irán apareciendo en fechas próximas.

El estilo logosófico, tan inconfundible, aparece en este libro perfectamente delineado. Por el vigor de su colorido y la enseñanza que surge de sus páginas, es indudable que deleitará al lector, despertando en su alma resonancias afines que le harán experimentar no pocas sensaciones de agradable sabor, al advertir extrañas coincidencias con sus propias inquietudes, modalidades e inclinaciones.

Si la vida del hombre no tuviera tantos y tan variados motivos para ser reproducidos en las múltiples formas en que se expresa el pensamiento humano, quizá no existiría ese incentivo —muy pronunciado en el sentir común— que ha servido a tantas generaciones para modelar los rasgos del carácter y sobresalir en la belleza del espíritu.

La leyenda, lo mismo que la fábula, es un género literario original y sugestivo. Con fuerza evocativa hace palpitar en el alma del lector la realidad que surge tras las formas, en

apariencia imaginarias, que se mueven entre los bastidores de las escenas que presenta; realidad que asume un verdadero aspecto creador cuando aparecen nuevos, penetrantes y sugestivos conceptos a modo de figuras didácticas de profundo contenido. Esta particularidad es la que diferencia, de las ya conocidas, a la leyenda y fábula logosóficas.

«Intermedio Logosófico» contiene considerable número de narraciones, cada una de las cuales lleva en sí la expresión vívida que la inspira, sustanciada en hechos, seres o cosas, figuradas o reales. De igual modo que las leyendas y las fábulas, estas narraciones habrán de dejar en el alma del lector la impresión grata que causa todo lo que conmueve, interesa o ilustra. Inspiradas unas veces en pasajes de ensueño y de placer que exaltan el ánimo o lo llenan de arrobamiento, se deslizan otras por caminos áridos y desolados, en observaciones psicológicas efectuadas a través de los grandes dramas que vive el hombre en el curso de su vida. Dramas cuántas veces ignorados, en los que aparecen las expresiones más sublimes que pueden arrancarse al alma humana en sus momentos de mayor amargura, y cuya cruda realidad hace estremecer las fibras más íntimas del ser.

El arte de este nuevo tipo de leyendas, fábulas y narraciones consiste en reproducir, dentro de los justos límites de la síntesis y en alegóricas figuras, hechos, conductas, tendencias y demás motivos que pertenecen al hombre y que se consuman a través de toda su vida. Nada extraño sería, pues, que el lector encontrara en esta o aquella leyenda o fábula, personajes con los cuales guarda parecido, como así también alguna similitud en el móvil, la intención o el pensamiento que los anima.

El diestro tirador generalmente da en el blanco; mas probará superior habilidad, si, al gatillar, da en muchos blancos a la vez. Teniendo esto en cuenta, el autor se descubre reverente y saluda a sus lectores, previniéndoles que los proyectiles de su fusil son pensamientos comprimidos que, al dar en el blanco, producen regocijo por efecto de la comprensión clara y feliz del fondo propuesto en el tema.

EL AUTOR

SUEÑO PRECURSOR

Nárrase que alguien refirió cierta vez esta bella leyenda:

«Una noche, siendo yo muy joven, soñé que tomaba la forma de un pensamiento, en alas del cual me sentí transportado al mundo arquetípico de la Creación. Visité lugares que eran verdaderas maravillas, quedando extasiado en cada uno de ellos ante tanta sabiduría plasmada por las manos del Artífice Supremo.

»Más de una vez quise detener mi vuelo para registrar en los archivos de mi conciencia aquellas sublimes imágenes, pero las Leyes me lo impedían. Un pensamiento guía, que en pos de mí volaba, hizome conocer el secreto para volver otra vez a esos sitios tan divinamente hermosos. Me dijo:

»—Ineludiblemente, tú debes conocer las Leyes, pues son ellas los guardianes eternos de todos estos tesoros universales.

»Continué mi vuelo, atento, desde ese instante, a la voz de las Leyes, mientras contemplaba extasiado, con mudo asombro, aquel mundo que tantas grandezas me inspiraba. Llevando a la práctica la sugestión del pensamiento guía, empecé por comprender con toda lucidez los designios de la Voluntad Creadora. Esa instantánea asimilación de la imagen que conmovía mi espíritu, hizo que se iluminara el campo de las perspectivas siderales, y descubriendo la clave para no contrariar las Leyes, pude evitar que detuvieran mi marcha, o sea mi vuelo a través de los espacios infinitos.

»No recuerdo cuánto duró mi excursión alada, porque

en esos espacios carece de extensión el tiempo. Cada lugar constituía para mí una revelación estupenda, resultándome inconcebible que se hubiesen plasmado en mi mente las impresiones de imágenes tan portentosas. A veces, en ese ambiente que nunca alcancé a definir con exactitud, sentía temor de extraviarme; pero la voz inefable del pensamiento que orientaba mi vuelo, me permitía encontrar nuevamente la posición sideral acertada.

»Recorrí en mi vuelo grandes distancias y conocí en su trayecto las cosas más extraordinarias que puede contener la Mente Universal. En tanto —sugerencias quizá del pensamiento orientador—, percibía que todo cuanto mi vista admiraba —riqueza inagotable de un mundo superior—, a algo, sin duda, obedecía. Alguna razón debía existir para que, remontándome en épico vuelo, me mantuviera sereno, suspendido en medio del espacio.

»Posiblemente, seguramente, esa razón existía, y el pensamiento guía me la fue transmitiendo en el curso del andar. Así es como entendí que no debía ser egoísta, reservando para mí solo todo aquello que admiraba, todo aquello que había conocido, más aún porque tenía la sensación de que tales conocimientos trascendían los límites de mi capacidad expansiva y que mi propia naturaleza parecía disolverse en la naturaleza de la Creación.

»Cuando regresé, trayendo todo ese inmenso caudal de conocimientos, pedí a quien guiara mi vuelo, me permitiera seguir siendo pensamiento. Y me fue respondido:

»—Tú debes ser mente; ¡no pensamiento! Todo cuanto has visto, cuanto has conocido y admirado, se halla dentro de tu propia mente.

»En ese instante se apagó aquel sueño, e inmediatamente tuve otro.

»Soñé que el pensamiento en el cual viajaba, moría; moriría como el cuerpo cuando se va definitivamente la esencia que lo anima. Lo vi tendido en el espacio; estaba vacío. Mientras esto observaba, mi mente, ¡oh maravilla!, se iba iluminando por entero al proyectarse en ella la imagen vívida de todos aquellos sitios tan queridos y tan firmemente ligados a mi vida. Tuve la

sensación de que éstos no se borrarían jamás de mi recuerdo al experimentar, en ese instante, que mi conciencia toda, se había integrado con los conocimientos que componían en su totalidad los pasajes que tanto me admiraron. En adelante yo podría, cuando alguna de aquellas imágenes empezara a palidecer, alumbrarla instantáneamente con sólo recordar los lugares visitados en mi sueño anterior.

»Y seguí soñando... Soñé que despertaba y que, asombrado, contemplaba el mundo. Miré la Tierra; observé a los seres que me rodeaban y los percibí extraños. Debió haberse producido un cambio tan grande dentro de mi ser, que sentía como si ya no fuera de este mundo. Recuerdo que en esos instantes fluían de mí exclamaciones que mis frecuentes deducciones más luego confirmaron: «¡Por algo habrá sido que tuve aquel sueño! ¡Por algo habré volado tanto, visitando innumerables regiones de la Mente Universal! ¡Por algo me fue lícito saber cómo ha sido creado el intelecto humano!».

El héroe de esta leyenda aclaró, en efecto, que el misterioso e insondable mecanismo de la mente humana, como así también su funcionamiento y consciente evolución, los conoció en uno de los parajes visitados en su extraña excursión.

«Desde entonces —prosiguió diciendo—, estimulado en mi sueño por sentimientos elevados, que exaltaban mi ánimo predisponiéndolo a la tarea humanitaria de auxiliar al semejante, empecé a interrogar a unos y a otros sobre si sabían algo de cuanto yo les describía; pero nadie me supo responder. Confirmé, de este modo, que yo era el único poseedor de tales tesoros, y que todos los demás seres hallábanse muy lejos de concebir una realidad como la que me había sido otorgado conocer. Inmóviles sus mentes, ligados todos ellos por prejuicios e ideas insensatas, mostrábanse extrañados unos e indiferentes otros.

»Al comprobar que ninguna mente humana coincidía en modo alguno con el arquetipo que me fuera revelado como imagen de la creada para uso de los hombres, experimenté profunda pena. Es que, con el andar de los siglos, aquella creación maravillosa había sufrido mermas y defectos que fueron limitando sus posibilidades, al extremo de asemejarse

a esas mentes embrionarias, propias de aquellas edades que ya se pierden entre la espesura caliginosa de los tiempos. Rudimentarias, más conformadas para las crudas luchas del instinto humano que para las ideaciones superiores de la inteligencia, proliferaban en ellas pensamientos subalternos, provenientes de bastardas inspiraciones, que las pocas excepciones no lograron atenuar.

»Sentí, entonces, que iba asumiendo una gran responsabilidad. Animado por sentimientos humanitarios de la más noble alcurnia, pensé en la obra gigantesca que implica ayudar a los seres humanos a restituir su mente verdadera, aquella que fue hecha a imagen y semejanza de la de su Creador.

»¡Cuánto debí luchar, cuánta agresividad pude observar en las mentes, cuánta incompreensión! No desmayé, pese a todo, un solo instante. Consciente del sacrificio que me había impuesto en ese instructivo sueño, recurría invariablemente al auxilio de las Leyes, cuyo concurso, de extraordinario alcance, resolvía siempre las raras variantes generadas por labor tan complicada. Al auxiliarme, las Leyes fortalecían mi ánimo, sosteniéndome en todo instante. De este modo, y asistido a cada paso por esas incomparables preceptoras, iban fluyendo dentro de mí fuerzas titánicas que me incitaban a redoblar mis esfuerzos de artífice.

»Al despertar de tan extraordinario sueño —concluyó el narrador—, tuve la sensación de que mi vida, iluminada por aquel baño de luz, prolongaría su visión precursora hasta el fin de sus días».

EL FUEGO COMO SÍMBOLO

Existió, y de esto hace siglos, un sabio que consagró su vida a instruir a sus discípulos. Hombre que poseía un gran caudal de conocimientos, no podía ignorar la fragilidad de la naturaleza humana.

Más de una vez hubo de reconvenirles por sus descuidos o debilidades, haciéndoles comprender lo importante que es fortalecer el espíritu y eliminar las flaquezas; en una palabra, les infundía valor para ser fuertes.

Así les enseñaba la manera de temprar los elementos o metales internos —constitución psicológica y moral—, y encendía en cada discípulo un pequeñísimo fuego que debía ir alimentando, y cuyo poder aumentaría a medida que sus facultades le permitiesen abarcar con nitidez las concepciones de su sabiduría. Ese fuego iría templando gradualmente los simbólicos metales, y representaría para él la manifestación de sus potencias internas, no sólo como energías volitivas de su ser, sino vitales también, las cuales tendrían su expresión en el entusiasmo que acompañaría a todas sus actuaciones inteligentes y conscientes.

En tanto que el fuego era mantenido hasta llegar a ser inextinguible, el sabio advertía oportunamente a aquellos a quienes él daba sus enseñanzas, que no encendieran ese fuego en ningún tercero sin que éste tuviera la debida preparación y se propusiera seguir, como ellos, todos los consejos y precauciones adoptadas para obtener, no sólo una llama viva,

de hermosas luces, sino para que ésta, en vez de disminuir, aumentara progresivamente hasta que la iluminación de la mente llegase a ser total.

Prevenía, así, el peligro que cualquier imprudencia haría correr al participante inexperto y falto de conocimientos.

Pero aconteció que un día, uno de los discípulos desatendió las prevenciones y encendió el fuego en un tercero; en otros términos, le transmitió conocimientos que aquél, no preparado, no estaba en condiciones de recibir, ocurriendo que sus elementos internos se convulsionaron, comenzando a arder precipitadamente dentro de su ser toda esa hojarasca que se amontona por la acción de los vicios y pasiones, como resultado de una vida indisciplinada, alimentada por ilusiones, cuyos falsos reflejos suelen, a veces, confundirse con las llamas de la inteligencia, encendidas sólo cuando el verdadero fuego interno es soplado discreta y oportunamente por la razón que regula y calcula los efectos que provoca todo impulso bien dirigido.

Cuéntase, del mismo episodio, que el tercero, a quien el que desobedeció quiso favorecer tan imprudentemente, se vio de pronto como iluminado por una luz viva, y creyendo se hubiese producido en él un milagro, fue a comunicar el acontecimiento a sus familiares y amigos, ofreciéndoles, a la vez, encender en ellos el fuego que en él ardía; vale decir que, sintiéndose sabio, pretendió formar escuela, sin darse cuenta de las necesidades e incongruencias que decía. Pero he ahí que no pudo por mucho tiempo soportar ese fuego que comenzaba a calcinarle las pocas ideas que tenía y, en un arranque de desesperación, perdió la razón, cayendo en el más espantoso delirio.

Hay que hacer obras de caridad, pero con inteligencia para que ellas no mueran o se petrifiquen en el beneficiado y pueda éste continuar con el ejemplo de aquel que lo favoreció.

Las llamas de la inteligencia cuyos rayos luminosos no provienen del entendimiento cultivado en la experiencia y el estudio, son tan artificiales como todo lo que no es natural y real.

Cuando estómagos débiles o enfermos ingieren alimentos fuertes, sienten de inmediato un fuego irresistible que los atormenta. También tienen su fuego las pasiones, las cuales arre-

batan y producen tantos desequilibrios en el hombre, cuando éste, voluntaria o involuntariamente, se entrega a esa hoguera insaciable que consume poco a poco las energías de su ser.

Lo que antecede explica o, mejor aún, descubre, el sentido de una vieja prevención que todavía en nuestros días se observa a menudo: la de no encender tres cigarrillos con el mismo fósforo o fuego, pues se lo estima signo de mal agüero.

Este hecho, que con frecuencia provoca celos o resistencias a recibir el fuego de un fósforo en tercer término y que reviste todas las apariencias de una ingenua superstición, tiene, como se ha visto, un origen que evidentemente justifica esa aprehensión de las gentes.

Hay verdades que son como cartuchos de dinamita. En manos de la ciencia obran prodigios: con ellas se llega al lecho de los minerales más útiles, ya que las rocas o moles, por duras que sean, ceden al imperio de esa fuerza comprimida que estalla obedeciendo a la inteligencia que la utiliza.

Esas mismas verdades, en manos de necios e ignorantes, se convierten en peligrosos elementos de destrucción, desde que pueden provocar explosiones siniestras, justamente allí donde la resistencia es mínima. Un explosivo, al estallar, propaga el incendio a todo cuanto cae dentro de la zona afectada, como sería en el caso de ocurrir en un edificio o lugar ocupado por hombres o cosas. Similarmente acontece en los castillos mentales que carecen de consistencia: se producen allí los incendios —ofuscación— por contagio, lo cual es muy frecuente en nuestros tiempos en que la insensatez ha minado gran parte de la humanidad.

Por ello las religiones han tenido buen cuidado de no exponer al vulgo ciertas verdades que custodian celosamente, pues saben que si la gente ignorante llegara a conocerlas, quemaría con las mismas todo el armazón que las sostiene; pero no es menos cierto que se quemaría ella también.

Jesús y sus apóstoles encendieron en las multitudes la llama de la fe, que luego, regulada, continuó ardiendo por milenios. Llamas similares muchos han pretendido encender en creyentes de diversas ideologías, resultando que esas llamas, al aumentar inusitadamente hasta llegar al descontrol,

provocaron el insensato fanatismo, que promueve reacciones que explotan de múltiples maneras.

Mientras la llama viva de la inteligencia, cuyos destellos claros y naturales alumbran los entendimientos, llena de alegría los corazones, el fuego de la necedad produce llamaradas que inflaman las mentes hasta originar el incendio. La una opera prodigios porque es la fuerza vital que enciende la vida de esplendores; la otra quema y destruye la existencia porque es la fuerza ciega que oscurece las mentes y las conciencias.

HISTORIA DE CINCO ROSAS

Fresca y lozana crecía en un parque una planta de rosa.

Ajena al ambiente que la rodeaba, tomó cuerpo y echó hermosos brotes, capullos de esperanza, y, al fin, rosas de afelpados pétalos y fragante aroma.

Jazmines, claveles, dalias y jacintos, en vano ofrecían sus perfumadas o vistosas flores: la mano del hombre siempre busca la mejor entre todas.

Cinco rosas había en aquella planta.

Un día pasó por allí un joven en compañía de su prometida.

—¿Quieres una? —le preguntó emocionado.

Tomando una flor entre sus dedos la desprendió de su tallo y, ofrendándola a su novia, acompañó el obsequio con estas palabras:

—Guárdala como recuerdo.

—¿No la besas? —inquirió tímidamente la joven.

—Sí; que ella sea testigo de los momentos dichosos que en este día pasamos.

La novia puso la rosa en un pequeño florero que tenía en su habitación. Todas las noches, acariciándola con sus finas manos, entre suspiros le decía:

—¡Rosa mía, mi confidente; si pudieras conservar tu frescura y tu fragancia!...

La rosa parecía contestarle:

—Mi vida es tan efímera como la tuya; si no la tronchas, conservarás tú también el candor y el encanto de tus años juveniles.

Transcurrieron los días; la rosa marchitó y fue guardada entre las prendas más queridas de la niña. ¡Cuántos recuerdos conservó esa rosa! ¡Cuántas veces disipó enojos y endulzó trances amargos!... Ella, la humilde rosa, fue el símbolo de un idilio que perduró a través de las generaciones.

Pasó también junto al rosal un mozalbete presumido, cuya única preocupación era engalanarse hasta el ridículo procurando hermostear su no muy favorecida figura. La segunda rosa pronto estuvo en el ojal de su solapa. Ella sirvió para lucir la vanidad de un engréido; mas, no bien comenzó a marchitarse, con fastidio fue arrojada al cajón de los residuos.

Una madre dolorida tomó la tercera rosa y, besándola llena de ternura, bendiciéndola con sus lágrimas, la depositó sobre las manos yertas de su hijo muerto. Sobre su tumba nació un retoño, y, todos los años, una lluvia de pétalos caía sobre el frío lecho como si obedeciera a un mandato. Era el llanto de la madre que cubría de blancas hojas el sepulcro.

La cuarta rosa fue encontrada bañada en sangre y estrujada contra el corazón de un suicida, como epílogo triste de una tragedia dolorosa.

La quinta permaneció en su tallo y, todos los años, cuando renacía, solía contar a sus hermanas la historia de las cuatro rosas. Cada vez que alguien se acercaba, llena de dolor exclamaba:

—¡Dios Creador, haz que si debo separarme de mis hermanas, mi madre planta florezca eternamente para que su espíritu pueda permanecer en tu Divino Edén!

Alguien preguntó a la quinta rosa, la que hablaba:

—Y tú, ¿por qué no cuentas tu historia?

—¿Yo? —dijo algo turbada la flor legendaria—. Mira las espinas de mi tallo. Ellas hablan de las asperezas y sufrimientos que he padecido. Soy el alma de este cuerpo. Yo encarno la vida de esta planta. Muchos han alabado la hermosura de mis vástagos, de dulcísimos rostros, y muchos me han maldecido. No todas mis rosas tienen el mismo destino, ni pueden

culparme porque unas tengan por tumba un cajón de residuos, mientras otras, más afortunadas, reposan sobre un lecho de pétalos, cuna y sepulcro de los grandes númenes que tuvieron a la rosa por enseña de sus altas concepciones.

* * *

No culpéis al padre por haber tenido hijos que no supieron hacer honor a su nombre. Mirad si entre los que supieron conservar el sello sagrado de la herencia, no está estampada la genuinidad de su invicta estirpe.

No juzguéis por las apariencias. Las flores suelen guardar secretos tan íntimos que nadie osaría profanarlos, a menos que aceptase perecer después de haberlos sorprendido.

LA GOTA DE TINTA

Un anciano preceptor deleitaba un día con sus cuentos a un grupo de niños que lo escuchaba con viva y particular atención. Al finalizar uno de sus bellos relatos, cuyo aditamento quimérico era, tal vez, algo excesivo, vio dibujarse en los rostros de su infantil auditorio una sonrisa que, a las claras, reflejaba la duda. Como los niños sabían que su preceptor nunca mentía, era natural que se produjese en ellos cierta confusión.

No perdiendo detalle de cuanto acontecía en el alma de los pequeños, el buen anciano les expuso la siguiente parábola:

—Si yo os mostrara una fuente llena de agua cristalina y vertiera en ella una gota de tinta, ¿se mancharía el agua? No, porque desaparecería enseguida y nadie podría decir que esa gota tuvo más existencia que el leve instante en que cayó al agua. Así, niñitos, el que vive y enseña la verdad puede, también, decir pequeñas mentiritas, pues éstas nunca podrían empañar, siquiera fugazmente, la blancura de aquélla.

Y luego prosiguió:

—El mentiroso que alguna vez dijera una verdad, sería como si echase en un recipiente lleno de tinta una gota de agua. ¿Qué pasaría? Pues, aunque a la inversa, idéntica cosa: la gota de agua desaparecería absorbida por la tinta. A lo dicho añadiré aún esto otro, de muy fácil alcance para vuestros entendimientos: el que miente por costumbre es como si a menudo dejara

caer sobre un papel blanco, que vendría a representar aquella parte de la mente en la que cada uno forma el concepto acerca de su persona, gotitas de tinta. ¿Qué sucederá? Que costará mucho borrar las manchitas que ellas dejan, y, aun lográndolo, éstas nunca desaparecerán del todo.

* * *

Los niños comprendieron la moraleja y se hicieron el firme propósito de preferir siempre la verdad a la mentira.

EXPERIENCIA ALECCIONADORA

Disfrutando de todos los placeres, vivía lujosamente en su palacio un hombre muy acaudalado. Dueño y señor de la comarca, entre sus dilatados confines se extendían bosques y selvas casi impenetrables, de los que jamás permitió su explotación.

Cierta mañana de primavera ordenó que le ensillaran un caballo con el fin de realizar una incursión a través de sus espesos carrascales. Alguien le advirtió que podría hallar salvajes alimañas o aun temibles fieras capaces de poner en serio riesgo su existencia. El opulento y soberbio personaje se echó a reír tratándolo de ingenuo pobre diablo, y, con arrogancia extrema, recalcó:

—Yo soy el dueño absoluto de estas tierras. ¡Nada ni nadie osará perturbar mi excursión!

Dicho esto partió al galope. Atravesó una vasta y hermosa pradera, penetrando luego en anchos senderos, moteados al principio de escasa vegetación, pero que, en forma gradual, iban estrechándose y tupiéndose intranquilizadamente. Sin amedrentarse, prosiguió su marcha durante varias horas. Se introdujo en un espeso bosque y, al llegar a un claro del mismo, se detuvo para descansar. Aflojó la cincha de su alazán, y, extrayendo de sus alforjas diversos manjares, los ingirió con apetito singular. Aprovechando luego la invitación propicia de la hora y la tibieza del sol, tendióse a reposar sobre la fresca hierba. Contemplaba distraidamente las ramas enroscadas de

un árbol gigantesco, cuando vio de improviso deslizarse por su tronco, lentamente, una víbora descomunal que, al cabo de un instante, se le había aproximado a distancia temeraria. Repuesto un tanto de su impresión paralizadora, el dueño indiscutido de aquellas espesuras extrajo su revólver y descargó sobre el temible ofidio hasta la última bala que tenía.

Sin más deseos de dormir, sentóse el hombre sobre la montura de su caballo. Pero no fue vana la advertencia que le habían formulado antes de partir. En efecto, no pasó mucho sin que oyese el rugido de una fiera, pudiendo observar que, de todas direcciones, cruzaban el claro en busca de albergue, menudas alimañas. Irguióse al punto y una onda fría lo conmovió desde la cabeza a los pies. Excitado por el miedo, el soberbio emperador del latifundio ensilló el corcel con envidiable rapidez. Partió al galope; mas, infortunadamente, había tomado un camino sin salida.

La fiera seguía rugiendo, cada vez con mayor fuerza, cada vez más cerca del oído que escuchaba con creciente desesperación.

«Y ahora, ¿qué hago? —se dijo lleno de terror—. Si trepo a un árbol, la fiera destruye mi cabalgadura; y luego, ¿cómo me voy de aquí? Si permanezco sobre ella, me destruye a mí también, que estoy inerme».

Claramente comprendió, entonces, la enorme diferencia que existe entre proclamarse dueño de algo y poseer el dominio de ese algo.

En esta reflexión se hallaba cuando, de entre la tupida maleza, apareció la testa de la fiera, cuyos rezongos y manotazos permitían fácilmente interpretar sus intenciones. ¿Qué hacer? De más estarían ruegos y promesas: la fiera no atiende ni entiende razones.

Abalanzándose sobre el caballo, lo mató y devoró con hambre feroz. Repleto el vientre, lamía con desgano los coágulos y restos esparcidos, cuando de pronto pareció reparar en el hombre, que allí permanecía, rígido como un hongo. Se acercó hasta él, lo contempló un instante, y diríase que pensaba: «Como postre, no estás mal». Su apetito había quedado, empero, hartamente satisfecho. Al cabo de algunos segundos, largos

como siglos, la fiera comenzó a alejarse sin apuro, tornando la cabeza, de vez en vez, como para no perderlo de vista.

El infeliz, pasmado de terror, no dejaba de maldecir internamente el instante en que se le ocurrió penetrar en sus dominios tan mal preparado. Abrumado por la hora y el lugar, crecía el lamento interno, como las sombras que empezaban a cubrir el bosque. Pero la Providencia pareció compadecerse del desamparado, porque rato después aparecieron varios hombres de su servidumbre, montados y bien provistos de armas, que, inquietos por la tardanza de su señor, habían organizado una angustiosa búsqueda.

* * *

Como el magnate del relato, lo que casi nadie piensa es que, para internarse en regiones desconocidas, cualquiera sea su naturaleza, hay que tomar las providencias y precauciones que les son propias. Por eso, cuando sobrevienen las dificultades, muchos reniegan y se lamentan, sin reparar en que es preciso detenerse una y otra vez, aquí y allá, para eliminar los elementos adversos que llenan de obstáculos la marcha e impiden el claro discernimiento de las circunstancias que rodean al explorador.

Ahora bien; la vía analógica muestra claramente que algo muy similar ocurre a menudo en los bosques mentales. Estos, debido al abandono de sus dueños, se cubren de malezas y enroscadas trepadoras, cerrándose en temibles espesuras. No falta quien, ignorante de esta circunstancia y recordando la pertenencia de esa posesión interna, decide penetrar en ella, y es allí cuando aparece la fiera que lo devora o, en el mejor de los casos, lo hace huir despavorido.

HERENCIA SINGULAR

Había una vez un padre a quien, en su vejez, sólo lo acompañaban unos pocos hijos, de los muchos que había criado.

Un día los reunió y les dijo:

—Hijos míos, con cuánta pena os reúno hoy, porque era mi deseo que todos escuchaseis mi última voluntad.

—Padre —interrumpió uno de ellos, quien hacía poco había regresado a su lado—; no os aflijáis por mis hermanos; ellos no merecen vuestro recuerdo. Yo les insinué la conveniencia de volver y no lo hicieron.

—Es cierto —dijo otro—, por ingratos merecen ser olvidados.

—Y si vuelven, echadlos de vuestro lado —insinuó un tercero.

—Ellos han perdido todo derecho a vuestros bienes —añadió, persuasivo, el cuarto.

—¡Desheredadlos! —dijo el quinto.

—Padre —afirmó el sexto—, yo sé que os han difamado y vituperado. Desheredadlos, y aun renegad de aquel que robó parte de vuestra hacienda.

—Yo creo que debéis hacer vuestro testamento en favor nuestro, para que a ellos nada les toque —intervino el séptimo.

Otros más hablaron cosas necias, hasta que, al fin, uno de los que había permanecido en silencio, expresó:

—Padre, yo creo que mi hermano tiene razón: haced

vuestro testamento para que yo pueda conocer mi parte y, a mi vez, auxiliar, legándola, a mis hermanos extraviados, a los que brindaría con ello la oportunidad de reconocer sus faltas y de amaros como yo os amo; entonces lograría que se arrepintieran y veneraran vuestro nombre.

Varios hijos, acompañando ese pensamiento, asintieron, expresando que harían lo mismo.

El padre, conmovido, respondió señalando a los primeros:

—A vosotros os doy en herencia mis sentimientos de egoísmo, rencor, ira, desprecio e intolerancia, que suman grandes emolumentos; a aquellos que se apartaron de mí, les heredaré mis pasiones y mis vicios: ellos rodarán hasta que pierdan cuanto tienen y aun sus nombres; y a vosotros, hijos míos —dijo señalando a los últimos—, os dejo mi corazón lleno de amor y sentimientos altruistas, y mi mente pura, llena de sabiduría y justicia. Ya conocéis cada uno vuestra parte. Esa es mi herencia.

EL RUBÍ

Fue en 1918. En ese entonces, un grupo de personas albergábase en un hotel situado entre sierras, disfrutando de animadas vacaciones. Entre los alegres turistas había un hombre de ciencia de origen helvético, interesado por la variedad de minerales y de piedras existentes en la zona.

Una noche, mientras cenaban, anunció que a la mañana siguiente recorrería las canteras vecinas al lugar en busca de algún rubí que, suponía, podría hallarse allí, como lo denotaban ciertas segregaciones características, cuya naturaleza aproximábase bastante a las que suelen recubrir a aquellas piedras preciosas. Los comensales acogieron con vivo entusiasmo y grandes muestras de placer lo anunciado, formulándose todos el propósito de trasladarse a los lugares indicados, en busca de rubíes.

Al día siguiente, como era su costumbre, el hombre de ciencia partió antes de salir el sol y, ya en las canteras, se detuvo a examinar detenidamente, una y otra vez, ésta y aquella grieta, a golpear aquí y allá, en varios puntos, hasta que, finalmente, comenzó a perforar con sus picos y barrenos los bloques calcáreos.

Varias horas después comenzaron a llegar los demás participantes de la búsqueda, los cuales, distribuyéndose al azar, procuraban partir a golpes, menudos promontorios de calizas, deseosos todos de dar con la luciente y roja piedra.

A altas voces comentaban cuanto habían imaginado hacer con ella, en caso de encontrarla.

Duró la empresa varios días, al cabo de los cuales el hombre de ciencia anunció, con gran júbilo, que había dado con el rubí. Lo exhibió recubierto aún de pequeñas capas calcáreas, decoradas con minerales de oscuro verdemar.

Luego de festejar lo que todos llamaron la «suerte del suizo», cada cual expresó su pesadumbre por no haber sido él el feliz poseedor del precioso mineral.

Alguien, que había permanecido observando con atención la escena, acercóse a los circunstantes y les dijo:

—El señor es geólogo; a él, pues, correspondía hallarlo, en virtud de sus conocimientos. En posesión de los mismos, le ha sido fácil seguir el curso de las vetas hasta dar con la piedra codiciada. La halló porque no la buscó al azar. La verdad es que todo tiene su razón de ser y, debido a ello, las cosas no acontecen por casualidad. De tal modo, a quien posee conocimientos geológicos, por ejemplo, ha de serle más fácil descubrir la ubicación de un mineral que a quien no los posee.

Como todos escuchaban con gran atención las reflexiones del ocasional expositor, éste, tras breve pausa, prosiguió:

—Lo mismo ocurre en todos los dominios del saber. Quien tiene un conocimiento puede, por medio de él, descubrir otros conocimientos, y aquel que en mayor número los tenga, por la fuerza misma que emana del saber, atraerá hacia los dominios de su capacidad todo cuanto se proponga. En el presente caso, el conocimiento geológico ha ejercido las veces de imán, el cual, aplicado al objeto de la búsqueda, lo atrajo sin mayor dificultad. De este modo, oculto el rubí en las entrañas de estas rocas, pronto vio la luz en manos de su legítimo dueño, esto es, de aquel que lo puso al descubierto por medio del conocimiento.

Mas no para aquí la cosa —continuó diciendo—, pues la mente de todos vosotros sólo concibió la imagen de un rubí pulido y facetado, reverberando policromados tonos, cuyas luces excitaron la codicia y cegaron vuestro entendimiento. El geólogo sabía, en cambio, que lo habría de hallar disimulado

entre oscuros envoltorios. Y si alguien lo hubiera tomado un instante entre sus manos, sería para arrojarlo de inmediato, como se arrojan tantas otras piedras que con similar apariencia abundan en el lugar.

* * *

Se desprende del relato que, cuando se va en pos de algo y en su búsqueda se invierten tiempo y energías, es preciso el auxilio del conocimiento para no relegar el intento al azar. Todo obedece a causas y a leyes de las que no es posible prescindir, siendo lógico pensar que, a mayor conocimiento, mayores probabilidades de éxito habrá en cada empresa. El que busca a tientas nunca hallará lo que se ha propuesto, y si por casualidad tropieza con su objeto, o no percibe la oculta realidad de su existencia o lo aparta de su lado ignorando el valor que entraña su aparente fisonomía.

MEMORIAS DE UN PADRE

Cabezas veneradas, cabellos encanecidos, surcos profundos en las frentes; he aquí tres rasgos característicos de las personas que han vivido mucho.

En los últimos años pasan sus días dando vuelta las hojas que han logrado archivar en el arcano de sus recuerdos. Las de su infancia, borrosas y arrugadas, son ilegibles casi. De tanto en tanto, la travesura de un niño o alguna ocurrencia escuchada al azar, les trae a la memoria algún pasaje lejano y suele, entonces, dibujarse en sus rostros la misma sonrisa inocente de los niños. Pero las páginas que con más cariño retienen contra sus corazones y acarician tiernamente, como queriendo conservar la frescura de los momentos vividos, son las que pertenecen a sus hijos y a sus nietos.

«¡Oh, días aquéllos —recordaba un anciano—, de aciagas horas o venturosos instantes, en que confundía mi llanto o mis alegrías con esas criaturas que se abrazaban a mí llenas de júbilo, ajenas por completo a las hondas preocupaciones de mi espíritu, a las contrariedades de todo género, y a los fuertes reveses que me asestaba el destino en el constante batallar de las luchas diarias, que hube de afrontar y soportar sin otra aspiración que la de asegurar su porvenir, con la dulce esperanza de evitarles en lo posible los rigores y angustias de las situaciones difíciles que se presentan en el curso de la vida!».

¡Oh! ¡Si la respiración pudiera contener la existencia en un suspiro piadoso, de dulces remembranzas!... Pero la Ley te

señala un camino que debes recorrer sin detenerte. Haz que los ciclos buenos se repitan en sucesión de espirales convergentes en altas realizaciones, y verás aparecer, a través de los tiempos que marcan el ritmo de tus días, imágenes bellas, de perfectas líneas, que, al interpretarlas, hojeando el libro de tus recuerdos, te harán sentir el efluvio de las cosas santas, mientras sobre tus sienes, agobiadas por el peso de los años, correrá el elixir de los ensueños de otro tiempo, como la brisa perfumada por la fragancia de las flores despierta a las almas en cada amanecer.

* * *

Yo conocí a uno de esos espíritus, en cuya sola mirada parecía plasmarse un poema de siglos. Le hallé un día mientras narraba pasajes de su vida; precisamente cuando acariciaba uno de aquellos episodios que son símbolos del amor paterno.

Veladas por la emoción, las imágenes evocadas en el relato palidecían por momentos, para tomar luego, revestidas de vívidos coloridos y resplandecientes efluvios, los verdaderos contornos de la realidad, aun cuando para favorecer la comprensión del lector, discretamente se insinúen al transcribirlo, motivos de entero valor ilustrativo.

—¡Cuántas veces —balbuceaba tembloroso el anciano, viejo militar y filósofo— vi luchar a mi hijo N, a brazo partido contra su antiguo ser! Cuántas veces lo contemplé en momentos en que se tendía sobre su lecho, bañado en llanto, diciendo: “¡Padre mío, ayúdame, ilumíname, no permitas que caiga vencido por el error!”. Y allá iba, en espíritu, a socorrerle, acariciarle y ampararle, alejando de su lado el dolor que lo acongojaba.

Añorando sus lejanos días de militar, cuando al mando de fuertes contingentes de soldados batiera al enemigo, decía al recordar a otro de sus hijos:

—Muchas veces tuve que amonestar amorosamente a mi hijo B. Impulsivo y vivaz, quería atropellar al mundo con su espadín de madera ceñido al cinturón de recluta. Era la constante preocupación de sus compañeros, los que en más de una ocasión

le instaron a contener sus bríos. Poco a poco, ese hijo fue acondicionando su ánimo y templando el acero de sus convicciones, y al fin, con más serenidad y certeza, pudo aplicar mandobles a la oscura ignorancia, esa matrona cruel que pretendía cegarlos con los artificios de su mundo lleno de engaños.

»Luchó, también, con gran tesón y valentía contra los elementos disolventes que casi se habían apoderado de su territorio humano. ¡En cuántas ocasiones lo vi como acorralado contra un muro, sangrante y agotado, haciendo titánicos esfuerzos para no caer batido por alguna rebelión interna! A él, como a otros, le oí decir: “¡Padre mío, sálvame!, ¡no me abandones!”. Y al punto, el espadín de madera se tornaba en reluciente hoja de legendaria espada. ¡Con qué solemnidad se presentaba luego al cuartel general a comunicar su victoria!

»Recuerdo que otro de mis vástagos vino un día a verme, después de mucho tiempo de ausencia. Parecía un Napoleón vistiendo una chaqueta de grandes dimensiones, prendida con alfileres. Tenía el jopo al revés y, sujetos al pecho y a la espalda con cintitas de color, unos cuantos diplomas y algo así como condecoraciones o, más bien, dibujos de medallas. “¡Pobre hijo mío! —pensé condolido—. ¡Por cuántas partes habrás andado para ostentar ese muestrario de títulos que luces como méritos ganados en el campo de batalla!”.

»Nuevamente ocupó ese hijo el sitio que había dejado vacío al marchar. Mas traía tan arraigados ciertos hábitos, que hube de reconvenirle en muchas ocasiones reprimiendo sus gestos napoleónicos.

»Una vez lo envié a relevar a uno de sus compañeros de armas que comandaba un escuadrón sitiado, aunque bien atrincherado y protegido por la artillería. Poco tiempo después recibí un parte firmado por él, que decía así: “El fortín se desploma ametrallado por el enemigo; no hay esperanzas de salvarlo del desastre”. Ante estas palabras acudí al frente, y, viendo a mi buen “Napoleón” en pleno Waterloo, cuando ni siquiera se avistaba al enemigo, le quité la chaqueta y demás ropajes artificiales y le tendí un viejo capote de milico. Soportó con bastante entereza la prueba y comenzó a marcar el paso con un fusil al hombro... ¡hecho de un palo de escoba!

»¡Ah, qué días aquéllos! ¡Días de inocente infancia! ¡Días imborrables de la primera edad!... Cuando veo hoy a ese hijo convertido en un diestro capitán, siento que corre por mis venas el justo prestigio de mi noble estirpe.

»Permitidme —repetía de tanto en tanto, enjugándose algunas lágrimas que caían de sus ojos— que recuerde esos días benditos, para que se renueve en mi mente el pensamiento de aquellas horas tan gratas para mi espíritu.

Entresacando de unos viejos papeles una carta, el narrador continuó su relato, refiriendo lo que otro de sus hijos le había escrito cierta vez:

—«¡Padre! —decía el manuscrito—, hoy la vida transcurre plena, intensa, veloz... Años en días... Parecería que los tiempos están en tus manos. Soy consciente de que he transpuesto mi vida anterior. De una monótona tristeza he pasado a una sublime alegría; de un navegar sin rumbo a una ruta definida; de una noche oscura a una de resplandecientes estrellas; de un torturante mentir a una piadosa y perenne verdad; de un eterno morir a un resucitar maravilloso. Soy consciente de que tú eres mi padre. Sé que mi vida de ti proviene y a ti la debo».

Recordando luego a otro hijo de carácter muy divertido, relató algunos episodios que mostraban al bufón en sus pintorescas situaciones:

—Cada vez que me veían serio por alguna de las travesuras que con frecuencia hacían, los demás muchachos lo mandaban a mí para que me hiciera reír con sus ocurrencias, diciéndole: “Está nublado; anda y ve qué pasa”. Recién cuando notaban cambiado mi semblante, se iban acercando, uno tras otro, con unas caras de inocentes que, ciertamente, me desarmaban.

»Un día entró a mi despacho y me dijo: “Padre, ahí fuera hay un amigo a quien se le ha puesto que quiere ver al diablo. Yo lo traje para ver si tú puedes sacarle eso de la cabeza”.

»Me impresionó tanto la cara de susto que traía mi hijo —agregó el buen viejo— que le indiqué lo hiciera pasar. Entrado que hubo el poseso, comencé a interrogarle. Había leído tantos libros extraños que, al final, por sugerencias de esos

mismos libros, se le ocurrió que tenía que ver al diablo; a tal efecto, hizo todo cuanto esos libros le indicaban sin obtener resultado alguno. De súbito, mientras estaba hablando, le interrogué enérgicamente: “¿Y para qué quieres ver al diablo? ¿No ves que lo llevas dentro?”. Y poniéndolo frente a un espejo, le dije: “¡Mira qué cara tienes!”.

»Fue tal la impresión que recibió, que, en verdad, se vio con fisonomía de diablo y quiso huir; pero mi hijo lo tomó del gabán y lo detuvo. “Espera un poco —le dijo—, ¿cómo te vas a ir así, sin saludar?”.

»Aquella fue una escena que haría reír hasta a una momia. Había pensado tanto aquel hombre en el diablo, que, al verse en el espejo, su imaginación proyectó sobre él la figura obsesionante, con rojo capote y largo machete.

»¡Qué corazón de padre —repetía el anciano— no se enternece contando a sus propios hijos los días de la infancia!... —y tras una pausa, en la que guardó profundo silencio, prosiguió—: Tenía otro hijo que era un conjunto de virtudes. De inteligencia clara y modalidad tan dulce como tierna, sentía por su padre una adoración y un respeto que conmovían.

Al llegar aquí, la sonora y penetrante voz de ese hombre venerable pareció extinguirse en un sollozo; tal era la emoción que lo embargaba.

—¡Qué hijo tan bueno! —continuó—. Percibía con aguda penetración lo que a otros pasaba inadvertido, y auxiliaba siempre a sus hermanos haciéndoles comprender con palabras firmes y convincentes lo que él había intuido y en qué oportunidad. Siempre estaba dispuesto a servir a los demás, y tras cada obra buena que hacía, su mirada se iluminaba trasluciendo la felicidad que experimentaba, la cual suavizaba muchos de esos instantes en que el alma le hacía presentir su partida. ¡Cuántos se llegaron a su lecho de enfermo buscando su palabra buena y prudente para amortiguar las agitaciones de sus espíritus!... Lo que sus labios decían, pienso que aun sigue viviendo en el corazón de quienes le escucharon. ¡Que tu sueño sea benigno, hijo mío, mientras reposa tu cabeza sobre la almohada de tus noches mortales, para que cuando despiertes, tus ojos contemplen el cielo inmortal de un día sin crepúsculo!

»Un día —prosiguió el venerable anciano sacando un pliego amarillento de uno de sus bolsillos—, recibí la carta de un muchacho que me pedía lo adoptara como hijo. En ella expresaba lo siguiente: “¡Señor, alumbrame mi cerebro y llena de bondad mi corazón! Imploré muchas veces y nunca tuve respuesta. He estado extraviado entre las cosas humanas. Busqué la luz y nadie supo explicarme por qué había luz en el valle”. Un año después que le tomara a mi cuidado, me entregó unas líneas que decían así: “¡Un año! ¡Cómo pasa el tiempo! ¿Quién fui ayer? ¿Quién soy hoy? Hace un año que el mensaje llegó a mi corazón. Señor, dame de tu pan, que es alimento de vida, y de tu vino, que es de vid. ¡Estoy ciego, Señor, dame luz! Así clamé, y tú llegaste y me diste de comer el pan de vida y de beber de tu vid. Cuántas veces pensé: ‘Cuando tú llegues se abrirán los pétalos de las flores que en el corazón duermen el sueño triste de un día sin sol. Te pondrás la túnica blanca y alfombrarás el camino por donde Él venga, con flores de acacia, y le recibirás como a tu rey y soberano’. Y tú llegaste y me dijiste: ‘Ven a mi mesa a buscar tu lugar’. Y desde entonces, como de tu pan de vida y bebo de tu fuente de agua bendita”.

»Multitud de veces me expresó en sus momentos de tribulación: “¡Yo siempre estaré contigo! ¡Yo siempre seré tuyo!”. Llegué a quererle como a un hijo y le dispensé toda mi confianza. Un día, cegado por la soberbia y olvidando sus promesas de otrora, me traicionó, y sustrayéndome reliquias que conservaba como recuerdo de muchos afectos, se fue de mi lado, no sin antes lastimar los sentimientos de mis buenos hijos.

»¡Ingrato! —murmuró roncamente el anciano después de una breve pausa en la que parecía contener un reproche—. ¡Llevarás sobre tus sienes el estigma fatal de los que no pueden anotar su nombre en el libro de los bienaventurados!

Así finalizó el venerable narrador de esta leyenda, mientras enjugaba con un blanco pañuelo su traspirada frente y humedecidos ojos.

* * *

¡Ah! Si la ceniza de extinguidos tiempos que oculta la lumbre de pasadas generaciones revelara el secreto de

la ardiente llama que avivó tantas almas y consumió tantas existencias, tú, lector amigo, te inclinarías reverente para exclamar profundamente conmovido: «¡Señor, aparta de mis ojos y de mi entendimiento todo lo que yo no sea capaz de ver ni comprender, para que mi razón no se turbe y mi corazón no sufra los tormentos de la alucinación!».

EL AVARO

Observando de cerca lo que en una pequeña villa acontecía, vi que la habitaban seres que vivían la vida tranquila de las montañas.

Uno sólo entre ellos, el más rico de todos, era conzeptuado como déspota por las gentes, a causa de su mal corazón. Tenía, para su desgracia, todos los defectos imaginables. Su dios era el dinero, porque le daba poder sobre los demás.

Cuantos vivían en la zona eran perjudicados directa o indirectamente por su ilimitada autoridad. Los damnificados, que solían ayudarse entre sí, pensaban que aquel que más tenía era siempre el que menos daba.

Tanta era su avaricia, que despojaba de sus bienes a los demás, sometiéndolos a su poder. Ponía precio a todo y, por medio de su dinero, todo lo conseguía.

Habitaba asimismo aquel lugar un mozo bueno; verdadera alma de Dios, según la gente. Tan bueno era, que nada pedía para sí; antes bien, daba hasta lo que no tenía.

Cierto día enfermó gravemente el señor de la comarca. Los médicos dijeron que para salvarlo era preciso someterlo a una transfusión de sangre. De inmediato ordenó el avaro ir en busca de quien, voluntariamente y a cualquier precio, le proporcionase el precioso elemento; pero sucedió que nadie quiso prestarle aquel servicio.

Comprendió, entonces, que esto era lo único que no

había podido comprar con su dinero. El infeliz no había pensado que, en vez de pedir con orgullo la venta de la sangre, debía haber implorado esa ayuda, primeramente a Dios, y después, a los hombres.

Al enterarse de aquel incidente, el buen mancebo se apresuró a ofrecer su sangre para auxiliar al enfermo. El gesto piadoso de su providencial salvador conmovió, en tan apurado trance, al acaudalado, quien lo mandó buscar en su mejor carruaje. Pero el joven había ya emprendido a pie la marcha hacia el castillo, en cuyo trayecto lo picó una serpiente venenosa.

Al llegar a destino refirió lo ocurrido a los médicos que asistían al paciente, quienes se abocaron de inmediato a extirparle el mal. Terminada la operación, llenos de pena exclamaron que era imposible salvar la vida del enfermo, porque la sangre del muchacho estaba envenenada.

El avaro murió, pero el piadoso joven, después de un delicado tratamiento, salvó su vida.

Termina así la anécdota, que ofrece una sugestiva y profunda enseñanza.

EL VALIENTE

En cierto país existió hace mucho tiempo un hombre que suscitaba la admiración general por su indiscutible valentía. Nada ni nadie le detenía ante el peligro, cualquiera fuese. Siempre trascendía los obstáculos —hombres o fieras— que se oponían al avance de sus pies invictos. Se le respetaba y, a la vez, se le temía.

No obstante su admirable condición, en una oportunidad, ante el asombro de todos, se le vio abatido y triste. Ese día, alguien que solía platicar con él, le preguntó con incontenible y angustiosa curiosidad:

—Amigo mío, ¿podéis decirme qué os ha acontecido? No es posible suponer que...

El valiente, elevando con firmeza la mirada para dar más vigor a sus palabras, interrumpiéndolo, le contestó con un dejo de amargura:

—He luchado y he vencido siempre. Jamás conocí el temor, bien lo sabéis, ni me detuvo peligro alguno. Mas hoy he conocido a alguien a quien temo: al único hombre que realmente me ha inspirado miedo.

—¿Y quién es ese hombre que pudo poner os grima a vos, el mayor de todos los valientes?

El gran batallador, bajando su cabeza, respondió con pesar:

—Yo mismo.

* * *

He aquí una realidad que ha hecho y hará reflexionar a más de una criatura humana, desde el instante mismo en que se hace cargo de sus propias reacciones inferiores.

EL APURADO

Entre los mil pintorescos matices que contornean la psicología humana, ninguno tan curioso y extravagante como la impaciencia, cuando se manifiesta con el perfil del apuro.

La memoria de los hechos observados recuerda a un personaje que vivía en constante agitación. Desayunábase a toda prisa, poniéndose intolerable si al instante no era servido a satisfacción aunque luego demorase dos horas en leer su periódico. Salía de casa con invariable apuro, irritándolo cualquier demora o contratiempo que le impidiese llegar rápidamente a su habitual ocupación. Pero no llevaba cuenta del tiempo que tardaba en ponerse a trabajar.

Andaba por las calles como quien cumple urgentes diligencias, y cada vez que gestionaba un trámite, exhibía como credencial su tiempo reducido, protestando airadamente cuando alguien demoraba un minuto en atenderle.

Causaba la impresión del que siempre está ocupado en asuntos importantes, aunque nada le urgiera para tales apremios; antes bien, se le vio muchas veces perder lastimosamente el tiempo en cosas pueriles o en charlas intrascendentes.

Durante su juventud, comenzó, una y otra vez, diferentes carreras universitarias, sin lograr nunca graduarse en ninguna de ellas, pues no bien comenzaba sus estudios, apoderábase de él una voraz ansiedad por acabarlos cuanto antes, en forma tal que, no pudiendo contener su apuro, decepcionábase dejando trunco su propósito. De igual modo actuaba, en fin,

con todo lo demás, siendo su vida, a causa de esta deficiencia, una constante sucesión de desventuras.

Alguien le hizo notar un día su lamentable falla, con tanta claridad, tino y acierto, que, ante la visión mental del infortunado personaje, deslizóse íntegramente el film monótono de su vida, fugazmente vivida, penosamente desaprovechada, en la que sobresalían proyectos malogrados, vacíos sin llenar, anhelos y esperanzas sin satisfacer, ansiedad indefinida por cosas que jamás se pudieron concretar.

El llanto comenzó, entonces, a descender por los pliegues de sus mejillas sombrías. Pero la voz amiga invitóle a contemplar cuánto le quedaba todavía por vivir, y al indicarle la forma de administrar su tiempo venidero para recobrar el que yacía en lo pasado, incitóle a practicar durante algunos meses un nuevo método de vida y a forjar una nueva concepción de la existencia: «Debes comenzar por estimarla y valorarla como algo trascendente —le decía—; como una oportunidad que habrás de aprovechar hasta el último suspiro, procurando enriquecerla cada día con más amplios y valiosos conocimientos. Ello te deparará muchos momentos felices, tonificará tus energías con nuevos y fecundos entusiasmos, con estímulos precursores de fértiles esfuerzos que te acercarán cada vez más a las inmarcesibles fuentes de la Vida Universal».

Con estas reflexiones, cuya extensión y hondo contenido contrastaba manifiestamente con su vida estéril y agitada, llena de premuras vanas y carente de realizaciones concretas, el infeliz personaje, comprendiendo su error, decidióse a frenar sus arranques impulsivos y a comenzar una vida nueva, más consciente, más sensata, más positiva.

Años más tarde, el ex apurado comentaba con verdadero placer el episodio descrito, confesando que el cambio de comprensión de la vida operado en él, le hacía experimentar la sensación de estar aprovechando inteligentemente no sólo el tiempo de toda una vida, sino el de varias a la vez.

CUENTO ÁRABE

Suele contarse que allá por los tiempos de Abad el Kabir, había un príncipe que era la personificación de la soberbia, el orgullo, la vanidad y el egoísmo. Un día montó a caballo y, a diferencia de otros días, no permitió que lo acompañasen. Había oído decir que en un bosque no lejano, existían lugares donde el que no era muy experto se perdía sin poder hallar más la salida. Dirigió, no obstante, su corcel hacia el bosque y penetró decididamente en él. Su gran amor propio no le permitía concebir que hubiera inteligencia que superase la suya, y así fue como se dijo: «¡Para qué necesito ayuda! ¡Si yo puedo conocer mejor que todos, los laberintos del bosque, y salir de él cuando se me antoje!».

Entrado que fue en el mismo corazón de esas frondosas plantaciones vírgenes, contuvo su corcel para contemplar extasiado los maravillosos paisajes que se ofrecían a su vista.

Poco a poco, yendo y volviendo de un punto a otro según lo permitiera la espesura del bosque, fue alejándose del camino por donde había penetrado.

De pronto dijo para sí: «Es hora de volver», y espoleó su caballo, lanzándolo al galope.

Muchas veces hubo de cambiar de rumbo, retroceder y proseguir la marcha, al advertir que había equivocado el camino.

Anochecía; fatigado ya, sediento y debilitado por tantas

horas pasadas sin probar alimento, pensó alarmado: «Si me sorprende aquí la noche, pereceré de miedo».

Al punto, su mente comenzó a ofuscarlo, y, en tal estado, ora clamaba, ora reprochábase su torpeza. El caballo, que nada sabía de todo cuanto acontecía a su dueño, al sentir que las riendas eran descuidadas, prosiguió la marcha llevado por su instinto.

—¡Oh!, si Dios me salva, pediré al Rey, mi padre, que otorgue la primera cosa que se me pida —y así diciendo, comenzó a llorar amargamente.

En tanto, el caballo, que había encontrado ya la huella perdida, relinchó satisfecho. Esto produjo un fuerte sobresalto al príncipe, y viendo al animal lleno de alegría, lo acarició diciéndole:

—Si tú me salvas, te vestiré con mis prendas y te llenaré de halagos.

Poco después, oyó ruidos, voces y exclamaciones de júbilo: habían llegado al camino de salida, donde todos lo esperaban llenos de ansiedad y angustia.

El Rey lo recibió en sus brazos y lo besó.

—Hijo mío, ¡qué inteligente eres! —dijo—, ya sabíamos que no te perderías.

—No, padre, inteligente fue mi caballo —contestó el príncipe señalándolo—, y yo le he prometido que si me salvaba, lo vestiría con mis prendas.

—Cúmplelo —replicó el Rey lleno de satisfacción, al ver a su hijo con tan humildes pensamientos.

Los caballerizos llevaron al animal hasta el establo, enjaezado con la casaca, gorro, cinturón y espada del príncipe.

Cuéntase que desde ese día, el príncipe fue cordial, bueno y altruista, recomendando a todos fueran humildes y no desechasen nunca los consejos de sus mayores, aunque éstos vinieran de los de más sencilla apariencia o condición.

Al poco tiempo, y en recuerdo de esta leyenda, los campesinos vistieron sus caballos con las monturas y arneses más vistosos, cuidando de ellos más que de sus prendas de vestir.

EL DRAMA DEL SAPO

Un atardecer se encontraba un Sapo haciendo merienda con cuanto insecto hallaba al paso, cuando de pronto, al observar uno grande y fornido que andaba por ahí, pensó: «Esta es la mía; me daré un opíparo banquete».

Y dando dos o tres saltos, cumpliendo su intento quiso tragarlo de un bocado; pero como el bicho era más grande que su garganta, se atragantó. En vano hizo esfuerzos por tragarlo, pues el insecto, que tenía un buen agujijón y patas de serrucho, comenzó con toda furia a pincharle la lengua y a lastimarle el paladar. Mas el Sapo, obstinado, no quiso largar su presa, y tras un esfuerzo desesperado, concluyó por tragarlo. Casi al instante se lo vio hacer movimientos poco habituales en él: daba saltos, caía de espaldas, se revolcaba y entrecruzaba los ojos, denotando un sufrimiento atroz. Entre tanto, el bicho seguía pinchándolo por dentro... hasta que, al fin, en violentas contorsiones, el Sapo prefirió volverlo por donde había entrado.

El insecto estaba intacto y, no bien sintióse libre, subió a una pequeña piedra para secarse. Dolorido y malhumorado, el Sapo lo miraba con rencor, hasta que decidió regresar a su cueva y estarse quieto.

* * *

Esto mismo acontece a los que dan cabida en sus mentes a algún pensamiento extraño. Luego les cuesta librarse de él, y si lo consiguen, no dejan por ello de sufrir las consecuencias de sus terribles y ponzoñosos alfilerazos.

EL PAÍS DE LOS SUEÑOS

De época en época, de edad en edad, se venía hablando por todas partes de un país que nadie conocía, pero que, según referencias de los antepasados, existía en cierto lugar; de ahí que se lo llamara el País de los Sueños, como bien podría ser, también, lo que se denominó la Mansión de los Dioses, el Paraíso, el Cielo, etc.

Muchos fueron los que anhelaron descubrir la ubicación de tan soñado país.

Surgieron, entonces, una cantidad de filósofos en cada uno de los pueblos, diciendo que lo conocían y que podían guiar a los hombres hacia él. Trazaron una serie de rutas, dieron una serie de nombres a cada una de esas rutas y, a sus instancias, se alistó mucha gente para seguirlos; pero infinidad de veces, cuando estaban por emprender la marcha y aun estando ya en camino, resultó que el que había asegurado que podía ser el guía, se percataba, de pronto, de que la empresa era muy arriesgada y que el itinerario trazado quizá no serviría más que para extraviarlo a él mismo. Así fue como la mayoría de esos filósofos, asustados de sus propias invenciones y después de haber hecho estudiar a quienes los seguían el idioma que suponían se hablaba en ese país, les decían que, con él, cada uno tratara de encontrarlo por sí mismo.

No obstante, de un punto a otro de cada continente corrían las seductoras teorías de esos seres; pero el famoso país no se encontró jamás.

Mas la gente siguió pensando en su existencia, a tal punto que la mezcla de todas esas versiones que de anti-quisimas edades venían rodando por el mundo, hizo que la mente humana forjara la imagen de ese país de la manera más absurda y extravagante que darse pueda.

PRIMERA IMAGEN

Un lugar cualquiera, poblado de gente. Un mar inmenso.

Entre la multitud aparece un hombre animado por una firme resolución: la de lanzarse al mar en busca del país soñado.

Solitario, de incógnito, se encamina hacia la orilla del mar; contempla la inmensidad inconmesurable y medita sobre lo que ha resuelto hacer. La gente no repara en él, y el hombre vuelve y se mezcla de nuevo con la multitud.

Pregunta a uno y a otro qué sabe sobre ese país, y cada uno le relata, de acuerdo a lo que cree saber, cuanto supone acerca del mismo.

También le cuentan lo ocurrido a aquellos que se aventuraron en la empresa de ir hacia él y que, luego de emprender el viaje, no regresaron jamás.

—Uno de ellos —le dicen— quiso cruzar el océano; llevó a unos cuantos ilusos consigo, y luego no se supo más de él ni de los que le acompañaban. Otro llegó a reunir muchísima gente, pero al poco tiempo de haber partido, volvieron trayendo una bolsa de desilusiones, esto es, regresaron completamente decepcionados, diciendo que no habían hallado nada.

El hombre fue entonces a preguntar a los doctores qué era lo que sabían acerca de ese país; y los doctores, viéndole humilde, le dijeron:

—Ese país no existe; es una fantasía. Pero hay que mantener esa fantasía a fin de que la gente viva de algo.

Así que, para unos, el país existía, y para otros, no existía.

En vista de esa diversidad de pareceres y no habiendo encontrado a uno solo que le diera una explicación clara, el

hombre se apartó de la multitud y fue en busca de los elementos necesarios para poner en ejecución sus proyectos.

Subió a un monte, cortó árboles, serruchó las maderas y las dejó apiladas. Luego fue a proveerse de clavos y herramientas, como así también de otros menesteres, todo lo cual fue colocando junto a las maderas.

La gente que pasaba por el lugar miraba asombrada lo que aquél hacía, y murmuraba:

—Este hombre está loco.

Sin preocuparse por ello, y después de adquirir lo que le hacía falta, inclusive un martillo, el hombre comenzó a construir una barca, trabajando tranquilamente sin interrumpir su labor ni de día ni de noche.

Estaba entretenido martillando tablas, cuando uno de los que por allí pasaban, le dijo:

—Oíd, buen hombre, ¿por qué no preguntáis a don Diego cómo se hace una barca? Él os enseñará a hacerla bien.

El hombre levantó la cabeza, lo escuchó y luego siguió trabajando.

Pasó otro y le dijo:

—¿Haciendo una barca? ¡Pero si hay astilleros que hacen acorazados!...

—¿Habéis hecho alguna vez una barca? —preguntaron otros.

Todo el mundo se creía en el derecho de aconsejarle, de opinar y de indicarle cómo debía hacer la barca; pero él, tranquilo, continuaba martillando.

No bien concluyó la base, comenzaron a decir:

—¡Pero si la ha hecho al revés! ¡Este hombre está loco!

Y cuantos por allí pasaban decían lo mismo; mas él seguía empeñado en su labor.

Cuando hubo terminado la parte que va debajo del agua, la cerró y comenzó a hacer la parte superior. Deslizó luego la barca hacia el agua, y, viendo que flotaba, la gente se preguntó:

—¿Será posible que este hombre haya podido hacer una barca, y que ya esté flotando?

Y mientras los demás seguían haciendo conjeturas, él proseguía su trabajo, empeñado en terminarla.

No faltaban los que aun seguían dándole consejos.

Cuando la estaba por terminar, esos mismos fueron a preguntarle cómo la había hecho, y el hombre, para no perder tiempo en explicaciones, les contestó:

—La hice con vuestros consejos.

De este modo, todos se fueron tranquilos.

—¿Habéis visto? —repetían—. Si no fuera por nosotros, no la hacía.

Mas, como sabían que sus consejos carecían de valor, para sus adentros, se decían: «Es un verdadero misterio: ¡la barca flota!».

Y empezaron a formar grupos y a murmurar entre ellos:

—¡Pero yo le indiqué de otra manera! ¡Yo no le dije que la hiciera así!

Y en esa forma pasaban el tiempo.

El hombre, en tanto, proseguía su labor tranquilamente.

Al ver luego la barca ya concluida, quisieron hacer una diablura pintándole mamarrachos; pero he ahí que la pintura no se adhería a ella. ¡Estaba cubierta con una pasta inalterable!...

Volvieron, entonces, a murmurar, preguntándose cómo era posible que un ignorante hubiese hecho semejante barca. Uno de ellos propuso:

—Vayamos a pedirle que nos deje subir.

Así lo hicieron, y el hombre les contestó:

—Bueno; subid, pero sólo a la cubierta. Abajo no podréis pasar porque están los motores.

—¡Tiene motores!... —exclamaron pálidos de asombro y con cierto temor—. Y ¿cómo habéis hecho para colocarlos?

El hombre no contestó.

Cuando subieron a la barca, confirmaron que ésta era sólida y hermosa. Comenzaron, acto seguido, los corrillos y los comentarios sobre el motor.

El hombre, que observaba todo esto, fue dejando que cuchichearan entre ellos.

Al día siguiente volvieron para ver si les mostraba el motor.

—Como tenéis miedo, no es posible —les contestó. Pero con miedo y todo, la curiosidad pudo más y subieron.

—Si sois bueno y no tenéis nada que ocultar —le dijeron—, mostradnos el motor.

Mientras en eso estaban, el hombre tocó un resorte y la barca empezó a marchar alejándose de la costa.

—¡Que vuelva a tierra!... —gritaron desesperados.

El hombre tocó otro resorte y la barca se arrimó de nuevo a la costa.

Como reguero de pólvora o chisme de mentecato, corrió la voz acerca de este hecho entre los habitantes del lugar y nadie quiso ya acercarse a la barca, pensando que era obra de un loco.

Sin embargo, estaba bien construida.

Viendo que nadie se aproximaba, el hombre se internó nuevamente entre la multitud y comenzó a decir:

—He preguntado a todos por la ubicación de un país que desde milenios se dice que existe; de un país llamado Paraíso, Cielo, etc., y nadie supo decirme cómo es ni dónde está.

Mientras esto decía, todos le escucharon con atención, mas luego se echaron a reír cuando agregó:

—Yo conozco ese país, y el que quiera conocerlo, venga conmigo.

—¡Muchos han dicho ya lo mismo! —contestaron con incredulidad algunos.

—Y esos que dijeron lo mismo —preguntó— ¿en qué forma pretendieron guiaros hacia él?

—Uno alquiló un magnífico vapor y nos dijo: «Subid, yo os conduciré a ese país, pues conozco la ruta y me será fácil arribar a él».

—Otro alquiló un carro.

—Pues yo no alquilaré nada ni compraré nada: al que venga conmigo lo llevaré en una barca de mi propiedad. Es de mi propia invención y especialmente construida para tal fin.

Todos reconocieron que ese hombre tenía algo diferente de los demás, pero temían ir con él porque pensaban que podía sucederles lo que les aconteció a los otros. Con todo,

entre comentarios y gestos de duda, subieron a la barca unos siete u ocho. Los restantes, dispuestos a subir siempre que se les revelara, para estar más seguros, ciertos secretos de la maquinaria, se abstuvieron.

El hombre preguntó por última vez si alguien más quería acompañarle, pero nadie aceptó. La barca desplegó, entonces, sus velas majestuosas, y pronto comenzó a perderse de vista.

SEGUNDA IMAGEN

Sentado en la cubierta de la nave, el hombre contemplaba el firmamento.

Los que lo acompañaban, viendo que se alejaban de la costa, vinieron a él y le preguntaron:

—¿Estaremos seguros? ¿Llegaremos a ese país?

—No entiendo, no comprendo —les contestó.

—Pero, ¡cómo!... —exclamaron asustados—. ¿No hablabais recién como nosotros?

—No entiendo, no comprendo —volvió a contestarles.

Un pánico tremendo se apoderó de todos.

—¡Pero, decidnos!: ¿no hablabais como nosotros?

—No entiendo, no comprendo.

Al pánico se unió la desesperación.

—No hay nada que hacer —decían entre ellos amargamente—: tenían razón los que afirmaban que era un loco.

Viéndolos en ese estado, el hombre se levantó y les dijo:

—Hablaré aún tres minutos en vuestro idioma. Como tenemos que ir a un país donde se habla un lenguaje completamente diferente del que estáis acostumbrados a hablar, es menester que olvidéis el que usáis y que os dispongáis desde ahora a aprender el otro lenguaje, acostumbrándoos a hablarlo. Para ello, nada mejor que guardar silencio por un tiempo; mientras, yo os iré enseñando a conocerlo.

Todos respiraron aliviados.

Después de este incidente se dieron cuenta de que había mucha seguridad en lo que decía y hacía ese hombre misterioso.

Llegó la noche, y cuando la tripulación iba a acostarse,

se oyó el toque de una gran sirena. De inmediato pensaron que la barca se hundía y acudieron con gran diligencia a cubierta. Apareció, entonces, el hombre y les manifestó:

—Quiero veros siempre así: ágiles, dispuestos en todo momento a trabajar. Es necesario que desde ahora os vayáis acostumbrando a las modalidades del país hacia el cual nos dirigimos.

Y comenzó a darles enseñanzas; pero a las dos horas todos se habían cansado y muchos se dormían.

El hombre que todo esto hacía y que era el Capitán de la barca, les aconsejó que siempre estuviesen lo más despiertos posible; que se acostumbrasen a tener el sueño liviano porque había peligro de que la barca naufragara.

Ante el temor de ese peligro, los tripulantes convinieron en seguir el consejo.

Entre tanto, el hombre continuó instruyéndolos, a tal punto que cada uno pronto supo por sí mismo sus obligaciones.

Así llegaron al primer puerto y en él atracó la barca.

La gente, curiosa, en seguida fue a verla atraída por su aspecto extraño, pues las velas parecían estar al revés, el ancla hacia arriba y todo lo demás dado vuelta.

Y también allí comenzaron las murmuraciones.

El hombre, reuniendo a los tripulantes, les dijo:

—Tenéis licencia. Podéis informar a los habitantes de esta ciudad, que vamos de viaje en dirección a ese país del que tanto se ha hablado.

Los nuevos marineros bajaron a tierra y todo el mundo los rodeó deseoso de saber quiénes eran y a dónde se dirigían, explicándoles ellos que iban de viaje al País de los Sueños. Los seres que los escuchaban se miraban unos a otros y, tomándolos por locos, se burlaban de ellos.

Algunos, desmoralizados, volvieron a la barca diciendo que estaban engañados y que la gente les había hecho comprender que era una locura el aventurarse a viajar como lo hacían.

El hombre les manifestó, entonces, que los que querían quedarse en tierra podían hacerlo, y los demás, volvieron a

la ciudad, pues podía ser que hubiese quien quisiera acompañarlos en el viaje.

Y cuando se hubieron ausentado, el dueño de la barca descendió a tierra.

Los curiosos que se habían detenido asombrados para mirar la extraña barca, empezaron a formularle preguntas. El Capitán les dio algunas explicaciones y, al final, les comunicó que partiría al día siguiente y que no tenía inconveniente en llevarlos, si querían acompañarle.

Se alistaron alrededor de treinta. El Capitán los hizo pasar a un salón sobre cubierta y les encargó que se quedaran allí hasta que la barca partiera.

Aquellos que fueron a la ciudad en busca de más gente regresaron completamente desmoralizados, expresando que no habían encontrado un solo ser dispuesto a seguirlos.

—No importa —les dijo el hombre—. Desatad los cabos: vamos a partir. Hay en la barca unas treinta personas que vinieron a pedirme las dejase subir.

El asombro de los marineros no tuvo límite. ¡Ellos, que habían hablado a tanta gente, no pudieron conseguir que nadie se embarcara, y en cambio él, sin moverse del puerto, había hecho subir a la barca a treinta personas!...

Emprendida ya la marcha, el Capitán ordenó que debían cambiar de idioma para hablar sólo el que estaban aprendiendo; de manera que los nuevos tripulantes no entendían nada y, para comunicarse con ellos, hubo necesidad de usar signos. Así fue como empezaron a hablar por signos.

El tiempo iba pasando, y como aconteciera que no se les decía nada respecto a la comida, los últimamente embarcados se consultaban unos a otros, expresando:

—Parece que aquí no se come.

Sin embargo, bien pronto comprendieron que para comer debían trabajar.

Paulatinamente, primero por medio de signos y luego por palabras, fueron familiarizándose con el nuevo lenguaje.

El Capitán, que siempre los observaba, fue notando que había en sus mentes una cantidad de falsas imágenes acerca

del país hacia el cual iban. Cuántas veces, escuchando sus conversaciones, les oyó decir que allí la gente tenía alas o formas de peces, de pájaros y otras mil cosas más que se les ocurrían o habían oído antes de subir a la barca.

A medida que la tripulación iba sintiendo mayor confianza, el hombre elaboraba imágenes mentales para que se familiarizasen con ellas, haciéndoles, a la vez, algunas indicaciones sobre el funcionamiento de ciertos aparatos que se hallaban en la nave.

Algunos, con el ansia de conocer más, querían que todo les enseñara: desde el manejo de los motores hasta el de la barca. El Capitán, viendo que sus pensamientos no llevaban otra intención que la de conocer el secreto de la construcción de la nave con mezquinos propósitos, les respondió que no tenía inconveniente en enseñarles lo que pedían y aun de entregarles el manejo de la embarcación; y ese mismo día dejó en el comando a uno de ellos.

Pero, casualmente, esa noche se desencadenó una gran tormenta. El pánico se propagó rápidamente entre los tripulantes y el naufragio pareció inevitable. Muy afligido, el nuevo timonel se llegó hasta el Capitán y le dijo:

—Capitán; el timón se ha descompuesto.

Sonriendo, le contestó que ese era un timón falso y que el verdadero lo tenía él. El supuesto timonel se enojó, y pensó encerrar al Capitán en una cabina y apoderarse de la barca; pero se acordó de que no conocía la ruta y relegó sus propósitos para otra oportunidad.

Antes de llegar a un nuevo puerto, volvió a desencadenarse otra gran tormenta. Desde entonces, los marineros no abandonaron el salvavidas. Se vestían, comían y hacían la limpieza con él.

Pero antes de entrar al puerto, el Capitán abrió una de las grandes cañerías de la barca y la cubierta se inundó totalmente de agua. El susto y alboroto que se produjo entre los tripulantes fue muy grande y, en realidad, no era para menos.

Pensando que había llegado el final, bajaron la lanchita salvavidas y se largaron al mar.

Viendo luego que la barca no se hundía, quisieron volver; pero la lanchita se les dio vuelta y hubo que ir a salvarlos uno a uno.

Apenas atracó la barca, varios dijeron:

—Nosotros no seguimos más; que viaje el Capitán solo.

Y cuando tocó la campana de salida, de los treinta y seis o treinta y siete que se hallaban a bordo, sólo quedaron catorce o quince.

Siguió navegando la barca y llegaron a un país donde había gente que parecía comprender, aunque no mucho, el lenguaje que los viajeros hablaban.

Muchos escucharon con atención a los extraños marineros que habían bajado a tierra y, cuando fue el momento de volver a la barca, unos doscientos del lugar quisieron alistarse. Entonces los tripulantes se llegaron al Capitán y le dijeron:

—Capitán, hay más o menos doscientas personas que quieren seguirnos, pero no hay sitio en la barca para tantos.

—Esperad hasta mañana y venid con ellos —les contestó él.

Se fueron a pasar la noche a la ciudad y, a la mañana siguiente, cuando regresaron acompañados por los doscientos que querían embarcarse, ¡oh asombro!... ¡la barca se había alargado y transformado, a tal punto, que casi no la reconocieron!

El hombre, de pie en la cubierta, les sonreía llamándolos y diciéndoles que advirtieran que la nave no sólo tenía capacidad para doscientas personas, sino también para quinientas.

Una vez todos a bordo, no tardó la barca en soltar amarras y hacerse a la mar.

—¿Cómo habrá hecho para extender la barca? —pensaban los marineros mientras se alejaban de la costa—. ¡Y en una sola noche!...

Empero, no se animaban a preguntar al Capitán; mas él, que conocía sus pensamientos, les manifestó:

—No es solamente preguntando cómo se llegan a saber las cosas; también es necesario estudiar lo que se quiere saber.

Nada debe preocuparos; lo esencial es que estáis en la barca, que ella es grande y que navegamos tranquilos.

A bordo había trabajo para todos, pero no todos querían trabajar. Pensaban algunos que estaban haciendo un viaje de placer, olvidando que lógico era se organizase la labor, porque la conservación de la barca dependía del trabajo de sus tripulantes.

No poca tarea costó al Capitán convencer a los que le acompañaban que debían olvidar las costumbres del país que habían dejado y adaptarse a las nuevas exigencias, ya que iban a un lugar en el cual ellos no podrían entrar si no estaban en condiciones.

TERCERA IMAGEN

Navegaba la barca en alta mar cuando, a lo lejos, se divisaron tres o cuatro barcos piratas. El pánico entre los tripulantes ya no tuvo límite.

Empezaron los fogonazos y, a los primeros disparos, casi todos se escondieron en sus cabinas.

Después de mucho trabajo, el Capitán logró convencerlos de que había que luchar contra esa gente, pues de lo contrario serían pasados a cuchillo.

Convencidos al fin, comenzaron a hacerse presentes en cubierta.

Muy pronto, un botecito corsario, con cuatro o cinco piratas, se acercó a la nave para abordarla. Las altas botas, los pantalones chillones y los cascos rojos pintados con la conocida enseña de la calavera y los huesos en cruz les daban un aspecto terrible; su sola presencia bastaba para asustar a los de la barca, quienes no podían convencerse de que aún estaban vivos.

Tras muchos esfuerzos el Capitán logró hacerles comprender que todavía vivían, y, de esta forma, fue como pudieron comenzar a defenderse. Lucharon hasta que le pareció al dueño de la barca, quien, tocando ciertos resortes, imprimió a la embarcación una velocidad tal que los piratas se perdieron de vista.

Y así continuó navegando la barca; pero después de tan-

tas peripecias habían quedado, entre los tripulantes, algunas mentes turbadas; de ahí que volvieron algunos a preguntar:

—Capitán, ¿llegaremos? ¿Existe o no existe ese país?

Y otra vez cundió la inquietud y la desesperación a bordo.

En tanto, fueron llegando a otro puerto. Ya en él, el Capitán les dijo:

—Id y alistad gente que hay aún mucho lugar en la barca.

Salieron los tripulantes y, al volver, trajeron consigo cuatrocientas personas más; pero unas ciento ochenta de las que venían haciendo el viaje quedaron en tierra y no pudieron encontrarse más.

Al partir de nuevo, la barca llevaba a bordo cerca de cuatrocientos cincuenta tripulantes, entre los que se hallaban los siete u ocho embarcados en el primer puerto y una parte de los embarcados en el segundo, quienes habían permanecido fieles a su anhelo de llegar al país hacia el cual se dirigían.

En el transcurso del viaje, sucedieron una cantidad de peripecias análogas a las anteriores.

Estando en alta mar comenzaron a fallar los motores y, nuevamente, se despertaron las dudas respecto al Capitán, estallando otra tormenta mental.

—¿No decía que era ingeniero? —murmuraban.

Sin embargo, arribaron a otro puerto.

Lo curioso era que en cada puerto donde atracaban, la gente que allí vivía conocía y hablaba mejor que la que habían encontrado en los puertos anteriores, el idioma que a ellos les había enseñado el dueño de la barca.

CUARTA IMAGEN

Una vez amarrada la nave, bajó a tierra una cantidad de tripulantes y otra se quedó a bordo. Entre los que se quedaron estaban muchos de los que se habían embarcado antes.

Los que bajaron a tierra, que ya habían ido otras veces a buscar gente para que se enrolara, notaron que cada vez se les entendía con mayor facilidad. Y así fue como pudieron

volver con seiscientos más; pero sólo había capacidad en la barca para quinientos en total.

El Capitán, viendo esto, descendió a tierra y, por medio de misteriosas palabras, estiró nuevamente la barca, volviendo después a subir.

Hubo, entonces, capacidad para más de mil tripulantes. Todos quedaron asombrados.

—Si sabe hacer esto —afirmaban entre ellos—, no hay nada que decir: es un gran Capitán.

—Cuando el barco chico es elástico, el grande también lo es —expresó el Capitán.

Y estaban todos a bordo y para todos había trabajo.

La primera mañana hubo necesidad de ir a despertar a los últimos llegados. Poco después, se presentaron elegantemente vestidos y pidieron el desayuno.

El Capitán les contestó que, en adelante, serían servidos como pedían, pero que, por el momento, era necesario que cada uno cumpliera con la tarea que le correspondía, de acuerdo con la organización que existía a bordo.

Ya era cerca del final del sexto año que la barca navegaba, y había en ella más de mil personas.

A uno de los tripulantes, que parecía el más obediente, el Capitán le enseñó algunos giros del timón y ciertas partes de los motores, y, en circunstancias en que estaban por llegar a una isla, le entregó el timón y le dijo:

—Me quedaré en esta isla, pero los alcanzaré mar adentro.

Y recomendó a otro cuidar los motores.

Bajó el Capitán a la isla y la barca continuó la marcha.

Ya en alta mar, el nuevo timonel no tardó en pensar que él lo era todo a bordo y que, por tanto, le correspondía el mando. Así fue que comenzó a decir a la tripulación que él era lo suficientemente capaz como para conducirlos.

No tardaron en producirse disturbios. Ninguno quiso ya hacer trabajos de mariner.

El hombre quedó en la isla, uno de los tantos puntos en que tenía instalados ciertos aparatos de su uso, y desde allí fue siguiendo con un gran antejo a la barca. Vio que las olas

la levantaban por instantes a gran altura, como si quisieran hacerla tocar el cielo, y que los tripulantes, lejos de ser tales, se habían convertido en grandes señores y discutían continuamente acerca de sus méritos particulares. Cada uno hacía alarde de lo que había trabajado, de lo que había aportado y hasta de los consejos que había dado para la construcción de la famosa barca, llegando de esta manera a convencerse de que los dueños de la nave eran ellos.

Viendo hacia dónde los llevarían esos pensamientos, el Capitán apresuró la construcción de un submarino y con él pudo llegar a bordo justo en el momento de estallar una conspiración.

—¿Por qué vino? ¿Por qué no nos avisó? —gritaban contrariados los conspiradores.

Pero lo cierto era que el hombre estaba sobre la cubierta.

—¡Nosotros podíamos ir solos!... ¡Ya conocemos el camino!...

—Bien —les contestó el Capitán—; como yo no incomodo, me quedaré aquí.

Y pasaron cuatro días y luego veinte, y comenzaron a dudar de si realmente conocían la ruta.

—¿No será hacia ese otro lado? —preguntaba uno.

—¿No habrá que cambiar la dirección? —decía otro.

Y cundió la duda. Al final se convencieron de que lo mejor era entregar el timón al propietario de la nave.

Fueron entonces a ofrecerle el comando, contestándoles él que no tenía inconveniente en aceptarlo, pero dado que desde el momento en que dejó la barca y ésta se alejó de la costa, sus mentes se habían trastornado tanto, era necesario volver a tomar la ruta de la cual se habían desviado.

Tomó, pues, el comando, pero las mentes estaban ya perturbadas por las dudas que de continuo las asaltaban.

El verdadero Capitán, viendo que había muchos tripulantes que no querían trabajar y que lo poco que hacían era de mal modo, resultando, por consiguiente, una carga, cierto día, con el objeto de darles una nueva lección, apretó unos resortes y la nave comenzó a llenarse otra vez de agua.

—¡Se hunde la barca! ¡Se hundel!... —gritaron.

A pesar de ello arribaron todavía a otro punto y muchos bajaron.

También allí hubo quienes, oyéndolos hablar, les dijeron que eran unos locos; que tal país no existía y que el Capitán era un visionario vulgar.

Cuando regresaron a la barca, otra vez comenzaron las protestas.

No obstante, después de llevar a bordo las provisiones necesarias, la embarcación emprendió de nuevo la marcha, rumbo a otro punto, el día mismo fijado para la partida.

Ya en alta mar, volvieron a aparecer varios buques piratas. Uno de los tripulantes, turbado por el temor y el recelo, dijo a los otros:

—¿Por qué no nos hacemos piratas?

El pensamiento tuvo buena acogida en algunos, quienes se hicieron el propósito de pasar a los barcos piratas en la primera oportunidad, para aliarse con ellos y atacar la barca en que hasta entonces habían viajado.

Seguida muy de cerca por los piratas, la nave llegó hasta las cercanías de un puerto, donde el Capitán tenía algunos amigos. Hizo varias señales y del puerto salieron unos cuantos barcos que, silenciosamente, siguieron a los buques piratas. Cuando éstos quisieron hacer fuego contra la barca del Capitán, recibieron una descarga proveniente de aquellos barcos que los seguían, trabándose ambos en lucha hasta que los atacantes, derrotados, se dieron a la fuga.

Así fue como, pese a todos estos contratiempos, llegaron al séptimo año.

QUINTA IMAGEN

Deliberadamente, y para no fatigar al lector, omitimos decir que, en el curso del viaje, la barca se detuvo en varias islas, además de la que se menciona en el relato, todas ellas de exuberante vegetación y habitadas por tribus de diversas características, en cada una de las cuales recogió el Capitán un buen cargamento de maderas y objetos raros.

La tripulación se maravillaba al ver que las tribus que habitaban las islas por donde pasaban, recibían al Capitán con grandes exclamaciones de júbilo y luego le colmaban de obsequios.

En la última isla que tocaron, aconteció un episodio que, por lo interesante, es digno de ser relatado.

Poco antes de llegar a ella, dos de los tripulantes, a quienes el dueño de la barca había dispensado mayor confianza nombrándolos oficiales, comenzaron a tramar un complot contra el gran navegante, que tan generosamente los había acogido en su nave.

Aguijoneados por la codicia, con deseos incontenibles de apoderarse de los tesoros que el Capitán llevaba a bordo, y aun de la barca misma, empezaron por sublevar a gran parte de la tripulación, dedicándose a ello con tanto empeño que hasta olvidaron el propósito por el cual se habían embarcado, que era el de conocer el País de los Sueños.

Cuando el Capitán bajó a tierra en la nueva isla, sólo unos pocos quisieron acompañarle; los demás pretextaron tener recelo de los nativos. Durante el tiempo que permaneció allí, los dos traidores convencieron a la tripulación de que cuanto había en la barca era de ellos y nada del Capitán, y dispusieron que se constituyese un tribunal para juzgarlo, pues su conducta, que imaginaron de todos los coloridos, tenía que ser castigada. Se repartirían luego los tesoros, y serían admirados cuando volvieran a sus tierras.

Resuelto esto, confeccionaron burdamente un escrito y en él consignaron cuanta estupidez se les ocurrió, con el objeto de atemorizar al Capitán por los cargos que en él se le hacían, y darle la impresión de un amotinamiento que podría poner en peligro su vida.

En tanto, el buen navegante, a quien ya le habían llegado noticias de la sublevación, haciendo como que nada sabía, se allegó a la barca y, aprovechando que los traidores fingían obedecer como antes, los llamó y les dijo que hicieran bajar a toda la tripulación para llevar a bordo los preciosos tesoros que había hecho dejar por los nativos

a poca distancia, indicándoles, al mismo tiempo, el lugar donde se hallaban.

Los dos complotados, ávidos de reunir mayor riqueza, no titubearon en acceder, pues una vez embarcados y ya sentenciado el Capitán, le harían descender y ellos seguirían con todo. Así fue como, uno a uno, bajaron de la barca y se encaminaron hacia el lugar señalado.

El Capitán, en tanto, levó anclas dejándoles un botecito en el que sólo cabían cuatro personas, y una tablita con la siguiente inscripción: «Si todo os pertenece y el Capitán es tan malo, lo mejor es que hagáis vosotros algo mejor. Juzgadme, pues, mientras yo prosigo con mi barca; no puedo perder tiempo escuchando vuestras necesidades».

Pero apenas comenzaron los motores a funcionar, los que aún no se habían alejado oyeron el sonido y, temerosos de quedarse en la isla, se volvieron a todo correr. De éstos, compadecido el Capitán, hizo subir a varios, quienes al punto narraron lo acontecido durante su ausencia.

También los otros regresaron con gran prisa presintiendo que el dueño de la nave, enterado de la sublevación, los dejaría allí; pero, cuando llegaron, ya la barca se había alejado lo suficiente como para evitar todo intento de abordaje. Los traidores gritaban llenos de furia:

—Nos habéis engañado, ¡miserable!...

Y proferían toda clase de insultos.

El Capitán, sin inmutarse, les contestó:

—Es verdad; mi-ser-habla y dice que os habéis engañado. Juzgad ahora; ya tenéis un motivo. Cuando yo vuelva alguna vez, me daréis a conocer lo que hayáis resuelto sobre mi persona. Mientras, yo proseguiré el viaje hacia donde me he propuesto, pues para ello construí esta barca, ¡mentecatos!

Los complotados quedaron como enloquecidos, vociferando furiosos contra el Capitán; pero viendo que anochecía, tuvieron necesidad de ocuparse de ellos haciendo refugios para guarecerse de los nativos y buscando toda clase de elementos para defenderse.

—¡Nos ha engañado!... —repetían unos y otros—. ¡Para

qué habremos subido a esa barca! Lo peor es que ahora, si logramos volver a nuestras tierras, todo el mundo se reirá de nosotros.

La nave, que se había hecho a la mar, enfiló su proa hacia un nuevo rumbo.

Durante el viaje, el Capitán fue explicando a los que con él quedaron, el simbolismo de cada uno de los episodios vividos e instruyéndolos en el conocimiento de las rutas que había seguido, a fin de que se hicieran expertos navegantes.

Pasaron por numerosas islas, en las que se detuvieron para explorar y conocer las diferentes clases de árboles, sus usos y virtudes, y la fauna con su diversidad extraordinaria de ejemplares raros. También les enseñó lugares entre las montañas, donde había infinidad de minerales preciosos, indicándoles a la vez cómo debían ser utilizados.

Cada isla les ofrecía las maravillas de su naturaleza, lo cual los llenaba de admiración y alegría, y, de cada cosa, el Capitán hacía una buena provisión para depositarla en las bodegas de la embarcación.

Así pasaron muchos días y meses, hasta que, en un amanecer, el Capitán los sorprendió con esta noticia:

—¡Hemos llegado!...

La tripulación íntegra se sobrecogió de emoción, pensando hallarse frente al ansiado País de los Sueños, país de leyendas y de esperanzas; pero cuál no sería la impresión recibida cuando, al subir a cubierta, se encontraron con que la barca atracaba en uno de los puertos de los cuales había salido al emprender el viaje.

—¡Cómo!... —exclamaron llenos de asombro—. ¿Estamos ya de vuelta? ¿Y el País de los Sueños?

—¡Ah!... —dijo sin inmutarse el Capitán—. Ese país ya no es una leyenda para vosotros. Con lo que ahora sabéis, el mundo y las cosas han dejado de ser lo que antes fueron para vuestro entendimiento. Yo os he guiado hasta las puertas mismas del país que buscabais. Internaos, ahora, en vosotros mismos, de igual modo como nos internábamos en cada isla, y veréis cuántas cosas hallaréis que os encantarán aún más que las que habéis visto. Aprovechad mis lecciones; no os

dejéis llevar por la confusión del mundo, y seréis cada uno un súbdito fiel de ese País de los Sueños que, desde ahora, llamaréis la Creación, y cuyo Emperador Supremo es Dios, autor y dueño absoluto de todo cuanto existe.

Maravillados ante lo que oían, llenos los corazones de gratitud, pidieron al buen Capitán que les permitiera no abandonar esa barca y seguirle siempre en sus viajes.

Habían comprendido que antes de pretender conocer un mundo acerca del cual se han tejido tantas leyendas, debían esforzarse en conocer el que habitaban, en sus dos magníficas creaciones: la externa, que abarca continentes enteros, y la interna, que se extiende hasta límites insospechados para el conocimiento.

* * *

Los días marchan en rigurosa formación como soldados de un ejército incontable.

La barca surca las aguas, mostrando sus majestuosas velas como alas de ángeles que se elevan hasta las regiones del ensueño.

El Capitán y sus fieles marineros celebran el hallazgo. El País de los Sueños es desde aquel día una realidad.

Las almas han despertado del letargo profano y viven lejos de las sombras que envuelven al mundo, admirando las bellezas con que el conocimiento obsequia a sus ojos limpios de nubes y temores.

Y aquí termina esta narración, que los lectores tomarán por sueño o por leyenda.

LA VUELTA DEL JUSTO

—Yo lo conocí —decía el anciano que nos refirió esta historia—. Hace mucho que vivió entre nosotros. Solíamos reunirnos en torno a él para escucharlo. Para todos tenía una palabra conveniente que apaciguaba el espíritu, tan atribulado por las inquietudes de la época. Era justo, bondadoso, y poseía una paciencia inagotable. Siempre se lo hallaba dispuesto a ayudar a cuantos acudían en busca del amparo de su sabiduría. Vivía una vida sencilla y recogida, que era toda una enseñanza. Para él no contaban las horas del día o de la noche: mientras había uno a su lado no cesaba de enseñar.

»Cuántas veces nos dijo aquel hombre bueno y sabio: “Aprovechad ahora, que estoy entre vosotros; no perdáis, por descuido, lo que con tanto amor os estoy dando”.

»Cierta día, la perfidia de gentes envilecidas por las malas costumbres hizo que aquel justo se alejara, no sin antes prodigarnos muy útiles y oportunos consejos. Lo vimos partir. En su semblante se dibujaba una tristeza indefinida. Su mirada era profunda; miraba más allá de nosotros, quizá en nuestras almas, en nuestras vidas, en nuestro futuro...

»Otro hombre sabio, de grandes cualidades, ocupó su lugar. Empero, no nos reunía como aquél, en amena e íntima tertulia. Sus enseñanzas nos parecían más severas, y abundaban en recomendaciones para nuestra diligencia. Comparaba la pereza y la holganza con las nubes que oscurecían el firmamento. Mientras aquéllas impedían que resplandeciera

nuestra voluntad, éstas ocultaban la luz del sol. Y así como podían pasar muchos días nublados, sin la luz fecundante, el hombre también podía pasar sus días mejores sin el beneficio de la luz, por ausencia de la energía capaz de proyectarla.

»Nada, pues, podíamos objetar a sus mil observaciones y consejos. Era impecable en sus juicios, pero nos mantenía a distancia, haciéndonos observar prudentes turnos. ¡Ah, cuánto añorábamos a aquel que se fue!... ¡Cuán gratos eran aquellos instantes inolvidables en que compartíamos, como chiquillos dichosos, la alegría que nos proporcionaban sus sabias narraciones y sus diáfanas explicaciones, ante las cuales permanecíamos sobrecogidos de admiración!

»Un día, al atardecer —continuó el anciano—, hallábame ensimismado en mis pensamientos, cuando oí que me llamaban. Era la voz del hombre bueno; y tan parecida era esa voz a la de aquel que en su lugar ahora estaba, que sentí un vago temor, como si algo extraño fuese a acontecerme. En efecto, mirando bien, pude apreciar que los dos sabios eran una misma persona; sólo que, en ese instante, volvía a verle como lo vieron mis ojos la primera vez. ¿Ocurriría lo mismo a quienes, como yo, lo conocieron y escucharon entonces?.

* * *

Esta leyenda nos trae a la memoria la transfiguración del Señor, para mostrarnos cómo pueden producirse, quizá en aspectos diferentes, las mutaciones que suelen experimentar las almas grandes.

EL GRAN BURGUÉS

Reflexionaba un potentado, cuyas riquezas jamás había podido conocer de tantas como eran, sobre lo inútil de su vida y lo desgraciado que él mismo se estimaba al vivir lleno de temores y desasosiegos. «¡De qué me sirven —pensaba— tantas riquezas, si estoy hastiado de todo y no consigo liberarme de la angustia que roe mi alma!».

Preocupado con esta idea, decidió al fin consultar a un renombrado sabio para pedirle le sacara de tal atolladero.

—¿Conque no puedes —preguntóle éste—, con todas tus riquezas, ser feliz?

—No —contestóle el monarca de las rentas—. Tengo cuanto apetezco; nada me falta, como no sea la paz en mi espíritu y la felicidad.

—Pues, nada te falta, entonces —replicóle el sabio—; a menos que a esto último le asignes algún valor.

—Valor... valor... —murmuró pensativo aquél; y como si al pronto entendiera la insinuación, afirmó—: Cierto es: no habiendo paz en mi espíritu, no hago más que consumirme en una eterna desdicha. Mas, ¿cómo podría hacer yo para sentirme feliz? Dime.

—Mira; de aquí mismo parte un camino. Es largo, aunque no tanto como para que no pueda cubrirse en toda su extensión. Al final del mismo descubrirás unas claves que, no bien sean tuyas, harán de ti el hombre más feliz de la tierra. Podrás hasta centuplicar tu fortuna, si lo quieres, pero a

condición de hacer con ella el bien y contribuir a la felicidad de los demás, sin que ello signifique, como es natural, que debas prescindir de la que anhelas para ti.

El potentado miró fijamente al sabio y, luego de pensar un breve instante, resolvió:

—Me parece muy bien lo que dices; voy a mandar hoy mismo a mis secretarios para que me traigan esas claves. Gracias, pues, por tu consejo.

Los secretarios partieron, y mientras los días y los meses pasaban, el gran burgués continuaba con sus tedios e inquietudes, que cada vez le atormentaban más. En vista de que no volvían, mandó a otros con el mismo encargo, pero tampoco éstos regresaron. Como los años pasaban y no le llegaba noticia alguna, presa de la desesperación, fuese un día en busca del sabio, a quien impuso de sus gestiones, inquiriéndole con extrañeza sobre las causas que podrían haber motivado la tan prolongada ausencia de sus emisarios.

—La felicidad, buen hombre —contestóle el sabio—, debe buscarla uno mismo: su conquista es absolutamente personal. Te indiqué fueras en busca de las claves, y tú, para librarte de molestias, enviaste a tus secretarios por ellas. Así, ha acontecido que mientras éstos, en poder de las claves, son felices, los propios deberes de esa felicidad les impiden volver en tu busca y perder el tiempo, que ocupan en enseñar a hallarlas a otros mejor dispuestos. La prueba de que esto es verdad, la tienes en que, si no hubieran hallado nada, ya estarían de vuelta para continuar siendo tus servidores.

Impresionado el gran burgués por lo acontecido, y viéndose ya viejo, pues largos años habían transcurrido en espera de aquéllos, preguntó con ansiedad:

—Dime: ¿tendré aún tiempo de ir yo mismo? ¿Encontraré también yo esas claves y seré feliz?

—Puedes hacerlo, si quieres. Nadie te lo impedirá. Pero la vida que has perdido estérilmente, esa no volverá a ti. Quisiste ser feliz; sentiste esa necesidad siendo todavía joven y fuerte; sin embargo, preferiste, como buen burgués, que otros hicieran las cosas por ti, mientras tu vida iba consumiéndose

en el ocio, el hastío, los temores y las angustias de la infelicidad. Vé, pues, y búscalas por ti mismo, si tienes fuerzas para alcanzar la meta.

El ya anciano potentado partió pensando que aun podrían quedarle muchos años de vida, pero bien pronto el cansancio lo rindió a causa de su edad y la falta de adiestramiento en el andar. Avanzó, no obstante, algunos tramos, y cayó desfallecido para no levantarse más.

* * *

Pensamos que puede extraerse de nuestro relato la siguiente moraleja: No debe delegarse a otros lo que concierne al propio conocimiento. La felicidad, cuya conquista es exclusivamente individual, no puede encomendarse a terceros.

MONARCA INDISCUTIDO

Cierto día, varios representantes del reino animal estaban celebrando un gran congreso para deliberar sobre la posición que ocuparía cada uno dentro del Estado y tratar, al mismo tiempo, quien debía reemplazar al rey, en caso que éste abandonara el trono.

Entre los asistentes, figuraba el señor Loro en primer término, el cual, ubicado en el sitio más alto —la copa de un árbol—, discutía acaloradamente con el señor Papagayo sobre la conveniencia de tomar él primero la palabra, a fin de exponer, con sabia oratoria y expresiva mímica, su reclamación. Según su opinión, nadie más que él debía ser consagrado rey, y, olvidando al señor Papagayo, sostenía irritado que era el único representante del reino animal dotado, como el hombre —¡nada menos que el hombre!—, del don de la palabra, argumentando, además, que todo cuanto sabía lo había aprendido de él.

Más abajo estaba el Mono Sabio con su prole, muy echado para atrás; sonreía con los suyos, satisfecho de ser él el más parecido al hombre, lamentándose, únicamente, de tener cola y no poder hablar como el Loro; no obstante, estaba convencido de que a él le pertenecía el reino de la especie animal.

Algo más lejos se hallaban el Elefante, el Hipopótamo y el Rinoceronte, platicando sobre la conveniencia de proponer que fuera elegido rey el de mayor peso, pues, según cierto dicho, ellos valían lo que pesaban, y, por lo tanto, nadie valía

más entre ellos. A tal fin, cada uno de los tres había comido ese día desmesuradamente; tanto, que apenas podían moverse.

Por otro lado estaba el Pavo Real, quien con suma preunción hacía alarde de la belleza de su cola, la que lucía muy orondo, vociferando que él era el animal más hermoso.

La Jirafa, presumida también, en cuyo cuello un Monito había hecho una hamaca en la cual se balanceaba ufano, dijo, en rueda con la Cebra, el Búfalo, el Camello, el Dromedario, el Buey y el Guanaco; la Llama, el Avestruz, el Lobo, la Vicuña y otros:

—Yo debería ser consagrado rey, porque soy el más alto de todos los animales.

Al oír esto, rebuznó el Burro una estruendosa carcajada.

La Jirafa, indignada, le preguntó con altivez:

—¿Te ríes de mí?

—No —le contestó el Burro con socarrona risa—, me río porque viendo que dejabas la comida, no comprendí el porqué y me la comí yo. Ahora veo que no comiste por mantenerte erguida; y yo me río, satisfecho de haberme hartado con tu parte.

La Vaca discutía con el Caballo, el Perro, el Gallo, el Gato y la Oveja, conviniendo todos que, cualquiera fuese consagrado rey, ellos continuarían sirviendo al hombre, porque él los alimentaba y cuidaba.

—¡Insensatos! —les gritó un Escuerzo que había escuchado la última parte—. ¿No veis que el hombre os cuida porque obtiene beneficios de vosotros, y que vos, señora Vaca, vos, señora Oveja, y vos, señor Gallito, sois sus mejores manjares? ¿Que no conforme con comerse los huevos de vuestras esposas, beber la leche de la señora Vaca y abrigarse con la lana de la señora Oveja, os come a todos vosotros también?

—Y ahora, hasta a mí —protestó muy quedo y conmovido el Caballo.

—Y también a mí —insinuó coquetamente el Gato—, pues me confunde con esa estúpida liebre.

—¡Guau!... ¡Guau!... —gritó el Perro—. No hay que juzgar tanto y ¡a obedecer a nuestro amo!; y no olvidéis que

yo soy su guardián. Además, yo participo del festín, y aunque ahora sólo como vuestros huesos, si no fuera por ello no tendría bríos para asustar a los ladrones con mi característico ladrido.

El Sapo, que en esos momentos bailaba con la señora Rana, también echó su párrafo:

—¡Hasta a nosotros ahora nos sacan el cuero!...

Sobre un arbolito en flor, estaba la señorita Mariposa platicando con el Caracol.

—¿Qué opinas —le preguntó aquella—, sobre este congreso?

A lo cual, el famoso de la espiral contestó dulcemente:

—Veremos quién lo preside.

En ese instante salió del bosque un Tigre enfurecido e increpó a los congresales:

—¿Quién osa desconocer mi autoridad como rey?

Todos callaron temblando y ocuparon con rapidez sus sitios, mientras una majestuosa Águila volaba lentamente, atrayendo la atención de los mismos. De pronto, deteniéndose en la copa de un árbol, dijo al Tigre:

—Yo te desconozco como tal; ¡para mí no eres más que un «gato grande», con uñas largas y fuertes! Sin embargo, nada puedes hacer contra mí, por cuanto nunca podrás alcanzar mi vuelo a las grandes alturas donde yo vivo, ni podrás sorprenderme ocultándote entre el follaje, porque mi mirada abarca grandes distancias, y antes de posarme sobre el suelo siempre lo hago encima de los árboles, para prevenirme de inesperados peligros.

El Tigre rugió, avergonzado de su impotencia contra el ave, y la amenazó entre dientes. No obstante, recobrando su energía, dirigióse a los congresistas y les comunicó que él presidiría la asamblea, a lo cual muchos asintieron, más por temor que por gusto.

Comenzó diciendo el Tigre:

—Yo soy el rey de todos los animales, porque a mí nadie me puede y porque soy el más poderoso, ágil y diestro. La prueba la tenéis —agregó— en que el León no ha osado

llegar hasta aquí porque sabía que yo iba a estar presente e iba a desafiarlo. Lo mismo hago con ese aguilucho vanidoso —agregó señalándolo enfurecido—; ahora mismo lo invito a pelear conmigo para que sienta el poder de mis garras.

Al llegar aquí, es conveniente saber que el Tigre, antes de asistir, se había encontrado con uno de los servidores del señor León, quien le aseguró que su amo no concurriría a la asamblea por ser rey y señor de todos los animales, y, como esto no necesitaba discutirlo con nadie, si alguien tenía sobre el particular alguna duda, fuera a decírselo a su palacio.

Pronunció entonces el Loro un extenso y brioso discurso, que asombró por su elocuencia, sosteniendo por último que él debía ser consagrado rey, por ser —como decía— el único animal dotado de voz similar a la humana.

—¡No puede ser —protestó el Mono Sabio, firme en su demanda—, porque yo soy el más parecido al hombre y a mí me corresponde el trono!

Y así que todos hubieron expuesto sus puntos de vista, iba a replicar el Tigre, furioso por carecer de atributos semejantes, cuando una voz estruendosa resonó en los ámbitos del bosque.

¿Quién era? ¿Qué poder tenía esa voz, para que en un instante desaparecieran todos los congresales, incluso el Tigre?

Es fácil suponerlo. Todos reconocieron la voz del León, que tantas veces los hizo temblar.

Majestuosamente, y como si nada supiera de semejante congreso, llegó éste al sitio de la reunión. Bajó, entonces, el Águila; refirióle su polémica con el Tigre y cuanto éste le había manifestado. El León sonrió complacido, y el Águila, rindiéndole homenaje, cantó tres veces el Himno al Sol y remontó vuelo hacia el infinito.

* * *

Cuántas veces ocurre esto en la vida de los hombres, hasta que, finalmente, llega el que pone las cosas en su lugar.

LA CORBATA DEL GRAN SEÑOR

Contemplaba extasiado un niño
la espléndida corbata que un gran señor tenía,
y pensó: «¡Qué dichoso sería si tuviera una igual!».
Y así que pasaron los años, hombre ya, siguió pensando
en tener una corbata hermosa para ser un gran señor.
Un día quiso el azar que en un escaparate
viera una corbata como la que había soñado,
y, reuniendo ahorros, compróla de inmediato.
Sin demora lució la prenda, y sus amigos,
parientes y vecinos, riendo a voz en cuello, le decían:
—¡Qué mal te queda, monín, esa corbata!
¡Si pareces un simio disfrazado!

* * *

Esto ocurre a quienes creen que vestir una prenda
o varias, si se quiere, que deslumbren,
suple con holgura el no tener las otras
que adornan la moral del hombre.

COBARDÍA CURADA

En vísperas de una gran batalla, encontrábase revisando sus tropas un valeroso general del ejército espartano.

Al finalizar la revista, el general llamó a uno de sus ayudantes y le dijo:

—Oficial: id apartando de las filas a los soldados que nombre.

Una vez que el oficial hubo cumplido la orden, el general expresó:

—He observado que estos soldados están poseídos de temor, y un ejército como el nuestro no puede incluir en sus filas a ningún pusilánime. Formad con ellos un batallón, pasad la línea y ofrezcedlos de mi parte al enemigo.

—Muy bien, general —dijo el oficial, y al punto partió con el pequeño batallón.

—¿A dónde nos lleváis? —osó preguntar uno de los soldados, viendo que llegaban a la línea.

—El general manda que os ofrezca al enemigo, pues ha visto que en vosotros hay temor.

Los soldados, presos del pánico, prorrumpieron en exclamaciones de lealtad, prometiendo que combatirían en primera fila si los volvían junto a los otros.

Accedió el oficial y, cuando estuvo de vuelta, refirió al general lo sucedido, quien, llamándolos, les habló así:

—Como he visto que vosotros erais miedosos y débiles,

preferí ofreceros al contrario, pues así os pasaría el temor, desde que estaríais más seguros...

—¡Oh, no, general! —replicaron casi en coro, y uno de ellos, interpretando el sentir de los demás, agregó:

—A menos que hayáis querido decirnos que estábamos más seguros de morir, y, en tal caso, ahora lucharemos valerosamente, ya que hemos comprendido que ese es nuestro deber.

Finalizada la lucha, el mismo soldado que antes había tomado la palabra se acercó al general y, cuadrándose ante él, le expresó:

—General, vuestra lección ha sido genial, pues los soldados cobardes del ejército enemigo fueron los causantes de su derrota. Hemos ganado una de las batallas más importantes.

—Ya lo sabéis —contestó sonriendo de satisfacción el general—, cuando un «botón» está flojo, si no se lo ajusta, puede hacer perder la batalla al mejor guerrero. Ningún detalle debe descuidarse cuando va en ello el honor y la vida.

INTERVENCIÓN OPORTUNA

En el interior de un tranvía repleto de pasajeros se entabló, de repente, una acalorada discusión. Menudeaban insultos y palabras de subido tono.

En esos momentos, trepó al vehículo un mozo, español por el acento, el cual, aproximándose a pechazos, preguntó lo que pasaba. Enterado al fin del origen del conflicto, exclamó, sorprendido, en voz bien alta:

—Pero vean... ¡vean!... Recién se conocen y ya se están odiando. ¡Vamos! ¡Hombres!... ¿Qué forma de conocerse es ésta!

Resultó tan graciosa y oportuna la salida, que hasta en los rostros en que ya comenzaba a manifestarse el pensamiento de homicidio dibujóse una sonrisa pacifista.

* * *

Esto prueba una vez más la fuerza del pensamiento. Lo emita quien lo emita, ha de ser siempre la oportunidad la que hará vibrar su contenido.

LEJANOS RECUERDOS

Refiriéndose a los comienzos de su vida, cuando se llegaron a él los primeros en escucharle, un ilustre filósofo transmitía a sus amigos, con emotiva y serena palabra, las evocaciones de aquellos inolvidables días:

—Me animaba —deciales—, al hablar a aquellos seres, el gran anhelo de transmitirles los conocimientos que poseía y que tanto habrían de beneficiarlos. Para cumplir tal propósito, contaba yo con una mente como la de todos vosotros, con mi palabra y con mis pensamientos. Comencé por ordenar estos últimos, pero viendo que eran muchos, reuní un día a todos los que eran mis discípulos y, tomándolos como secretarios, a ellos encomendé la tarea de ordenarlos y de anotar, a la vez, los que en adelante fueran conociendo.

»Al cabo de un tiempo vi que me rodeaban muchos otros discípulos, y que aquellos a quienes había encomendado ordenar mis pensamientos, se hallaban todavía en los comienzos. Entonces reuní en torno mío a muchos más, tantos, que sumaban miles y miles; pero acontecía que siempre estaban en el comienzo. “Será difícil —pensé— que lleguen a ordenar todo cuanto promueve mi vida en enseñanzas, hechos y cosas, pese a que les ayudo a conocerlos y clasificarlos, a fin de que cada uno pueda, desde el principio, ordenarlos en su mente”.

»Por otra parte, pensaba también: “Si son tantos los pensamientos que poseo y no es posible coordinarlos, habrá contradicción en mis palabras”. Y no dejaba de tener presente que debería agregar aún muchas otras a las ya pronunciadas, para poder continuar enseñando a los que me rodeaban. Pero

advertí que cada una de mis palabras respondía automáticamente a un pensamiento determinado, y que ellas salían de mi mente en orden y sin contradecirse, debido a una precaución mía, consistente en hacer que cada palabra, antes de ser pronunciada, hiciera conocer su origen a mi razón, quien debía otorgarle el permiso para manifestarse. Tras ese riguroso control, lograba yo que todas ellas —sea sobre el tema que fuere—, en lugar de contradecirse se completaran, lo cual, naturalmente, facilitaba a las mentes que me escuchaban, la comprensión; pues, a su vez, mi palabra era clara, sencilla, y estaba exenta de argumentos, de por sí inútiles.

»De esta manera continué mi labor, silenciosamente, sobre muchos seres, discípulos y no discípulos. Mi obra fue extendiéndose por muchas partes, a pesar de las tempestades que solían promover los que me calumniaban y zaherían, quienes de tanto en tanto lograban desprender algún ladrillo del edificio que iba construyendo. Con paciencia, yo recogía ese ladrillo y volvía a ponerlo en su lugar, prosiguiendo mi tarea sin desmayos, firme, con entusiasmo sereno, sin impulsos, y con una confianza en mis propias fuerzas y conocimientos que no tenía límite. Y esto así acontecía, porque cuando interrogaba a la Mente Cósmica, le expresaba también mis anhelos de que corrigiera mis pasos, si estaban equivocados, y modelara y perfeccionara mis pensamientos, si algo faltaba a ellos que les impidiera ser íntegros; de este modo, cuando daba un nuevo paso, percibía de inmediato la señal que me anunciaba si estaba o no bien dado.

»En todos los momentos, y mucho más en los instantes de alegría, recordaba a Dios: a Aquel que todos olvidan en sus horas de expansión y sólo recuerdan en las de dolor. Siempre lo tenía presente y a cada instante comulgaba con su pensamiento, porque me sentía identificado con Él; porque sentía su fuerza permanente que me interpenetraba como interpenetra a todos los seres humanos, aunque le nieguen y sean indiferentes a esos efluvios divinos que mantienen al hombre en pie, pues sin ellos, se vería precisado a arrastrarse, volviendo nuevamente, desde la especie animal, a incorporarse como ser humano.

»Es por eso, por ese olvido, que la humanidad ha venido

sufriendo tantos desastres. Cuando el hombre se cree suficiente y capaz para todo, negando a su Creador, sobreviene la confusión en su mente, y en el mundo, el caos. Si pensara en quien da el ímpetu a los vientos y levanta, gigantescas, las olas del mar, al que luego mantiene en calma, inofensivo, no incurriría jamás en semejante desvío. Si advirtiera el sinnúmero de señales que testimonian la existencia de Dios, cuán diferente habría de ser su conducta; sería más generoso, más tolerante, más comprensivo, y cuidaría de no ensombrecer su inteligencia renegando de su propia razón y de su propia conciencia.

»Respondiendo a los muchos que pedían mi consejo, que consideraban sabio y prudente, yo les decía: “Aquel que vive en un estrecho lugar, apenas puede moverse dentro de él; si lo amplía, sus movimientos serán más amplios también; si lo amplía más y más, podrá aún ofrecer a otros un sitio dentro de esa expansión. Yo he ampliado mi vida, mucho; tanto, que a todos vosotros y a todos los que me conocen ofrezco un sitio dentro de ella. No soy egoísta, no hago privilegios; a todos he acogido en mi corazón; a todos brindo mi enseñanza; a todos quiero como debo querer para que sean lo que deben ser. Nadie me molesta, porque soy tolerante. Señalo, corrijo, pero he ahí que a veces debo hacerlo con cierto rigor, y es entonces, a través de las reacciones que se promueven, donde veo mejor al discípulo, al amigo, al compañero, al que está unido a mí. Si la reacción de su mente es injusta, me obliga a disminuirle la ración de enseñanza que le brindará alegría, hasta que comprenda su error.

»”También encontraréis el ejemplo de mi actividad incesante. Mi descanso, podría decir, lo consigo trabajando. Constantemente abro en mi vida una nueva vía para dirigirme a uno u otro punto, y así, no pasará mucho tiempo sin que os sorprendáis admirados ante la obra que estoy cumpliendo en silencio, sin decirlo a nadie”.

* * *

Aquí termina esta leyenda, sencilla y pletórica de sugerencias que invitan a la meditación y sirven de estímulo al buen entendimiento.

EL REY SABIO

Era antaño de rigor que los reyes fuesen instruidos en las altas verdades de la Sabiduría. La misión estaba a cargo del saber y la experiencia de ilustres preceptores. Recibían este nombre los seres que habían dado concluyentes muestras de poseer gran número de conocimientos ajenos a la inteligencia y al saber comunes.

Por aquellas inolvidables épocas destacábase un rey que había logrado incorporar al haber de sus valores internos, muchísimos conocimientos de imponderable utilidad. Con aguda percepción y noción clara de la realidad, se había rodeado de un séquito de sabios a fin de continuar ampliando aún más su ya vasta capacitación. Un día, estimulado por su anhelo constante de superación, encomendó a cada uno de ellos la misión de recorrer los principales lugares del mundo conocido, en busca de aquellos seres, grandes o pequeños, ignorantes o instruidos, que supiesen algo más de lo que ellos o de lo que él sabía, recomendándoles que los trajeran inmediatamente a su presencia.

Cumplieron los sabios con premura y acierto la grata misión. Y así, cada uno de ellos regresó trayendo una cantidad de seres de todas las edades y de todas las condiciones, los cuales, llevados ante el rey, iban exponiendo, con orden y disciplina, la parte de conocimiento que habían adquirido y que aquél no poseía. Todos fueron retenidos en la corte por el soberano hasta asimilar el último de los conocimientos que

traían, siendo colmados luego de sendos obsequios, facilidades y atenciones correspondientes al valor y a la trascendencia de cada colaboración.

Valido de este método, comenzó el rey a superar primero a sus propios preceptores, de cuyos importantes oficios obtuvo sus primeros conocimientos, y a saber, después, cómo debía gobernar a su pueblo, descubriendo que éste podría convertirse en un fertilísimo campo experimental, de saberlo conducir. Tuvo en gran estima las iniciativas de sus súbditos, haciéndolos responsables, a la vez, de todo aquello sobre lo que cada cual se estimaba capaz de hacer.

Aquel monarca esclarecido realizó así uno de los gobiernos más memorables que se recuerdan en la historia de la humanidad.

LOS PROYECTOS DE PICO PICO

Lamentábanse una vez un rengo y un manco. Decía el primero que, si tuviera las dos piernas, sería el mejor corredor del mundo; el segundo, por su parte, haría muchas cosas si tuviera los dos brazos.

Oyéndoles un tercero, propuso a cada uno hacer lo que el otro pensaba.

El rengo, después que lo hubo escuchado, dijo, dirigiéndose al manco:

—Muchas cosas quieres hacer con las dos manos; tantas, que ni aun aquellos que las tienen las han hecho, y mucho menos yo.

El manco respondió también, diciendo al rengo:

—Pienso que tampoco yo podría correr a tanta velocidad como tú dices; además, ¡para qué me serviría!, si los que tienen piernas muy pocas veces lo hacen, pues parecerían unos locos si a todos se les diera por correr.

El tercero, advirtiendo que las reflexiones eran buenas, observó:

—Veo que los dos están perdiendo el tiempo al pensar en lo que no podrían hacer aun cuando nada les faltara; en cambio, olvidan que poseen una mente, la cual pueden cultivar y, por ese medio, hacer luego buena cosecha en obras de inteligencia.

—Es verdad —respondieron los que habían estado

quejándose de sus males—, la mente puede suplir nuestras deficiencias físicas.

—Está bien, pero tú no corras mucho con la imaginación porque tropezarás a menudo —replicó el tercero al rengó—. Y tú —dijo dirigiéndose al manco—, no pretendas tocar muchas cosas con tu entendimiento, porque estarás expuesto a perder el tacto. Hacer con moderación y prudencia lo que cada uno se proponga, he ahí la mejor forma de mantenerse erguido sin que el peso de los errores encorve el cuerpo y las cosas se tornen difíciles de lograr.

* * *

Es costumbre, en el común sentir de las gentes, pensar en lo que harían con aquello que les falta, dejando de hacer muchas cosas con lo que realmente tienen.

LOS DOS AMORES

Hace mucho, en cierta apartada villa de una gran ciudad, vivía un joven cuyo espíritu retraído y estudioso hacía acreedor al mejor concepto. Era de expresiones sobrias y modales cultos. La rareza de su carácter, diferente al del común de los jóvenes de su tiempo, atraía la atención de los que habitaban el lugar, quienes a menudo le consultaban y pedían consejos, que él, pródigamente, les brindaba.

En su fisonomía notábase el arraigo de sus pensamientos y en sus ojos se observaba todo el encanto de su belleza interior, confirmada en cada oportunidad por su voz suave y serena. Cierta día, uno de sus buenos amigos le preguntó en son de confianza:

—Dime, ¿qué concepto tienes tú formado de la vida? ¿No has pensado nunca en amar a una mujer que haya de ser tu esposa y la madre de tus hijos? Muchas veces me has hablado del amor que trasciende nuestros sentidos, amor virtuoso por excelencia, pero siempre te olvidabas de incluir en tus pensamientos el amor humano, familiar a nuestros sentimientos y a nuestros pensamientos, el cual está, ciertamente, más al alcance de nuestras posibilidades y esfuerzos, humanos también. Acaso, ¿no es ése el amor que santifica a la mujer en el momento de ser madre? ¿No es ése el que fecunda y da la vida? ¿No es ese amor el que permite a las almas evolucionar a través de las generaciones, en pos de la suprema felicidad? ¿No es el germen genésico

el que da nacimiento al hijo, que es la imagen más perfecta del amor, por representar el sublime vínculo de sangre que dos corazones establecen en un tercero, en cuyas sagradas cavidades los dos afectos se identifican, dando así lugar a que se manifiesten en él las características inconfundibles de sus padres, expresadas en la palabra herencia? Tú mismo, ¿no eres eso, un hijo? Ya ves cómo el uno se divide en dos y forma el número tres; mas éste vuelve a transformarse en uno. El amor a la esposa es el dos y el cuatro a la vez, que manifiesta nuevamente el tercer aspecto de la unidad en la encarnación del hijo en el momento de dar a luz. Respóndeme, pues, si esta verdad de la que estoy hablándote, no ha inquietado alguna vez tu corazón.

Siguió un profundo silencio, durante el cual la mirada del amigo parecía querer escrutar el semblante melancólico del joven pensador. Al fin, tras una prolongada meditación, comenzó éste a responder a las preguntas que aquél le formulara:

—Verdad es cuanto dices, en efecto. Mas la causa que constituye esa verdad, entraña todo un misterio; lo que tú percibes es tan sólo el reflejo o la imagen de verdades superiores. Pero el amor real, del cual te he hablado superficialmente en algunas ocasiones, no es, como tú piensas, el único que reside en mi corazón; mi humana naturaleza, al exigirme que albergue en él el amor hacia la humanidad, me obliga, para no descender al plano del reino inferior al hombre, a buscar el aliciente del espíritu y amar lo verdadero, a fin de no verme subyugado por la materia y evitar que mi corazón se endurezca con el egoísmo de las pasiones humanas. Amar a una mujer como mi corazón me lo exige —prosiguió—, constituye para mi espíritu la consumación de sus más ansiados ideales. Una mujer que comprenda el silencioso lenguaje de mi corazón; que sea como yo soy; que me acompañe en el largo sendero de la evolución y que se hermane con mi alma, para que un día lleguemos los dos a las sublimes gradas de la perfección. Una mujer en cuyos ojos pueda leer, en mis momentos de íntima meditación, todo un poema de amor, iniciado ya en épocas pasadas; una mujer que reúna en sí

todos los encantos de la Naturaleza; una mujer, en fin, que sea el oasis de todas mis inquietudes.

—Comprendo tu lenguaje, mi buen amigo —respondió su interlocutor—. Y lo comprendo porque yo también pensé un día en un ideal así; mas la realidad de la vida, a la que no podemos estar ajenos, me hizo ver, a su tiempo, la imposibilidad de realizar un sueño tan quimérico. Tuve un amor al cual mis delicados sentimientos tributaron la mayor devoción; amor en el que creí, aunque pálidamente, ver reflejado aquél. Pero las necesidades físicas, con sus inseparables compañeras de adversidad, me hicieron descuidar el rumbo que trazara a mis pensamientos; poco después, la realidad del ambiente creado fue borrando la imagen del ideal forjado, apareciendo en su lugar la fisonomía del que ríe de nuestras desventuras. Sin embargo, no puedo quejarme, porque ahora comprendo que exigía una prenda, que, muy posiblemente, no me pertenecía. Por otra parte, mis imperfecciones me hablan de la imposibilidad de conciliar la fantasía con la realidad.

—Me encanta la sensatez con que te expresas —observó el joven pensador—, y te advierto que me causa intensa alegría el comprobar que nuestros sentimientos armonizan en forma tan cordial y elocuente. ¿Ves, ahora, el porqué de mi retraimiento, que implica para mí un continuo padecer, al no encontrar a la mujer que sea la expresión de esa imagen que te he bosquejado? Recuerdo que una vez tuve un sueño durante el cual alguien parecía decirme: «Un día de éstos, tal vez no lejano, hallarás accidentalmente, en cierto lugar, a la mujer que constituye tu ideal; mas te advierto que la encontrarás muy diferente de cómo la has forjado. Sólo de ti depende y en tus manos estará, el modelar su imagen a semejanza de la que tus pensamientos perfilaron en tu corazón». Comprendí, al escuchar esas palabras, que, así como somos capaces de bosquejar en nuestra mente el diseño de esculturas tan perfectas, deberíamos ser capaces, también, de realizarlas en el humano corazón de la mujer. Sí, mi buen amigo; así es el hombre... Pretende siempre, en esto como en todo, adquirir las cosas hechas; hechas conforme a las exigencias de su necia pretensión. Pero no piensa que son sus propias manos

las que deben empuñar el martillo y el buril para modelar esa escultura humana, pues tan sólo ellas pueden ejecutarla con perfección, porque su corazón y su mente son los únicos órganos capaces de concebir el secreto de esa imagen íntima y profunda que contiene las sublimes bellezas del original.

—Sensatas palabras las tuyas —respondió el amigo—, pero para que el hombre empuñe el martillo de la tenacidad, que simboliza el trabajo del obrero infatigable, y el buril de la constancia, que significa la no interrupción del mismo, la continuidad en el esfuerzo hasta completar la obra, debe antes ponerse en condiciones, y, para ello, debe adquirirlas, ya que la mayoría carece en absoluto de conocimientos tan profundos.

—Es verdad lo que expresas, y la falta de esos conocimientos es, justamente, lo que sumerge al género humano en la infelicidad, que es la incomprensión de las cosas verdaderas y eternas. Es así como la mayoría de los hogares son cárceles humanas, en donde el amor, al alejarse de los corazones cónyuges por desaparecer el ideal que cada uno forjara íntimamente, siente que el frío de la realidad apaga poco a poco las llamas de su ilusión. Y todo, ¿por qué?... Porque tanto el hombre como la mujer, jamás piensan, al casarse, que es éste uno de los actos de más sagrada trascendencia para la vida de su espíritu, por entrañar de por sí uno de los misterios de la Creación. Si diriges tus ojos a la mayoría de los hogares, contemplarás la misma dolorosa realidad: parecen verdaderas tumbas del amor humano, cubiertas de flores marchitas y deshojadas. Y los hijos, esas inocentes criaturas que asisten perplejas al drama triste y sensible de sus propios padres, ¿no te sugieren la idea de meditar sobre todo cuanto te he referido?

—Sí; comprendo, sin lugar a dudas, que nada debe ser hecho a destiempo, y, mucho menos, sin meditar las consecuencias. También comprendo ahora, a través del brillante reflejo de tus palabras, la diferencia que existe entre el amor común y el amor verdadero. El primero es fogoso, impulsivo, lleno de violencia. Tan pronto como despierta, giran los instintos; surge el deseo de posesión, atormentando al corazón y haciéndole padecer el sufrimiento de una constante amargura.

Los celos, el egoísmo y la solicitud perturban constantemente la acción mental, y, poco a poco, la voluntad se invierte; se rompe el equilibrio polar y una nueva adversaria surge en el escenario interno: la ansiedad, que priva del sueño. Sobreviene el casamiento, y, al restablecerse el equilibrio por la prodigalidad con que son tratados los elementos inferiores, desaparecen las ternuras del sentimiento. En cambio, el otro amor, el verdadero... ¡Ah, sí!... Ahora comprendo mejor. Es aquel que no ofusca la mente. Es aquel que, sin defraudarnos nunca, nos ofrece la posibilidad de alcanzar la felicidad.

—Detente, buen amigo —interrumpió el estudioso joven—; ya veo que sabes lo suficiente sobre este punto tan delicado, y me alegra sobremanera que, desde ángulos casi opuestos, hayamos coincidido en nuestro sentir y pensar.

—Así es —ratificó el amigo.

Y tras una pausa, en la que el ambiente formado por tan elevados pensamientos parecía envolver a los dos jóvenes en un mismo sentir, continuó:

—El verdadero amor no se expresa con palabras huecas, llenas de sonoridad para impresionar y cautivar, sino con la elocuencia del silencio, que es música de ángeles, canto de vírgenes. Ese amor jamás se expresa con palabras, en fingidas expresiones de dulzura, sino que vive en el corazón, sin contaminarse con la atmósfera externa.

—El verdadero amor —explicó, a su vez, el joven pensador, tomándole la expresión— es aquel que vive siempre en su mundo, trabajando en silencio para el bien por el bien mismo. Es un artista incansable que crea y modela imágenes que extasían y cautivan luego el sentir de los hombres. Sin él no sería posible concebir las bellezas y encantos de tan exquisitas manifestaciones del sentir humano. Esto nos hace apreciar, sin equívocos, que el amor verdadero es más humano que aquel que comúnmente es denominado así, y que el mal llamado amor humano no es otra cosa que la expresión de sentimientos externos al corazón; amor que en un instante puede transformarse en odio, al mero desencanto de las presunciones egoístas de ese mismo sentimiento exterior. Te he hablado hasta aquí —continuó diciendo tras breve pausa— de

las dos clases de amor que puede contener el corazón de un hombre. Veamos, ahora, lo que ocurre en el corazón de la mujer. También ella forja en su corazón la imagen del hombre que quisiera para sí: lleno de bellas cualidades, vigoroso, culto, sincero... Con esa imagen sueña, ilusionada, pensando tener un día la dicha de encontrarlo. Llega, por fin, ese instante, y su corazón comienza a sentir afecto por un hombre en el cual cree ver reflejado su ideal. Avanza el entusiasmo en las horas que siguen, avivando las llamas de ese amor nacido espontáneamente; y, más allá, llega el momento. Ese momento supremo, el casamiento, en que el hombre y la mujer se presentan uno frente al otro tal cual son.

Detúvose el joven unos instantes, repasando, quizá, en su mente, las reflexiones que acababa de expresar. Luego agregó:

—Sabemos que cuando Dios creó al hombre y lo consagró rey de la Creación, notó que algo faltaba para completar la obra; ese algo era, precisamente, la mujer, el encanto de la mujer que, con su sensibilidad, simboliza el aspecto divino de la existencia del hombre. Ella le fue presentada como compañera y colaboradora de la obra que él debía erigir sobre la tierra: la familia humana y el mundo. Le fue presentada, además, para que viera reflejados en ella todos los encantos de la Naturaleza y para que comprendiera que debía ser para él el reflejo de su propia alma, femenina también; es decir, para que siempre tuviera presente que esa imagen, puesta frente a él, no tenía por objeto satisfacer, simplemente, las apremiantes exigencias del instinto, sino para adquirir aquello que, en ella manifiesto, está igualmente dentro de su propio ser. Es, pues, la mujer, la expresión manifiesta del espíritu del hombre, como el hombre, la expresión manifiesta del espíritu de la mujer. Nada hay que posea más encantos —prosiguió— que la pureza de una mujer, manifestada en su corazón de esposa y de madre; pureza que habla a ella misma de la misión insustituible de su existencia. Si Dios concedió al hombre la fuerza para manejar el martillo y el buril, también concedió a la mujer la gracia para ser modelada. Está, entonces, en el hombre, lo mismo que en la mujer, el supremo derecho de

alcanzar la perfección. Si el primero aporta la fuerza de su inteligencia para esgrimir el buril con suprema destreza, ella debe aportar la fuerza de su espiritualidad para facilitar la obra y convertirla en realidad.

Así finalizó el joven su profunda exposición, separándose más tarde, ambos amigos, satisfechos de las conclusiones a que hubieron arribado tras tan interesante y provechosa plática.

LA ROCA, EL TIEMPO Y EL TESORO

En una época no lejana en que la humanidad se debatía oprimida por grandes agitaciones mentales, existió un hombre de fina clarividencia que enseñaba y predicaba verdades hasta entonces ignoradas por las gentes. Cierta día, ante la incredulidad de muchos de los que se le allegaban para conocerle y escuchar sus sabias pláticas, que tanto cautivaban a los que referían de él las más variadas y misteriosas anécdotas, el bondadoso caballero les dijo:

—Observad esa inmensa roca que está ante vuestros ojos. Si os asegurase que a unos cincuenta pasos de su extremo posterior oculta un tesoro incalculable, y os invitase a tomar picos, cuñas y palas con el fin de horadar su mole, ¿no intentarías, acaso, la empresa, sabiendo de antemano que el tesoro está allí, en efecto? Estoy plenamente seguro de que nadie se haría repetir la invitación. Pero, ¿qué ocurriría pasado algún tiempo? Que unos por cansancio, otros por impaciencia, otros por decepción y otros por mil razones diferentes, arrojarían sus herramientas y tornaríanse en busca de nuevos caminos, o saldrían al encuentro de nuevas ilusiones, olvidando esta incidencia o recordándola, quizá con injustas preveniciones. Sin embargo, desde el preciso instante en que se da el primer golpe sobre la roca, hasta la culminación del esfuerzo que pone el tesoro al descubierto, media un tiempo, el cual, calculado con holgura, podría representar, supongamos, un período de tres años. Si al cabo de unos golpes se abandona

la labor, el tiempo pasará lo mismo y se cumplirá el plazo establecido, pero con la diferencia que la roca permanecerá intacta o, a lo sumo, con algunos surcos, guardando el tesoro en sus entrañas. He ahí, pues, la realidad indubitable. Ahora bien, ¿qué se desprende de todo lo que acabo de deciros? Sencillamente, que según cómo se aproveche el tiempo se podrá calcular el beneficio que de él se obtenga. Debéis saber que los plazos de los tiempos se cumplen en función de una ley inexorable.

Luego de otras reflexiones prosiguió, imperturbable, aquel experto conocedor del alma humana:

—Podéis figuraros la ignorancia como una mole granítica, que, lo mismo que las de la Naturaleza, requiere gran empeño, voluntad y decisión para hacerle saltar las partes más duras. En su espíritu, lo mismo que en su vida, el hombre encierra profundos misterios que es preciso descubrir; mas nada se logra sin un esfuerzo firme, sin una labor continuada y tenaz. Desaparecen los seres, unos tras otros, ricos todos en potencia y pobres de entendimiento. Por tal causa, la roca de la ignorancia continúa ocultando obstinadamente los tesoros que se columbran, quizá, a escasa distancia de los afanes y posibilidades humanas.

Y de este modo, el sabio, que exhortaba a cuantos le rodeaban a tomar el pico e iniciar la obra, concluyó su elocuente relato aludiendo, con evidente ironía, a los que prodigan su tiempo y energías usando el «pico» para derrocharlas fuera, en vez de cavar bien hondo dentro de sí mismos.

EXTRAÑO MENSAJE

Platicaba Dios en amable tertulia con los grandes genios de su Creación, cuando, de pronto, decidió probar el grado de receptividad mental de sus hijos de la Tierra. Envío al punto diversos pensamientos que, cual etéreos mensajeros, deberían penetrar en las mentes de los hombres.

Pero aconteció que éstos, ocupados febrilmente en sus quehaceres habituales, no percibieron el advenimiento de semejante embajada. Uno, no obstante, uno solo, los recibió en su morada interna, como si visitantes de tan sublime origen hubiesen sido enviados expresamente para él. Su alegría fue tan grande como la magnitud del obsequio, máxime, al ver reflejado en el mensaje todo el amor del Creador y la suprema gracia que al género humano concedía, al permitirle establecer, como posibilidad suprema de la raza y por encima de todas las especies existentes, un medio de comunicación tan insuperable. Tampoco escapó a su aguda percepción la importancia que revestía para su vida recado de tal jerarquía.

Observando los pensamientos que integraban el mensaje, pudo apreciar con claridad cómo actúan y cómo están capacitados para cumplir misiones de cualquier índole, incluso las más elevadas, esos incógnitos moradores del plano mental, vástagos todos de las mentes que les dieron vida.

Comprendió aquel hombre singular la enorme trascendencia de ese episodio inolvidable —mera visión para una mente inadvertida— e interpretó, con buenas razones, las

prerrogativas que implicaba una comunicación tan elocuente y significativa.

Fue así como, siguiendo con fidelidad las indicaciones contenidas en el extraño mensaje y excluyendo de sí mismo todo rastro de egoísmo, vanidad y altanería, principió por movilizar los pensamientos que habrían de iluminar los oscuros espacios mentales de las criaturas humanas.

Pesada labor aquella en la cual incontable número de veces fueron puestos a prueba su paciencia, su templanza y su grande e inalterable amor por los semejantes, a quienes colmaba, en gigantesco esfuerzo, con los bienes más inapreciables.

* * *

Muestra la leyenda que las mentes cultivadas en función de los conocimientos superiores, o sea, de alta sabiduría, pueden, como la de aquel hombre, constituirse en depositarias de las riquezas que pone a nuestra disposición el Pensamiento Creador.

LOS AMIGOS

En rueda de amigos hallábase un hombre honrado y querido en su pueblo. Alguien, que lo venía observando de tiempo atrás, acercóse a él y le preguntó:

—¿Cómo hacéis para tener tantos amigos?

—Si no os parece mal —respondió el interpelado—, narraré un episodio de mi vida del que os será fácil, a poco que lo penséis, extraer la respuesta que calmará vuestra preocupación.

Advirtiendo un vivo gesto afirmativo de parte de su interlocutor, dio aquel hombre comienzo a su relato:

—Una vez, hace de esto mucho tiempo, hallé en cierto lugar una enorme piedra, la cual, según me habían dicho, ocultaba un tesoro.

»Me detuve a pensar, entonces, cómo haría para levantarla, decidiéndome finalmente a socavarla para desenterrar el tesoro.

»Realicé la operación y, cuando conseguí, tras gran esfuerzo, introducirme totalmente debajo de la piedra, comprobé con desaliento que el tesoro no se hallaba allí. Pensé, no obstante, serenándome: “Las cosas buenas siempre están arriba”. Me dispuse, pues, a abandonar el foso. Al levantarme para salir, golpeé con fuerza mi distraída cabeza contra la base de la piedra. Aguanté el dolor estoicamente, y mientras con singular entusiasmo frotaba la parte dolorida, me dije: “Este golpe, sin duda, tiene un significado”. Miré hacia arriba, y, juzgad vos

mismo mi sorpresa al ver escrita en la base de la piedra una fórmula secreta. ¡Ella encerraba un verdadero tesoro!

»Desde entonces, poniendo en práctica el contenido de esa fórmula, comencé a rodearme de amigos a granel, y, para conservar siempre un número crecido de ellos, conquistaba continuamente afectos nuevos. Por consiguiente, si diez dejaban de serlo, cien nuevos amigos ocupaban su lugar en el espacio de mi vida consagrado a la amistad.

»He aquí, pues, el secreto de mis tantos amigos.

REMEDIO EFICAZ

En un campo de su propiedad vivía un paisano rudo y malhablado. Se casó y tuvo varios hijos. Estos comenzaron a crecer, acudieron a la escuelita rural y, continuando estudios, pasaron por diversos centros de enseñanza, de los cuales recibieron una buena educación. Como era de esperar, se avergonzaban cada día más de las palabras groseras del padre.

El inculto campesino, torturado por su propia deficiencia psicológica, empezó a experimentar, con creciente intensidad, el sabor de la amargura. Los hijos comenzaban a distanciársele.

Una idea feliz iluminó de pronto su oscurecido rostro: «En adelante —se dijo—, por cada palabrota que escape de mis labios rezaré un padrenuestro».

Pensamiento y acción sellaron, desde entonces, inquebrantable alianza. El rezo seguía, indefectiblemente, tras cada expresión inculta. Esto acontecía a cada dos minutos.

Pasó algún tiempo, mas como era incontable el número de veces en que el padrenuestro desfilaba inútilmente por sus labios, el desgraciado acabó por convencerse de que su expediente no avanzaba un paso. Su dolorosa preocupación le hizo concebir un nuevo pensamiento: «Ya que el padrenuestro,

¡voto al diablo!, es ineficaz para mi caso, por cada grosería que diga, pensaré: “Esta es para mí”.

Y con la nueva fórmula muy pronto halló su cura.

* * *

El remedio es aplicable a todos, conforme a la prescripción siguiente: Por cada reacción negativa del temperamento común, rezar un padrenuestro. Si el mal no desaparece, aplicar el ungüento «Esto es para mí», siguiendo el mismo método.

LA ATRACCIÓN DEL YUGO

Cuántas veces se ha preguntado la gente por qué los bueyes, cuando eran desatados de sus yugos, en vez de preferir la libertad, procuraban volver al mismo y no apartarse de su lado.

En estos animales ocurre que se habitúan tanto al peso del yugo sobre la cabeza que, cuando éste les es quitado de encima, experimentan la sensación de quedarse sin ella, por lo cual buscan instintivamente llevar siempre el yugo, para sentir la cabeza.

A muchas personas les sucede lo mismo. Cuando se les quita el yugo de sus preocupaciones y contrariedades, experimentan la sensación de haberse quedado sin mente, y buscan volver a ellas para no perder la costumbre de lamentarse de su «mala suerte» y sufrir resignados las situaciones que ellos mismos se crean.

UN PINCHAZO ALECCIONADOR

Hallábase un cortesano en casa de un gran señor, al que prodigaba hasta el ridículo toda clase de cumplidos. Tal actitud contrariaba visiblemente al dueño del palacio, quien en más de una ocasión habíase referido con desagrado a las exageradas fórmulas de adulación que su huésped exhibía.

Un día de gran fiesta se encontraban reunidos en los aposentos altos del palacio varios amigos del ilustre señor, entre los cuales podía verse al cortesano. Este, solícito a la fuerza de su hábito, aprovechaba todas las circunstancias propicias para granjearse —conforme a su desviado entender— la simpatía y la confianza del poderoso. Llevando invariablemente la conversación hacia las cualidades y rasgos que lo distinguían, dijo con entusiasmo a quienes le escuchaban:

—Es tan grande la fe ciega que este amigo inspira a mi alma, que si me dijese: «Arrojaos por aquella ventana», no vacilaría en hacerlo. Sólo así os puedo dar una idea de la incondicionalidad que por él siento.

El dueño de casa, agotado ya por esta nueva muestra de insensata adulación, se propuso ensayar un correctivo. La oportunidad se la brindó el instante mismo en que el cortesano inclinóse reverente ante una dama. Provisto de un pequeño alfiler de oro, aplicóle un magnífico pinchazo en los fundillos.

La reacción fue instantánea, y se la acrecentó, no sólo la comicidad que infundía la elección de la parte herida, sino

más bien las ruidosas muestras de aprobación con que todos festejaron la ocurrencia. El cortesano, repuesto de la súbita contorsión involuntaria, y con la diestra aplicada a modo de cataplasma sobre la zona afectada, tornóse con gesto agresivo.

Impasible, pero muy sugestivo el tono, el gran señor le dijo, apaciguándolo:

—¿Por qué ese enojo, amigo mío? El pinchazo, ¿no representa, por ventura, menos dolor que el que hubieseis podido experimentar de haberos arrojado por aquella ventana? No os quejéis, entonces.

* * *

La sensatez debe presidir todos los actos de la vida del hombre. Jamás especule nadie con adulación exagerada, pensando que con ello compromete en su favor al lisonjeado.

EL PAYASO

A un payaso que se hallaba gravemente enfermo pedía su hijo que lo hiciera reír. Como su madre le objetara que no podía moverse, el pequeño insistió:

—Entonces, píntale la cara.

Accedió apenado el payaso a la ocurrencia del niño, expirando con el rostro pintarrajeado.

* * *

Esa es la triste verdad del que utiliza otra fisonomía para ganarse el pan. La ironía del destino lo lleva, finalmente, a terminar sus días con la cara pintada.

LA DISCRECIÓN DEL ARTÍFICE

Un escultor tenía por costumbre romper bloques de mármoles y piedras hasta reducirlos a menudos trozos. A las gentes que al pasar preguntábanle qué hacía, él, invariablemente, contestaba:

—Rompo estas moles, porque nada me entretiene tanto como el partirlas y contar los fragmentos que resultan.

En vista de ello, encogíanse de hombros y proseguían su camino, entretenidas con risueños comentarios. La constante repetición del hecho las condujo al silencio, primero, y a la indiferencia, después.

Pasado algún tiempo, el artífice los sorprendió a todos describiendo el velo de una grande y hermosa estatua. Ante las cándidas preguntas que el insólito acontecimiento inspiraba a los ojos asombrados, respondió el escultor muy complacido:

—De haberos anunciado que me proponía hacer la estatua, vosotros me hubieseis importunado continuamente con miles de consejos dispersivos, y hasta habríais finalmente hallado la forma de que no la terminara. Por medio del procedimiento de las piedras pude, en cambio, con poco esfuerzo y tiempo, librarme de vuestras seguras interferencias, realizando mi obra y consagrando a la humanidad un monumento permanente.

* * *

Surge del relato la necesidad de envolver con el velo de la discreción todo proyecto valioso, a fin de no exponerlo a las importunaciones ajenas. Por otra parte, y en resguardo de su dignidad, es preferible mostrar con hechos, y no por anuncios, la fecundidad del pensamiento y el alcance de las propias inspiraciones.

UN PASAJE DE LA HISTORIA DIVINA

Una vez había un Padre. Un Padre que tenía muchos hijos. Este Padre había creado el Universo.

Cierto día, uno de sus hijos le dijo:

—Padre, yo quisiera conocer todos esos mundos que has creado.

El Padre lo miró, y, lleno de compasión, respondióle:

—Hijo mío, todos esos mundos están llenos de dolores y miserias, porque recién comienzan a formarse; no pretendas tal cosa.

—No importa, Padre —le contestó el hijo—, yo quiero conocerlos.

Y marchado que fue este hijo, otro, al verlo partir, movido por igual sentimiento, también pidió al Padre que le dejara conocer los mundos. El Padre le respondió en la misma forma que al primero, pero, como aquél, este hijo se marchó.

Así, siguieron el tercero, el cuarto, el quinto y muchos otros, hasta que solamente quedaron doce hijos junto al Padre.

Los hijos que se habían marchado fueron llegando a los diferentes mundos, y, allí, cada uno de ellos tuvo muchos hijos. A su vez, esos hijos fueron diciendo a sus padres que querían ir conociendo los diferentes continentes del mundo que habitaban. Y cada padre, después de hacerles algunas prevenciones, los dejó partir.

Cuando todos los hijos se hubieron alejado, cada padre

reconoció recién el dolor de su Padre y quiso, sin lograrlo, volver a su lado. Y así sucedió con todos los hijos del primer Padre. Y todos los hijos de los hijos sufrían los dolores del mundo y nunca pudieron comprender por qué sufrían.

Un día, el Padre Divino estaba muy triste, y uno de los doce hijos, viéndolo, le preguntó por qué estaba triste. El Padre le respondió:

—Estoy triste porque mis otros hijos se han ido tan lejos que costará mucho poderlos encontrar.

Entonces, otro hijo, preguntó al Padre:

—Padre, ¿cómo ha de costar encontrarlos, siendo que Tú conoces dónde están?

Y el Padre le contestó:

—Es verdad, pero yo no puedo ir en su busca. Por eso costará mucho encontrarlos. Porque de no ser yo, solamente vosotros deberéis ir en busca de ellos.

Uno de los hijos habló y dijo:

—Padre, ellos han querido marchar. Déjalos, hasta que ellos mismos reconozcan que deben volver.

Y dijo otro:

—Padre, no es justo que nosotros, que gozamos de tanto bienestar, bajemos a esos mundos a sufrir por culpa de ellos.

Y otro dijo, también:

—Padre, yo siento que será una labor superior a nuestras fuerzas querer reunirlos a todos, porque tardaremos mucho en encontrarlos.

Hubo quienes expusieron aún otras causas, hasta que uno de los hijos, que no había hablado todavía, dijo al Padre:

—Padre, Tú has dado a cada uno de nosotros una parte de luz, una parte de verdad, una parte de espacio y una parte de tiempo. Yo quisiera dividir mi parte entre todos para que con mi luz, con mi tiempo, con mi espacio, con mi verdad, puedan nuevamente venir a tu lado.

Y el Padre, siendo este hijo el menor, dijo:

—Tú eres el mayor de mis hijos. Sea, entonces, tu parte, la mayor de todas, y que esa luz, esa verdad, ese tiempo y ese espacio sean tan grandes como la parte que hubiera co-

respondido a cada uno en su total. Ve, pues, a salvar a mis hijos. Tú serás el Padre para ellos, porque tú serás para ellos lo que yo he sido para vosotros.

Oyéndole, este hijo lloró amargamente. Y el Padre le preguntó:

—¿Por qué lloras, si te he concedido el pedido que me has hecho, y, además, te he conferido tan grandes dones? Has demostrado ser el más bueno de mis hijos; mayor prueba de grandeza, de amor, no podrías haber dado. Entonces, ¿por qué lloras?

Y el hijo respondió al Padre:

—Lloro, Padre, porque pienso que este rasgo de compasión mía ha disminuido la luz de mis hermanos —y señaló a los once hermanos que rodeaban al Padre.

El Padre comprobó, al escucharlo, que el hijo ya era tan Padre como Él, pues en la congoja por él experimentada al advertir que la parte mayor de luz con que había sido dotado disminuía la luz de sus hermanos, le había dado una prueba más de que ejercía con verdadero dominio el conocimiento del amor universal.

Entonces dijo el Padre a los hijos cuya luz había sido disminuida:

—¿Qué pensáis de lo que dice vuestro hermano?

Y los once hijos contestaron:

—Padre, si Él es mayor que nosotros y tiene ahora tanta luz, dile que nos ayude a ser como Él.

Y el Padre contestó:

—Seguid su ejemplo.

Y bajó el Hijo a los mundos convertido en Padre, porque a través de Él, el Padre se manifestaba. Mas tuvo grande dolor, porque a medida que hubo encontrado a los suyos, pudo contemplar cuánto se habían alejado del Padre que les dio la vida. Estos ya no le conocían; se habían adaptado tanto a las modalidades del mundo, se habían materializado tanto, que la voz del Padre les era completamente desconocida.

Entonces el Padre habló a cada uno con el idioma del mundo; se cubrió de materia, y llegó casi hasta la última pendiente para buscar a los hijos perdidos.

Y viendo que éstos no le conocían, pronunció por primera vez su nombre. Y su nombre vibró y fue oído por las almas; y las almas hablaron al oído de los hombres. Y aquellos que escucharon la palabra de su nombre, aquellos comenzaron a buscarle; y pronto muchos de ellos estuvieron reunidos a su alrededor. A éstos les fue enseñado cómo debían hacer para volver.

Y siempre el Padre se quedaba en cada mundo la mitad de dos tiempos y un tiempo de mitad. Y para aquellos que no le habían conocido, dejaba muchas enseñanzas a fin de que se prepararan y estuvieran reunidos a su regreso.

Y así, de vez en vez, este Padre volvía a Su Reino, y muchos eran los que habían podido acompañarle. Y los que habían vuelto preguntaron al Padre que los había ido a buscar:

—Padre, ¿es éste el Reino de Dios?, ¿es éste vuestro Reino?

Y el Padre contestó:

—Mi Reino es el Universo; es toda la Creación. Y como cada uno de vosotros ha dejado en esos mundos muchos hijos, y vuestros hijos, muchos hijos también, vosotros habéis vuelto sin una parte de vuestro ser. Id, pues, a recoger vuestra parte.

Y esos hijos preguntaron al Padre:

—Y, ¿cómo haremos, si se han dispersado tanto?

—Del mismo modo como yo lo he hecho; del mismo modo como yo os he llamado. Así como vosotros habéis escuchado mi nombre, ellos escucharán los vuestros.

Y cada uno de los hijos vio que había dejado en el mundo muchos corazones, y comprendió cómo los corazones, aunque estén en cuerpos diferentes, pueden estar unidos por la misma sangre. Y así, los hijos fueron a reunir sus propios corazones, y el Padre bajó con ellos y los ayudó.

Cuando todo fue hecho, ya no había mitades de tiempo ni tiempos de mitad, porque no había más corazones separados. Todos estaban unidos en el mismo Gran Corazón.

Y todos fueron felices. Y no hubo más dolor en los mundos. Y los mundos vibraron de alegría, y la alegría vibró en el corazón del Padre.

EL MISTERIO DE LAS BOTAS

En épocas pasadas existió un hombre iluminado que enseñaba el camino de la Sabiduría. Habiéndose llegado a él muchos, deseosos de recorrer ese camino, mandó buscar una cantidad de pares de botas igual al número de solicitantes, en cuyo interior habían sido incrustadas muchas piedrecillas y vidrios. Dándolas a cada uno, les dijo:

—Poneos estas botas y tratad de iros acostumbrando a su uso, procurando dar cada día un paso más. A los que puedan caminar con ellas, yo los conduciré hasta los umbrales de la Eterna Verdad.

Dicho esto, el hombre se alejó.

Cuando después de algún tiempo hubo vuelto, se ocultó para presenciar lo que acontecía.

Una gran cantidad de botas habían sido abandonadas en el camino por aquellos que huyeron acobardados. Mas hubo quienes, también, más animosos, aun seguían haciendo esfuerzos para adaptar sus pies a las incómodas botas, mientras otros, unos pocos, caminaban ya sin la menor molestia. El hombre se acercó a estos últimos y les preguntó cómo habían logrado eso. Uno le contestó:

—Al principio las botas eran insufribles, dolorosas; nos lastimaban haciéndonos sangrar. Con mucha fuerza de voluntad, tratamos de dar los primeros pasos. Luego nos propusimos ver cuál era el que daba más pasos sin detenerse; tanto ensayamos esto, que, inesperadamente, nos envolvió

una fuerza extraña, la cual nos impulsaba a dar cada día mayor número de pasos, hasta que, la misma alegría que sentíamos al comprobar nuestra resistencia, anulaba el dolor que nos causaban las piedrecillas y vidrios de las botas. De este modo, sin darnos cuenta, vimos y comprobamos, con grande emoción, todo lo que habíamos caminado sin que las piedras que encontrábamos a nuestro paso nos lastimaran, siéndonos así permitido llegar hasta aquí.

El guía, sonriendo tiernamente, respondió:

—Habéis triunfado. Esto os prueba que vencidas las pequeñas dificultades, pueden adquirirse las fuerzas y conocimientos que permiten vencer luego dificultades mayores.

EL KUKURÚ

El cacique Tupanco quiso saber un día dónde estaba la mente, a la que ellos llamaban «kukurú», y haciendo venir al gran botija Queveré, especie de hechicero de la tribu, le ordenó:

—Mira, Queveré, si no me muestras dónde tengo el «kukurú», te hago quemar.

El pobre hechicero quedó atónito ante semejante pedido, que entrañaba tan funesta sentencia, y, apesadumbrado, empezó a rascarse la cabeza.

Cual no sería su asombro cuando, de pronto, Tupanco le gritó lleno de júbilo:

—¡Bravo, Queveré, eso era lo que yo creía! ¡Que estaba en la cabeza y no en los pies, como me habían dicho!

* * *

Esto es lo que acontece muy a menudo con aquellos que en alguna circunstancia difícil aciertan una cosa y recién caen en la cuenta cuando otros se lo hacen notar.

HUELLA INCONFUNDIBLE

¿Por qué será que todos los relatos que tienen el sabor de la ancianidad cautivan sin demora la atención de niños y de adultos? Sencillamente, porque no son de nuestro tiempo, sino que datan de lejanas épocas; de edades de ensueño y de misterio, ya desaparecidas del mundo, como desaparecen del hombre y de la mujer los dulces y tiernos sueños de la infancia.

¿Qué podríamos contar de nuestra actualidad y en qué país deberíamos ubicar lo acontecido, si ya nadie cree en los personajes que un día creó la fantasía para exaltar el amor a la belleza, a la virtud y al bien?

Nuestra leyenda pertenece a ese género de narraciones que encienden, secretamente, los adorables fuegos que en llamaradas de luz iluminan la ruta extraviada de nuestros destinos, haciéndonos ascender, en alas de la imaginación, a las sublimes regiones del recuerdo.

Por aquel entonces, cuando todavía existía el candor en las gentes, el aroma en las flores y la paz en los campos, había un viejo sabio a quien los hombres acudían para pedir consejo. Un día, en que a su alrededor se habían reunido muchos, ansiosos por oírle, el sabio, en cuya profunda mirada se advertían las huellas inequívocas de su abnegación y sacrificio, comenzó a hablar de esta manera:

—Mala compañía es la ignorancia, amigos míos. Si de ella atendéis el consejo, sólo encontraréis zarzas en el camino, y desdichas por doquier. Ahuyentad a esa bruja malediciente

de vuestro lado, proyectando sobre ella la luz del conocimiento. Veréis que desaparece, como desaparecen las sombras de la noche al dibujarse en el firmamento los primeros albores del día. Pero recordad que debéis cuidar de vuestros pensamientos, vuestras palabras y vuestros actos, para que no os ligen fuertemente al pasado. Si esto os sucede, os costará mucho avanzar en la vida, porque os hallaréis como imantados a una fuerza que paralizará vuestros mejores deseos y decisiones. Sólo una gran voluntad podría libraros de tan terrible sortilegio. Conviene, por tanto, que vuestros actos, palabras y pensamientos, dejen a vuestro paso una huella imborrable, que os sea fácil descubrir cada vez que volváis por el mismo sitio. Que esa huella sea limpia como vuestras intenciones y que nunca sirva para que la justicia os persiga. A fin de que esto no ocurra, sed cada uno de vosotros el juez que juzgue vuestros propios actos. No sería nada improbable que encontraseis dentro de vosotros mismos al promotor de desórdenes; a aquel que, sin la participación de vuestra voluntad, hace que cometáis más de un acto impropio de vuestro sano juicio.

»Seguid mi consejo y encended la llama de vuestro espíritu, manteniéndola siempre viva para que alumbre todos vuestros días y podáis vivir una existencia feliz.

RECUERDA ESTAS PALABRAS...

Velaba un padre el dulce sueño de su hijo, tierno en años, e inspirado en el amor que le profesaba, escribió para él estos consejos:

«Aliméntate. Haz que se nutra tu cuerpo; que sea vigoroso y flexible. Todo tu organismo debe vitalizarse día a día.

»Juega. En tus juegos aparecerá en escena un mundo en miniatura, que obedecerá a todos tus deseos.

»Sé ordenado. Luego de jugar no dejes ese minúsculo mundo tirado por ahí para que otros, tus padres o hermanos, acaso, se hagan cargo de él y te lo entreguen al día siguiente para tu diversión.

»Por la noche, cuando te acuestes, llévate alguna de esas cosas que tú tomas por personajes de tu mundo: la que más quieras y te resulte más simpática. Tenla contigo hasta que te duermas. Ella te guiará en tus sueños y será tu intérprete.

»Sé prolijo en el vestir y aseado en todo.

»Nunca te encariñes con los trajecitos, pero consérvalos siempre en buen estado. Cuando te queden chicos o se gasten, te los cambiarán.

»Obedece a tus padres y no riñas más de lo necesario. Cuando se te diga que no tienes razón, cede y aquiéatate. Unas veces la tendrás y otras no.

»Antes de dormir, di tus oraciones. Si no te han enseñado ninguna, quédate unos momentos en silencio con tus manitas juntas, como si tuvieras prisionera una mariposa:

es tu alma que, al abrir tus manitas y quedarte dormido, se sentirá libre».

* * *

«Agrega a lo anterior esto otro:

»Estudia. Tu espíritu necesita el alimento con que ha de nutrirse. Tu mente también necesita nutrirse. No te prives de ese alimento tan indispensable para completar tu desarrollo físico y psicológico.

»Sé dócil a todo cuanto se te indique para tu bien.

»Obedece al maestro que te enseña, y cumple con todos tus deberes.

»Aunque te veas obligado a cambiar tus juegos preferidos, conserva siempre el buen humor y la paciencia.

»Trata que la inocencia de tus primeros años no sufra cambios bruscos.

»Aparta tus ojos de aquello que lastime tu sensibilidad de niño, y no prestes oído a palabras necias o torpes.

»Selecciona a tus amiguitos. Busca las buenas compañías.

»Pregunta a tus padres, o a quienes te instruyan, cuanto anheles saber; pero no seas curioso distraendo tu atención en cosas que no interesan.

»Sé cuidadoso con tus libros y anota todo aquello que aprendas. Subsananás así muchos olvidos.

»Acostumbra tu mente a no mentir, aunque debas sufrir por ello muchas injusticias. Cuando seas más grande, te enseñaré cómo debes defenderte de los que mienten para hacerte daño.

»Refrena en lo que puedas tus impulsos. Sé enérgico sin ser violento. Sé justo sin ser exigente. Sé tolerante con las faltas de los otros y reprime las tuyas con rigor».

LA VERDAD DEL YAMALY

Muy lejos de la fecha en que vivimos, existía una orden sagrada, verdadera dinastía de iniciados en los grandes conocimientos de la Ciencia Universal.

Los de más alto rango, hierofantes ya consagrados y depositarios del secreto a cuyo conjuro se abrían de par en par las puertas que daban acceso a los arcanos de la excelsa sabiduría, se llamaban Yamaly, que, traducido a nuestro lenguaje, quiere decir «guía», palabra ésta que en su sentido superior cobra la más elevada jerarquía.

De tanto en tanto, uno de los Yamaly, luego de preparar a muchos de los que aspiraban superarse e ilustrarse en el conocimiento de la Ciencia Universal, emprendía un largo viaje en dirección, precisamente, al Templo de la Sabiduría.

Los que anhelaban llegar a tan ansiada meta caminaban, en un principio, animosos y llenos de entusiasmo, pero, a medida que se internaban en las profundidades del conocimiento, las diversas situaciones por que debían atravesar, cada vez más frecuentes y difíciles, los hacían flaquear. A los halagos y embelesamientos de los primeros tiempos, junto con los mil juramentos de fidelidad, gratitud y consagración al supremo incentivo del saber, se sucedían momentos de vacilación y pesimismo, en los que la duda les invadía todas las regiones del espíritu.

Mientras estos y otros muchos estados psicológicos se hacían presentes y visibles en cada ser, el Yamaly continuaba,

imperturbable, su obra; y era fácil verle dando enseñanzas a los que se hallaban a sólo cien metros del punto de partida, en el mismo instante en que lo hacía con los que se hallaban a quinientos, mil, diez mil¹, y aun a distancias mayores.

Acontecía que del crecido número de seres que acompañaban al guía, algunos desde cierta altura del camino, otros desde otra, instigados por pensamientos que no habían sabido vencer, volvían a su antigua vida protestando por haber perdido su tiempo, cuando, según ellos, habrían podido emplearlo en muchas otras cosas. No pensaban esos insensatos que, si no fueron capaces de hacerlo antes de dedicarse a la constructiva labor de cultivar el espíritu, menos lo habrían hecho permaneciendo en la misma condición de ignorancia, de la cual fueron sacados. Lo más curioso era que, muchos de ellos, al emprender, después de alejarse, tareas que antes no podían desempeñar, veían con asombro lo fácil que les resultaba realizarlas y aun las ventajas que obtenían en ocupaciones y empresas que nunca lograron acometer. ¿Qué cambio se había operado en ellos para que lo difícil se tornase fácil? En vano intentaban desconocerlo con necedad temeraria: lo que se plasma en la realidad de los hechos nada ni nadie puede borrarlo. No obstante, bien pronto la porción de luminosidad mental adquirida se apagaba, volviendo a cada uno de los que habían especulado, a su anterior estado mental, del mismo modo que el músculo pierde su agilidad y torna a su habitual dureza al privársele de entrenamiento.

Pese a estas circunstancias, el Yamaly, como fuente inagotable de saber, no cesaba un instante en la altruista labor de enseñar la Verdad, cuyo conocimiento poseía. Enseñaba infatigablemente a todos por igual. Él sabía que las llaves del conocimiento universal están esperando la mano digna que ha de empuñarlas. Todos pueden alcanzarlas, mas cada uno es árbitro de su voluntad. Quien rehusa el bien aspirado, allí quedará, a expensas de su incipiente preparación.

¹ Se ha tomado la figura del metraje para expresar el grado de adelanto de unos y otros, a fin de proyectar con mayor claridad la imagen del hecho que se relata.

Los impacientes se iban de su lado, otros permanecían con él por más tiempo; pero, en tanto muchos quedaban atrás, había quienes seguían al Yamaly, y, cumplidas que eran las jornadas que demandaba la realización interna de superación, había para ellos puertas que se abrían y riquísimas regiones que explorar en la vasta inmensidad de la Creación.

Se engañaban con sensible ingenuidad aquellos que pretendían, después de estar un tiempo a su lado, semejarse a él o bastarse a sí mismos para seguir avanzando. Al momento, aparecían en cantidad detalles que revelaban la impostura, y, muy pronto, sucumbían en los desvaríos de la demencia. Es que la verdad del Yamaly estaba encarnada en su propia existencia, la cual contenía una vida amplia y ejemplar. Para semejarse a él, era necesario vivir mucho la vida que él vivió y saber muchas de las cosas que él sabía.

CASTIGO MERECIDO

Desde su Trono Divino, el Padre Eterno dirigía la palabra a todos los seres cuyo descenso a la Tierra íbase acercando. Les dijo que, como no podría acompañarlos, confeccionasen sendos libros y anotasen diariamente en ellos lo que cada cual hiciera en el curso de su vida.

Así lo prometieron. A medida que iban regresando, cada uno, conforme a lo convenido, entregaba su libro. Empero, no faltó un desmemoriado que, acordándose súbitamente del compromiso contraído, comenzó, con angustiosa premura y en el mayor desorden, a estampar en las páginas de su libro en blanco, los hechos de su vida. Cuando entregó su farragoso texto al Padre Eterno, sentenció Dios:

—Condénote, por toda la eternidad, a que tú mismo descifres el contenido de tu escrito.

* * *

Similar es lo que acontece a aquellos que jamás cumplen con lo que prometen. Al final deben afrontar serias dificultades para poder salir del paso.

ODISEA DE DOS ALMAS

Cuando el alma humana decide entrar por los pórticos del mundo, encuentra ante su vista dos árboles de milenarias edades. Uno, colocado a la izquierda de un ancho camino, es el Árbol de la Ignorancia; muy corpulento, de escasa altura, sus frutos pueden tomarse sin dificultad. Otro, gigantesco, colocado a la derecha, es el Árbol de la Sabiduría. Para alcanzar sus frutos, puestos en las extremidades de largas y delgadas ramas, se requiere trepar a él y, con recios esfuerzos, asirse fuertemente a su erguido tronco para no caer. La mayoría prefiere tomar el fruto del árbol más bajo porque ofrece menos dificultades y ningún peligro.

Yo conocí dos almas que llegaron juntas ante las puertas del mundo.

—¡Mira qué árbol hermoso y qué difícil de trepar! —dijo una.

—En cambio —agregó el alma que la acompañaba—, aquel otro, ¡qué frondoso y qué lleno de frutos está!

—Es cierto —asintió la primera tras un hondo suspiro—, pero no olvides que nos fue dicho: «Si no quieres desfallecer en mitad de este camino, no tomes la fruta que fácil diste de tu mano, sino aquella que, muy alto, haga esfuerzo en ti consciente; que al tomarla, dueña acaso de un elixir, sea la fruta inmarcitable y no se pique, y de su jugo nuevas fuerzas, más aliento y alegría siempre haya. De la fruta inagotable tú recibas ese bien».

—¡Qué inspiradas palabras! —dijo con risueño gesto y lacerante ironía el alma segunda—. Pues yo iré a lo positivo y llenaré mis alforjas con los frutos de ese generoso árbol —y señalándolo con aire de satisfacción, se encaminó resuelta-mente hacia el Árbol de la Ignorancia.

—¡Qué duda horrible ha penetrado en mí, después de lo que he escuchado!... —exclamó la primera alma al quedarse sola—. ¿No estaré yo equivocada? ¿No habré comprendido mal la advertencia del señor Destino? Si los frutos de aquel árbol son mejores, ¿por qué, entonces, es tan inaccesible y se arriesga uno, al querer alcanzarlos, a perder el tiempo y hasta a darse fuertes golpes al menor descuido o a la menor vacilación? En cambio, el otro, cargado también de frutos nada exige, y basta tomar cuantos uno desee para proseguir la marcha sin pérdida de tiempo.

Mientras estas cavilaciones hacía, su compañera se alejaba después de proveerse bien.

Muchas almas más fueron pasando junto al alma primera y, luego de aprovisionarse y comer algunos frutos del árbol de la izquierda, emprendían nuevamente el camino.

—¡Qué duda, qué incertidumbre tan cruel!... —se repetía el alma al encontrarse sola, hasta que al fin, venciendo la resistencia que le oponían tales pensamientos, se dirigió hacia el Árbol de la Sabiduría, que se hallaba ubicado a la derecha.

Ensayó varias veces trepar a él, mas sin resultado.

—Sin embargo —se decía—, parecería que otras han subido antes que yo. Pero su tronco es tan ancho y tan liso que me será difícil avanzar en mi propósito. Esperaré hasta mañana; no sería prudente intentar de nuevo la ascensión a estas horas, cuando las estrellas parecen vigilar-me.

Y así fue un día y otro y muchos más, resbalando siempre que conseguía llegar más alto que su propia estatura.

En tanto, seguían pasando por su lado multitud de almas que, arrancando las frutas del otro árbol, la miraban despreciativamente y, sin detenerse, se alejaban de su vista. La lucha de sus pensamientos era cada vez más atroz. Frente a ella tenía al Árbol de la Ignorancia tentándola; a su lado el de la Sabiduría que, inmutable y severo, parecía rechazarla.

Sus fuerzas estaban a punto de agotarse. El alma imploró en un sollozo de íntima pena un rayo de luz para su atribulado espíritu, y, como una gracia del cielo, cayó en su falda una fruta, en la que estaban escritas estas palabras: «Come y reconforta tu espíritu».

Así que el alma gustó la fruta, sintió que sus fuerzas se multiplicaban.

—¡Oh, qué maravilla!... —repetía conmovida—. ¡Ahora sí que podré trepar al árbol!

Pero aconteció que volvió a encontrarse casi sumida en un abatimiento desesperante. Humilde y acongojada, interrogó:

—¿Por qué no puedo, ¡oh árbol maravilloso!, recoger frutos de ti?

El gigante permaneció en silencio.

Llegó la noche, y el alma, fatigada por el cansancio, se durmió. A poco comenzó a soñar que subía al árbol sin ninguna dificultad y arrojaba al suelo muchas frutas que, al golpearse, se abrían, derramándose parte de su jugo. Las almas que por allí pasaban las recogían y ufanas corrían a avisar a las otras que en el suelo había mucha fruta caída. De este modo mezclaron en sus vientres los frutos de los dos árboles, apareciendo así la casta de los mediocres, de los engreídos, de los soberbios, de los que considerándose sabios están condenados a vivir en la ignorancia y de los que, siendo ignorantes, deben sufrir el tormento de la ridiculez aparentando un conocimiento que no poseen.

—Mira tú, ¡oh alma!, qué has hecho... —murmuró con dolor el árbol, indicando con una de sus ramas a las almas que comieron el fruto sin notar la diferencia—. ¡Bájate! —le ordenó—. Junta la fruta caída que no haya sido manoseada y, si te sobra de la que puedes llevar contigo, quédate a la entrada, y a aquellas almas que percibas buenas, ofréceles una y diles que no coman las del otro árbol. Si me piden humildemente las que yo tengo, las dejaré caer, pero adviérteles que tienen que ser blancos sus anhelos para que el jugo de mi fruta no les tiña el rostro con el color de los falsos, de los traidores y de los apóstatas.

El alma despertó al amanecer y fue la primera en recibir, a la menor insinuación de su pensamiento, el valioso obsequio. El árbol, sacudiéndose bruscamente, dejó caer a sus pies un montón de fruta y ella, comprendiendo su misión, se dispuso a cumplirla.

A muchas ayudó, mas no todas las almas ayudadas fueron sensatas ni manifestaron gratitud. Hubo algunas que, poseídas de cierta presunción, escarnecieron al alma que tan generosamente les había hecho compartir su exquisita merienda. Pero no por ello se inmutó y, cuando fue el momento, comenzó a caminar por el largo sendero de la vida.

A poco de andar, encontró a varias almas discutiendo acerca del valor de las frutas que habían comido. Una dijo:

—Ya hemos vuelto cuatro veces en busca de más fruta y, por discutir, nos encontramos siempre en el mismo sitio.

Por el camino, a medida que avanzaba, halló a algunas almas tendidas en el suelo, casi sin aliento, y a otras que le pedían más fruta porque se les había terminado. A unas consoló, a otras reconvino; mas a todas ayudó.

De pronto oyó una voz que le pareció conocida.

—¡Socórreme, por favor!... —gritaba.

Era el alma segunda que le imploraba le diera a comer de su fruta.

—¿Has visto? —le inquirió el alma buena mientras la fortificaba con el jugo del único fruto que había utilizado—. Tú pensaste que comiendo del Árbol de la Ignorancia, cuyos frutos son tan fáciles de alcanzar, llegarías presto a la meta. Yo únicamente puedo darte aquella parte que correspondería a todas por igual si me fuera reclamada, pero con ella sólo podrás hacer, si intentas seguir, más larga tu agonía. Vete en cambio, con las fuerzas que recuperes, al punto de partida; haz lo que yo he hecho y no te arrepentirás.

—¡No! —contestó el alma segunda—. ¡No podré consentir que tú me aventajes, siendo que yo inicié primero la marcha!

Y diciendo esto, encaminó sus pasos hacia adelante sin atender los consejos del alma primera.

Poco después, aquella alma obstinada era sacada del camino para que no entorpeciera el paso de las demás.

Cuando pasó el alma primera, desde fuera le gritó amenazante:

—¡Ya me las pagarás, alma egoísta, por no haberme dado la mitad de tu merienda!...

Alguien le respondió:

—Esa alma te dio más de lo que tú necesitabas para poder tener tanto como ella, pero no quisiste escucharla y confiaste en tus propias fuerzas desdeñando la verdad que de su fruta tuviste. ¿De qué te quejas ahora? Has vuelto a tu mundo. Cuando intentes recorrer nuevamente este camino, cuídate de no volver a llenar tus alforjas con el fruto del árbol de la izquierda y escoge aquel que, por no tomarte el trabajo de levantar los ojos, no viste que está por encima de todas tus pretensiones, tu vanidad y tu indiferencia.

MÁS PUEDEN MUCHOS QUE UNO

Cierta vez, hace muchos años, caminaba ascendiendo una montaña un hombre tosco.

De pronto encontró una piedra muy grande que, según presintió, ocultaba un tesoro. Se puso entonces a empujarla, cada vez con más fuerza, pero la piedra no se movía.

Pasaron los años y, ya viejo, casi exhausto, aun seguía empujando empeñosamente la piedra, con el mismo resultado.

Un día pasó por allí un hombre más inteligente que él, el cual, viendo la dimensión de la piedra y lo que éste hacía, le interrogó sobre el motivo de tan obstinada actitud.

Así que se hubo enterado, buscó a otros hombres para que ayudaran al agotado anciano a sacar la inmensa piedra, la que ocultaba la entrada de una gruta que, como se suponía, guardaba un tesoro. Pero cuando aquéllos llegaron, el viejo había muerto.

Entre todos empujaron, entonces, la piedra, que rodó al abismo poniendo en descubierto el tesoro.

Lo que no pudo hacer el primero con su solo esfuerzo, lo hizo el segundo con el concurso de los demás.

* * *

Para derribar la enorme mole representada por la ignorancia humana, se requiere el concurso de muchos; y cuando esto ocurra, la piedra será movida y el tesoro del saber y la felicidad será hallado para bien de toda la humanidad.

EL PERRO GUARDIÁN

Sabemos que el perro es un animal simpático, dócil, obediente y fiel, cualidades éstas que nadie desconoce, dado que es el irracional que se mantiene más cerca del hombre, sirviéndole de compañía, distracción y ayuda. Pero si lo vemos en la función de guardián o cuidador de la casa, merece ya otro concepto.

En tal cometido suele ser el animal más antipático para las personas ajenas a ella. Orgulloso de su dentadura, la muestra con el mayor descaro en un gesto que, si bien no puede apreciarse de cerca, hace comprender al instante que no hay que confiar mucho en su paciencia. Es al mismo tiempo bravo y terco, pues una vez que la emprende contra alguien, es difícil hacerlo cambiar de «opinión», o sea de actitud.

Su fidelidad llega al colmo cuando mantiene firme la consigna que recibió del amo, hasta negarle autoridad alguna para modificarla. Y llega a más aún: llega a colocar su condición de guardián por encima de la de su dueño, prohibiendo la entrada a la casa a toda visita que, siendo grata al mismo, no lo sea para él, al extremo de que muchas veces se lo ha tenido que sujetar con cadena y amenazar con severos gritos para hacerlo ceder en su actitud agresiva. Entonces todo en él es desobediencia, malhumor y ganas ardientes de zamarrear al que viola su consigna. Los fundillos del pantalón constituyen la obsesión de los canes atados a la cadena.

Muchos funcionarios, empleados o personas que ocupan

cargos que, en cierto modo, sirven de puente entre sus superiores y los demás, se parecen en ese aspecto a los perros guardianes, pues —se ha visto con frecuencia— no dejan pasar ni a los que son llamados por sus propios patrones. Parecería que están puestos allí ex profeso para detener y aun impedir llegar a nadie a sus despachos, salvo algunas excepciones en las que el guardián se deshace en «lamidos» y «movimientos de cola». También, en una u otra ocasión, suelen trasgredir la orden, según sea la veta de ese día, pero estos casos son muy raros: su actitud es siempre obstinada y altanera. Será por eso que, muchas veces, refiriéndose a este tipo de seres, se dice que se «emperran» en no entender razones, cuando no se les califica rotundamente de «perros».

Hemos mencionado en nuestro símil al perro duro de cuello, que halla en la cadena el justificativo de su irreductibilidad.

Cuántas personas hay que se resisten a modificar conductas y temperamentos dispuestos por sus superiores, quienes, por su parte, no encuentran inconveniente alguno en rectificar. Esto ocurre por confundir las funciones —circunstanciales— que se desempeñan y la autoridad con que se fue investido, con el poder que tiene la autoridad que concedió esa posición.

EL HOMBRE QUE BUSCABA A DIOS

Un día de otoño, cuando el silencio de los ruidos humanos dejaba oír los ecos de la Naturaleza, tuve oportunidad de presenciar una escena original, simbólica.

Sentado a la vera del camino observaba atentamente, mientras palidecía el sol, el alocado rodar de hojas secas que el viento hacía desfilas ante mis ojos; parecían diminutos gnomos danzando alrededor de un círculo trazado por un empecinado remolino. Otra procesión de hojas presidía la marcha forzada de un peregrino que se aproximaba a paso lento. Más allá lo esperaba un hada que reunía en sí los sublimes encantos de una perfecta belleza.

Mi presencia allí debió llamar muy poco la atención de los personajes que veía, pues, sin reparar en mí, como si yo fuera invisible o algo que no existía, entablaron el siguiente diálogo:

HADA.—¿A dónde vas, buen hombre?

PEREGRINO.—Al infinito; busco a Dios.

HADA.—Pobre caminante, ¿has andado ya un largo trecho?

PEREGRINO.—Sí, muy largo; estoy fatigado...

HADA.—¿Quién eres?

PEREGRINO.—Cuando encuentre a Dios lo sabré.

HADA.—¿En dónde vives?

PEREGRINO.—No tengo amparo; vivo a la intemperie.

HADA.—¿Crees en Dios?

PEREGRINO.—Sí; una sola vez lo he visto en sueños, y desde entonces lo busco.

HADA.—¿En sueños? Y, ¿crees en ellos?

PEREGRINO.—Sí, creo. Desde entonces sueño despierto, para poder despertar en los sueños...

HADA.—¡Qué iluso! ¿Acaso alucinaciones te han trastornado el cerebro?

PEREGRINO.—¿Cómo te atreves así a hablarme? ¿Acaso en los sueños no es donde estamos más cerca de la verdad?

HADA.—Es cierto; pero no olvides que tan pronto puedes acercarte a ella como alejarte, sin que notes el cambio.

PEREGRINO.—Por eso busco a Dios, para que me dé la comprensión de los cambios, de las distancias, y del valor real de las cosas que existen.

HADA.—¿Y en dónde crees encontrar a Dios?

PEREGRINO.—No lo sé; pero sé que existe, porque cuando le llamo, tiembla la tierra bajo mis pies, y hasta hay veces en que me parece oír su voz.

HADA.—Y, ¿qué concepto tienes tú formado de Dios?

PEREGRINO.—Ninguno. No hay mente humana capaz de concebir la infinita expresión de su divinidad.

HADA.—Pero tú, ¿a qué viniste a este mundo lleno de dolores y de miserias?

PEREGRINO.—Pues a eso, a buscar a Dios. ¡He venido tantas veces!... Y cuando a mi regreso me preguntan si lo hallé y les digo que no, nuevamente me obligan a partir a la Tierra en su busca.

HADA.—¡Pobre peregrino!, veo que asoma una lágrima a tus ojos. ¿Es que sabes llorar?

PEREGRINO.—¿Y quién no aprende a llorar aquí? ¿Acaso no es con el llanto como aprendemos a vivir?

HADA.—¡Ah, sí!; muchas veces el llanto os recuerda que tenéis corazón y así os acordáis del corazón de Cristo.

PEREGRINO.—Eso es verdad, y lo peor es que, recordándolo, olvidamos el grandioso significado de su dolor.

HADA.—Dime, tú que buscas a Dios, ¿confiesas haber olvidado la lección de Cristo?

PEREGRINO.—Sí; muchas veces he recordado y muchas veces he olvidado sus enseñanzas, como también otros muchos, y es por eso que peregrinamos...

HADA.—¿Y, acaso, el cansancio de tales peregrinaciones te ha sugerido la idea de tomar ese sendero?

PEREGRINO.—Sí, pero la sola idea de morir como Él me aterra, me espanta.

HADA.—¿Morir? ¿Acaso has muerto alguna vez?...

PEREGRINO.—(Recordando). Morir, morir alguna vez... ¡Oh, hada misteriosa! ¡Tus palabras han vibrado en mi alma! Me has despertado de un sueño horrible... Me había extraviado en las tinieblas de la noche y buscaba a Dios en la oscuridad, sin más antorcha que la débil luz de mi entendimiento. Tú me has enseñado en un solo instante lo que en mi largo peregrinaje no pude aprender; fui un necio como tantos otros que sólo creen en lo que sus ojos ven y niegan lo que está oculto a los ojos físicos, pero no así a los del alma, los únicos, en realidad, capaces de ver. Confieso que fui un necio y que, a pesar de que en tan arduas jornadas siempre aprendía algo más de lo mismo que un día me enseñaron, siempre dudé, y así fue como olvidé lo esencial: la virtud de pensar y meditar lo que había aprendido, no pudiendo jamás concebir el infinito significado de lo expresado en tus últimas palabras, aquellas que han producido en mí el efecto sublime de la resurrección.

HADA.—(Alejándose). Hasta pronto, peregrino; no tardarás ya en encontrar la morada de Aquel que ya no buscas, porque Él mismo te llama desde adentro. Hasta pronto; al fin has aprendido la lección.

CUENTO EGIPCIO

Hallábase una vez Hermes atendiendo a numerosos discípulos que habían iniciado con él una obra de arte, símbolo de la perfección humana, cuando uno de ellos, que amasaba cierta pasta y trabajaba más horas que los demás, molesto al ver que otros tenían trabajos menos rudos y que demandaban menos tiempo, le inquirió:

—Decídme, ¡oh Hermes! ¿Cómo es que siendo vos tan justo, permitís tales diferencias? ¿Acaso no tengo yo igual derecho a manejar el buril y dejar el trabajo a la misma hora que ellos?

—Tienes razón —contestóle Hermes—; desde mañana comenzarás la labor que pides; pero te advierto que por cada milímetro equivocado que deba ocupar el tiempo de otro para subsanarlo, te aumentaré una hora de trabajo.

El discípulo quedó pensativo y, al final, replicó:

—Entonces, ¿por qué no me enseñáis a no equivocarme?

—Eso es, precisamente, lo que estaba haciendo. Pero como tú quieres hacer una labor diferente a la que te había asignado, accedo gustoso, mas advirtiéndote, a la vez, que la obra no podrá ser demorada un solo minuto por causa tuya. Si anhelas trabajar como lo hacen los discípulos que perfilan imágenes y modelan bellos fragmentos de arte, prepárate como ellos, estudia, cumple, y no pierdas el tiempo ocupando tu mente con mezquinos pensamientos de celos o envidia. Ellos han amasado la pasta antes que tú y, mientras lo hacían, meditaban las enseñanzas que a diario doy a todos para que

progresivamente puedan hacer trabajos más delicados, de mayor duración y más perfectos. Así, cada pequeña parte de la obra será hecha tantas veces como sea necesario para su perfecta realización, por los que tienen a su cargo esa labor.

Comprendiendo, el imprudente manifestó al sabio sus deseos de seguir amasando hasta tanto lograse manejar el buril con mayor seguridad y eficacia.

EL SORDOMUDO Y EL CIEGO

En cierto lugar apropiado para las limosnas, hallábanse dos hombres. Uno ostentaba el cartel de «Ciego»; otro, el de «Sordomudo». El primero suplicaba misericordia y ayuda; el segundo, con sus gestos, inspiraba compasión. Colmadas sus faltriqueras, cada cual regresaba a su vivienda.

Un día, alguien arrojó al sordomudo una moneda que, rodando, llegó a los pies del ciego. Este la recogió con presteza y, en la misma forma, la metió en su bolso.

—¡Ah, canalla! —le gritó el mudo—, conque veías mejor que yo, ¿no?

—Admiro tu cinismo, ¡hipócrita! —refutóle el ciego—. ¿Cómo te atreves a hablar luciendo ese cartel?

* * *

En forma similar proceden los que llevan en su boca el rótulo del Amor: con frecuencia, olvidando que éste es mudo, gritan a voz en cuello todo el odio que anidan tras el cartel de su falsa ostentación.

LA CONSULTA

Existió en la tierra de los hombres un maestro que realizaba por aquellos tiempos remotos una obra de vastas proyecciones universales. Al promediar casi la monumental creación de su pensamiento, aconteció —según narra la historia de su vida— que cierta vez quiso consultar a Dios para tener la seguridad de sus aciertos, o conocer, si los hubiera, sus errores.

Fue así como un día se internó por entre altas montañas para invocar a Quien debía pronunciarse y juzgar sobre todo cuanto había realizado. Conocía muy bien la forma en que se expresa el lenguaje de la sensibilidad universal que manifiesta el pensamiento de Dios, y podía percibir con toda nitidez, por signos inequívocos, cuándo ese pensamiento confirma o no, lo que se ofrece a tan alto juicio.

Narra dicha historia que mientras avanzaba por estrechos senderos y quebrados pasajes, lo guiaba, únicamente, el pensamiento que inspiraba su evocación. Sabía que había de experimentar sensaciones muy fuertes, de tal suerte, que tenía casi la certeza de cuanto ocurriría y hasta parecía conocer con exactitud el punto mismo donde culminaría su invocación.

Describe, asimismo, que era tal su concentración, tal el propósito que animaba su espíritu y la pureza de su pensamiento, que hasta le parecía haber perdido la noción física de cuanto le rodeaba. Con ese estado espiritual llegó al borde

de un abismo, frente al cual se detuvo unos instantes para pronunciar las siguientes palabras:

—Si cuanto he realizado no merece la aprobación del pensamiento universal que anima mi existencia, debo caer, debo rodar por este abismo que se abre a mis pies. Si así fuera, deberá sobrevinirme un desvanecimiento tal que no pueda siquiera auxiliarme a mí mismo. Pero si mi obra ha merecido aprobación tan excelsa, no caeré, y viviré reconfortado y fortalecido por tan poderoso estímulo.

Al confirmarse esto último por la súbita aparición de un estado de paz, de fuerzas y felicidad internas, volvió sus ojos para posarlos en la inmensidad y agradecer al Dador de su existencia aquella aprobación.

Corroboración más y mejor el trance descrito, el hecho de saber que el ilustre protagonista de este relato, mientras descendía por entre peñas y quebradas, de vuelta de su excursión, pensaba que, siendo tan frágil la parte psicológica del ser humano, habría sido natural le sobreviniera un vértigo que hubiese provocado su caída al precipicio. Nada más lógico, pues, que ello le hubiera acontecido, desde que, para dar lugar a que la señal fuese inequívoca, se había colocado junto al abismo en un estado tal de espíritu que eliminó de su voluntad todo intento de conservación o defensa.

Como toda vida superior es un alto exponente de abnegación y sacrificio, aquel espíritu selecto confióse en dicha instancia al gran pensamiento que animara e inspirara su existencia. Así fue como tuvo por ciertas y seguras las manifestaciones que confirmaron la augusta aprobación.

* * *

Esta leyenda, que parecería contener hechos históricos, muestra el ejemplo de humildad de las grandes almas que alumbraron, de época en época, el camino tortuoso e incierto de los hombres.

EL PUMA «DOMÉSTICO»

Paseaba una vez un distinguido filósofo en compañía de un joven estudiante, al que instruía con singular empeño sobre el valor de las defensas mentales, y prevenía acerca de los diferentes disfraces que utilizan los pensamientos para ocultar sus intenciones a la buena fe del hombre. Con claras imágenes le demostraba cuáles son las características predominantes en muchos de ellos y el cuidado que es necesario tener para no verse sorprendido a menudo por sus inesperados zarpazos. En diciendo esto, observó que, pese a la diafanidad de sus palabras, no había sido comprendido por su interlocutor o alguna duda existía en la interpretación que éste había dado a las mismas.

En tales circunstancias, y por una de aquellas coincidencias que suelen pocas veces acontecer, llegaron a la casa de un amigo, comerciante en pájaros y otros animales de variado tipo, tales como gatos, perros, conejos, zorros, pumas, etc. Entraron al comercio, y luego de cambiar algunas palabras con el dueño, éste los llevó a recorrer su pequeño zoológico. El que hayan visto pájaros de todos los colores y precios, y toda una colección de animalejos, no interesa; lo importante al caso es que en uno de los patios del comercio, atado con una fuerte cadena al tronco de una palmera alta y delgada, daba vueltas un puma de no menos un metro de largo.

Había llegado al comercio hacía unos meses; era en-

tonces un cachorrito inofensivo y hermoso, al que hubo que criar con mamadera. El dueño del establecimiento le había tomado tal cariño, que repetidas veces rechazó las ofertas de los compradores. Lo mimaba, acariciándolo con mucha frecuencia, y si alguno sentía temor de él, le decía con tono confiado:

—No tenga usted miedo; es un cachorrito.

En verdad, parecía no haber notado cuánto había crecido.

Ese día el puma había atrapado una rata y la había devorado.

—Es la primera vez que hace eso —y como si quisiera dar la mayor garantía respecto a la falta de ferocidad de la bestia, agregó—: Ya es un puma doméstico.

Los visitantes miraban al puma desde una prudente distancia, notando que cada vez que éste pasaba delante de ellos, intentaba un zarpazo hacia sus pies, siguiendo luego sus monótonas vueltas alrededor de la palmera.

No transcurrió mucho sin que su dueño, que había ido en busca de una jaula, al pasar próximo a él sintiera en sus espaldas el zarpazo de la fiera desgarrándole las ropas. Chaqueta, camisa y demás prendas interiores fueron arrancadas como por arte de magia.

Con la cara pálida, casi sin aliento, alcanzó a decir:

—¡Válgame Dios!... ¡Si puede uno confiar en estos «bichos» sanguinarios!... Mañana mismo lo haré volar de mi casa! —y repetía el juramento de no tener mas fieras en su comercio, aunque ostentasen, cuando cachorros, la cara más inofensiva.

—¿Habéis visto? —preguntó el filósofo a su acompañante, después que la escena hubo pasado—. He ahí una viva imagen de lo que son ciertos pensamientos que con gran solicitud van amamantándose en la mente desde que apenas tienen fuerza para existir. Las consecuencias de la imprevisión o imprudencia de quien, como en el caso del puma, les da albergue, los alimenta y prodiga un afecto y una confianza que pueden labrar su propia desgracia, hay que lamentarlas luego.

¿Será preciso explicar aquí, para mejor ilustración del lector, cuáles son esos pensamientos que se parecen al puma de nuestro relato? Pues bien; sea satisfecha la inquietud.

Tales pensamientos son aquellos que se introducen en la mente aparentando ser inofensivos. Un pensamiento de juego, alimentado con cierto calor, termina por arrastrar a su dueño a la mesa de la perdición. Cuando ya lo ha acariciado con vehemencia, cuando ha tomado cuerpo, sobreviene el zarpazo que llaman del azar, y que no es sino aquel mismo pensamiento asestando al confiado y crédulo amo su golpe traidor.

Como éste existen muchos otros pensamientos que el lector podrá descubrir no bien recorra la gama de todos aquellos de índole más o menos similar al que hemos tomado por ejemplo.

Queda ahora, como moraleja, que no debe darse cabida en la mente a ningún pensamiento cuya naturaleza sea diferente o ajena al verdadero sentir, a la razón y a la sensatez, para no verse más tarde en peligro de ser dañado por semejantes huéspedes mentales.

EL INGRATO

Cuéntase que una vez alguien pidió a Dios que le concediera un bien y que, en prenda de gratitud, haría partícipe a sus hermanos y amigos de ese bien.

—Sea tu deseo cumplido —le dijo Dios—, pero no olvides tu promesa.

Pasado cierto tiempo observó el Creador que, mientras su beneficiado gozaba del bien recibido, olvidaba dar cumplimiento a sus palabras. Entonces, sentenció:

—Lo que es producto del deseo no dura.

Y así, poco a poco, lo obtenido por el ingrato fue disipándose a su vista.

Afligido por la pérdida, acercóse a Dios implorándole que le restituyera, con su protección, el bien perdido. Entonces escuchó lo siguiente:

—No has podido conservar el bien que te di, porque no has cumplido tu promesa. Rescátalo ahora; recupéralo con tu propio esfuerzo, así se irá grabando en tu memoria; y verás que cuando lo hayas alcanzado de nuevo, comprenderás, como lo hubiste pensado antes de serle concedido, que no debes disfrutar egoístamente de ese bien.

EL EDÉN DE LOS NIÑOS BUENOS

En un lugar circundado de montañas, entre valles fértiles y hermosos, bordeados de ríos y arroyos cristalinos, hállase situado un grandioso palacio de cristal. El palacio de los ensueños juveniles... castillo soberbio, de legendarias épocas, que guarda celosamente en su interior el recuerdo imborrable de los episodios más preciosos de la vida del hombre.

Rodean el palacio encantadores parques y jardines, con las más variadas clases de plantas revestidas de frutos que llegan a la madurez y no se corrompen; de flores que abren sus corolas y sus suaves pétalos, de primorosos colores, exhalando su fresca fragancia sin marchitarse jamás.

Animales de todas las especies habitan el lugar sin destruir nada; animales que no envejecen, que pastan, reposan o juegan entre sí, gozando de las delicias del edén.

Pájaros... pájaros de todas las formas, variedades y colores, abundan por allí, sin morir nunca. Pájaros enseñados, que vuelan de una planta a otra, alegres y contentos, cantando y trinando con singular energía, llenan el ambiente de tiernas y cálidas añoranzas.

Pero lo que más llama la atención en ese mundo de maravillas, son los pajarillos guardianes. De color azul con un signo blanco en el pechito, ellos son los únicos que pueden anidar en las cornisas del castillo; los únicos que conocen todos los rincones del suntuoso edificio, y los únicos, también,

encargados de cuidar que nadie maltrate cuanto la Naturaleza ha expuesto allí para delicia y placer de sus moradores.

Los pajarillos azules tienen aún otra misión: la de ir en busca de aquellos niños que se han portado bien. Como están dotados de mucha inteligencia, conocen en seguida cuáles son los buenos; entonces, apareciendo ante sus ojos, cantan, y es su gorjeo tan tierno y dulce que los maravilla. Luego les hablan al oído y les dicen que por la noche volverán a buscarlos.

Y así acontece... Y cuando los niños se entregan al reposo, se les aparecen nuevamente en sueños.

Una noche, uno de los pajarillos acudió junto al lecho de un niño a quien tenía que premiar; le prestó dos alitas que había llevado consigo del palacio y juntos volaron al Edén.

—¡Oh! ¡Cuántas maravillas! —exclamaba extasiado el niño, a medida que se acercaban por entre los prados—. ¡Qué preciosas flores! ¡Cuántas mariposas! Y el castillo... ¡Oh! ¡Qué divino! ¡Todo de cristal!...

Los reflejos de la luna, sonriente y tranquila, daban al Edén una luz pálida, celeste plateado.

Llegaron ya a la región dorada de los niños príncipes, deleite insustituible de los primeros años de existencia.

Próximos al castillo, una bandada de pajarillos azules los saludó cantando, y continuó su vuelo.

—¿A dónde van? —preguntó tímidamente el niño.

—Van en busca de otros pequeños que, como tú, se han portado bien. Cada uno de nosotros tiene a su cuidado un niño y es su fiel compañero.

Al verlos llegar se asomaron a la puerta del palacio muchos pajarillos azules y muchos niños que golpeaban las manitas jubilosamente y reían llenos de contento por tener otro hermanito entre ellos. Allí reconoció Ninín —que así se llamaba el niño de este cuento— a algunos de sus amiguitos, aquellos que se habían portado bien como él. ¡Qué alegría jugar juntos en lugares tan lindos!

Un cisne, muy elegante y vistoso, los invitó a pasar a un gran salón. Había en él un gran escenario donde aparecían paisajes hermosísimos.

—¿Ves? —le dijo el cisne a Ninín, al cabo de un rato—. Todo esto representa la Sabiduría; es un conjunto de conocimientos que explica cada una de las cosas que existen en el Edén y en el Universo. Pero ya tienes que volver, porque la hora ha llegado en que acaba tu permiso para estar aquí. Si quieres conocer y poseer muchos tesoros espirituales, pórtate bien. En esa forma seguirás viniendo, y cada vez estarás aquí un poquito más, hasta que podrás permanecer siempre, si lo quieres.

—Gracias, cisne —dijo el niño, y partió con su pajarillo.

A su lado, muchos otros niños, acompañados de sus respectivos pajarillos azules, volaban en dirección a sus casas, dichosos de haber realizado ese viaje y proponiéndose repetirlo muchas veces.

Al día siguiente se supo que todos los niños que se habían portado bien soñaron con los pajarillos azules y fueron al Edén de los niños de Dios.

LOS DOS EJEMPLOS

Los hechos se repiten en el curso de los siglos para alumbrar el entendimiento de los hombres. Por eso, lo mismo da ubicar las imágenes de nuestro relato en una u otra época.

Cierta vez, un hombre muy estimado por todos, cuya nobleza de espíritu y pureza de sentimientos nadie desconocía, brindó hospitalidad a un ser desvalido que, desorientado y sin fuerzas para proseguir su marcha por el mundo, se acercó a sus puertas en busca de amparo.

Con gran solicitud lo atendió aquel hombre ejemplar, hasta reintegrar en el peregrino la confianza en sus propios recursos. Lo hizo participar en trabajos sanos y lo ayudó en todo sentido para que llegase a ser un hombre de bien. Durante un tiempo su comportamiento fue bueno, mereciendo la confianza y la estima de su benefactor, a tal punto que éste le brindó su amistad, dándole a entender con ello que lo tenía en buen concepto. Así transcurrieron los días.

El hombre de nuestro relato, cuyas grandes condiciones y cualidades eran, como dijimos, apreciadas en alto grado por todos, tenía muchas ocupaciones y un buen número de amigos a quienes atender. No obstante sus quehaceres, jamás dejaba de observar la conducta de su protegido, al que había hecho ingresar en el núcleo de sus amistades. Así es como le vio asumiendo posturas inconvenientes, y ostentando una vanidad y una intolerancia para con los demás que le decidieron a reconvenirle y aconsejarle un comportamiento mejor.

Poco a poco, la vida de este ser ingrato fue tornándose agitada y frívola. Gastaba más de lo que percibía; le seducía la adulación; la figuración y el lujo eran su obsesión. Esto hizo que buscara otras compañías más afines con sus tendencias.

A medida que el tiempo iba pasando, su alejamiento del buen amigo hacía visible. Ya no le necesitaba y, según lo manifestara, podía prescindir de él. Hasta tuvo no muy buenos recuerdos de quien tanto bien había recibido, y, olvidando que todos conocían su historia, pretendió aparecer como su imaginación lo dibujaba. Pero su deslealtad y su baja condición, le acarrearón el máximo repudio de quienes le rodeaban.

Cuando el honorable y paciente protector se enteró de su conducta lo mandó llamar, encomendando al que había de llevar el mensaje, le expresara que lo invitaba a estrecharle la mano por última vez, pues conocía su decisión de abandonar muy en breve el círculo de sus amigos y alejarse para siempre de él. Le aseguraba también, que nada le reprocharía, puesto que ya no había objeto, y sólo quería expresarle su último adiós.

Pese a tan noble manifestación, el mal amigo, alegando mil excusas, no acudió a celebrar aquella última entrevista.

He aquí dos ejemplos que caracterizan dos conductas.

EL MONO Y EL LEÓN

Una vez fue un Mono a visitar al León, por encargo de su tutor, el sabio Orangután del bosque. Este le había dicho:

—Anda y ve al León, y trata de conquistarlo para que te muestre su vivienda y sus poderes.

El León, consabido rey de las selvas, respetado y distinguido entre todos los habitantes de su reino por su gran corazón y su fuerza inigualable, avisado de los deseos del Mono, accedió gustoso a la entrevista. Enviando a uno de sus cachorros, éste le preguntó:

—¿Vienes a ver a nuestro señor, el León?

—Será tu señor, pero no el mío —respondióle el Mono—. Yo vengo a verle de igual a igual porque, de todos modos, los dos somos animales.

Al escuchar el León el parte del ingenuo simio, lo hizo pasar a su presencia.

—¿Cómo te va, amigo León? —le dijo el Mono acercándose en actitud risueña y desprevenida.

—¿Qué es lo que quieres? —le inquirió, a su vez, el León, sacudiendo su majestuosa melena.

—Vengo a visitarte y a conversar amigablemente contigo; además, traigo el encargo de saludarte en nombre de mi señor, el sabio Orangután.

La fingida mímica del Mono causó cierta gracia al León y, dispuesto a distraerse un rato con el probable susto del simio, lo interpeló ceñudamente.

—¿Cómo te atreves a venir hasta aquí invocando el nombre de tu señor? ¿Ignoras que yo sé que es él quien me tira las piedras y esconde las manos? Seguramente él cree que no lo veo, porque callo y me hago el distraído; pero ignora que cuando yo abra mi boca caerá del árbol al cual se ha subido y donde espera, en su inocencia, hallar seguro escondrijo.

—Mira, León —le contestó con falsedad el Mono—; considero que estás prejuzgando. Él desearía sinceramente ser tu amigo. Créeme que es cierto cuanto te digo.

—No lo dudo; sé muy bien que quiere ser mi amigo. Por esta causa vete y dile que yo soy el rey y señor de toda la selva; ¡que lo digo y lo sostengo frente a cualquier animal!... De manera que si él pregona lo mismo, que lo haga como yo, y, sobre todo, ¡frente a mí!

Como el León notara que el Mono comenzaba a temblar, le advirtió que le convenía llevar sin demora al Orangután el resultado de la entrevista.

El Mono se fue pensando: «Si el sabio Orangután es tan sabio y poderoso como dice, ¿por qué no habrá venido él mismo a discutir con el León?».

* * *

Esto es lo que hacen los que maquinan intencionadamente las situaciones que crean, e incapaces de afrontarlas por sí mismos, se valen de terceros para ensayar sus arriesgados cometidos.

ENTRE REJAS

En una celda oscura, tenuemente iluminada por la débil luz que penetra a través de una ventana cuadrangular, protegida por fuertes barrotes, se halla Pedro sentado en un viejo jergón, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Ha llorado mucho...

Discretamente extraigo del bolsillo un manto invisible y, cubriéndome con él, entro silenciosamente en la celda.

Nadie me ha visto. Ni aun el preso sospecha mi presencia.

—¡Catorce años!... ¡Qué horror! ¡Qué suplicio terrible, Dios mío!

Es Pedro que habla consigo mismo; con su propia conciencia. Y mientras lo hace, entrecortan sus frases explosiones de llanto que en vano se esfuerza en contener.

—¡Por qué habré hecho eso, Dios mío! ¡Qué será de mi pobre esposa! ¡Tan buena, tan sufrida y que tanto se esforzó porque desechara ese pensamiento! ¡Cuántas veces me aconsejó e imploró que no agravara más la situación cometiendo un disparate! ¡Ella, que llegó a ofrecerme cualquier sacrificio con tal de salvarme!... Confieso que fue el único refugio donde mi alma atormentada encontró siempre un instante de paz. ¿Y esas cabecitas inocentes que bañé de lágrimas mil veces, cuando mayor era mi desesperación?... ¡Periquito de mi alma! ¡Lucía, Pablito! ¡Hijos míos! ¡Ya no podré besarlos por la noche, como cuando decían sus oraciones!...

Ocultando entre las manos el rostro contraído en un gesto de indecible angustia, allí está Pedro, solo con su dolor y sus pensamientos.

Suave y tenue, como envuelta en la leve brisa que se filtra por la ventana, el reo oye una voz, quizá la de su propia conciencia, que le responde con estas conmovedoras palabras:

—No llores, Pedro; no podrá tu llanto remediar un ápice la enormidad de lo que has hecho. Has tronchado dos vidas: la tuya, que ya ningún aliciente puede tener, obligado a permanecer aquí, aislado entre los sombríos muros del presidio, y la de tu amigo, que destruiste en plena vida. Has manchado tu nombre y el de tus hijos. Estarás condenado, más que al suplicio de un encierro, a la tortura constante de tus propios pensamientos, que aprovecharan tu sueño para sumirte en espantosas pesadillas. ¡Pedro! ¡Pedro! ¡Qué has hecho! Tan sólo recuerdas a tu pobre esposa y a tus hijos, a quienes ya no podrás ver sin sentir las torturas de un remordimiento enloquecedor... ¿Y Lucas? Allá está, sepultado bajo una fría losa. De su herida mortal manó mucha sangre: la sangre de una vida joven y valiente. ¿Podrás borrar de tu mente y de tu conciencia aquella mirada de supremo reproche, lacerante y aguda, que te dirigió cuando, sintiéndose desfallecer, te llamó cobarde y asesino? ¿No se te presenta, acaso, con obstinado empeño, la imagen de ese momento en que, levantando tu mano victimaria, lo heriste mortalmente sin darle tiempo a que se defendiera frente a tu traicionera agresión? Allá está, sumida también en el mayor de los desconsuelos, su entristecida esposa y sus tiernos hijos. ¡Huérfanos!... Jamás sus ojos de niños volverán a ver al padre que les dio la vida ni podrán, en su mocedad, recibir sus consejos y ser protegidos en esa edad tan difícil de la existencia. ¡Dos hogares destruidos! ¡Dos familias desoladas! Niños que con su inocencia hacen más crudo aún el dolor cuando nombran a sus padres y preguntan por qué no vuelven... Y todo, ¿por qué? Por no haber pensado en ello cuando te sentías quizá con derecho a matar al que fuera tu amigo, con quien un día te disgustaste creyéndote dueño de injurarlo y ofenderlo. Todo por no haber sabido refrenar tus

ímpetus y contener tu ofuscación en el momento en que te lanzabas violentamente sobre él, al que ultimaste sin que tu mano homicida fuese detenida por el menor sentimiento de piedad, aun para contigo mismo.

La voz que así habla, es interrumpida de improviso por el acento lastimero de Pedro, que dice:

—¡Calla, calla!... Siento que se desgarran mi corazón. Prefiero, te juro, dejar de existir, antes que vivir un solo día escuchando tus acusaciones... Déjame solo; quiero expiar mis faltas recogido dentro de mí mismo.

—¡No! Eso es imposible, Pedro. Yo soy la voz del recuerdo y no puedo apartarme ni un momento de ti. Soy implacable y no me enternecerán tus súplicas. Seré tu verdugo mientras vivas y no permitiré que olvides tu crimen ni cuando duermas. Eres un asesino; ¡un desalmado!...

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ten piedad de este pobre miserable que te implora! ¡No me desampares en este calvario!...

En ese instante, cuán vívidas aparecen en la mente del reo aquellas palabras del Dante, al expresar el martirio de uno de los condenados: «No quedé muerto ni vivo: piensa por ti, si tienes alguna imaginación, lo que me sucedería viéndome así privado de la vida sin estar muerto», las cuales también podrían traducirse: Siento que la muerte me consume y, pensando que vivo, no acabo nunca de morir.

Acongojado ante semejante escena, me inclino para acariciar, más con el pensamiento que con mis manos, la cabeza de Pedro, a quien dejo presa del más cruel de los tormentos. Enseguida acudo al hogar de Lucas. Allí está Irma, la inocente esposa, sumida en su desgracia, oprimiendo contra el pecho a dos criaturas que, sin comprender la tragedia, dicen:

—Madre, no llores. Nos vamos a portar bien.

—¡Qué harás, mujer, tronchada tu felicidad y perseguida por pensamientos que te torturarán sin piedad!... Aquella vida que forjaste en tus ensueños de niña, aquella visión de novia que vestía de encanto tus días, haciendo que ignoraras las miserias del mundo, la ceguera del hombre y los crudos reveses de la vida, todo, todo, pasará por tu mente una y

mil veces, hoy que nada te queda, para que sea más dura tu prueba y más insufrible tu dolor.

Esta voz, que así habla, es la misma que escuchara Pedro y que escuchará muchas veces en sus horas de martirio.

También Elvira oye, en su pesar, el eco de esa voz. También ella tuvo sus sueños y sus ilusiones, mas el zarpazo brutal que le arrancara al esposo amado, ha dejado hondas huellas en su alma y en su rostro. ¿Puede existir algo que llene vacío tan grande? ¿Puede haber algo que repare pérdida semejante?

Vuelve la voz misteriosa a hacer escuchar su acento, para contestar al supremo interrogante:

—No puede el tiempo volver atrás, ni lo que dejó de ser volver a recobrar su sitio y existir como antes fue; pero sí puede un dolor grande ser disminuido hasta hacerlo soportable, y ese vacío ser llenado si iluminas tu ser en el conocimiento de las altas verdades que consolarán tu alma y te ayudarán a sobrellevar las luchas y a comprender cosas que muy seguro te harán pensar más sensatamente. Desentraña de tu alma los pensamientos que hicieron de ti un ser inconsciente y busca la huella perdida que llevará tus pasos hacia la luz. Todo cuanto aprendas y conozcas; todo cuanto sientas que es verdad, te preservará de las punzantes agujas del sufrimiento.

¡Almas en dolor! Sólo a través del conocimiento del porqué de las desgracias que os afligen, conoceréis cómo es posible acercarse en espíritu y pensamiento a los seres queridos que se alejaron. En la vida y en la muerte sólo existe una verdad que justifica lo inexplicable o lo que el hombre conceptúa incomprendible e irreparable: ella es la existencia misma, que aunque se crea extinguida, vive y sobrevive siempre por encima y a través de todo.

¡Almas que sufrís! Volved los ojos y mirad cuán hermosa es la vida cuando se enriquece con esa fortuna inagotable que toda inteligencia puede hacer disfrutar al ser mientras lo aleja de los crudos tormentos de la miseria moral. Miseria que refleja la ausencia casi absoluta de conocimiento, causa por la cual las personas no pueden acrecentar sus valores y labrar posiciones, pues les falta lo principal: ese oro impalpable, pero

de gran mérito, que es la luz del conocimiento, mediante cuya posesión se pueden realizar estupendos prodigios.

* * *

Este relato pinta una de las tantas tragedias que vive el alma humana, debido a lo mucho que aún le falta para comprender y para valorar la felicidad que representa vivir libre de todos los cercos que la inexperiencia, las ligerezas del carácter, los arranques del orgullo y la intolerancia crean alrededor del hombre, estrechándolo cada vez más, hasta ahogarlo en esa atmósfera irrespirable y preñada de siniestros designios que suele aparecer cuando la mente se ofusca y se anula, y el ánimo y la voluntad son llevados a consumir acciones como la descripta.

Vivir; he ahí la gran palabra. Vivir y ser dueño siempre de la vida; he ahí otra gran palabra. Vivir para ver siempre, para sentir siempre y amparar a quienes están bajo nuestro cuidado; vivir una vida amplia e intensa, iluminando el alma con los grandes caudales de conocimiento que generosamente nos ofrece la Sabiduría Universal. He ahí el gran desiderátum.

LAS TRES OBRAS

Queriendo una vez un famoso gobernante
hacer una obra que deslumbrara por su ingenio,
buscó por mil partes el concurso de los genios
y así que llegaron a él, les dijo en tono apremiante:
—Deseo hacer algo grande que envidie el semejante.
Y en eso estaban cuando a poco tiempo de la historia
aparece el primero con un gran proyecto.
Violo el gobernante: —A fe que es esto —dijo—
lo que haría de mi saber válida gloria
empleando a fondo los recursos del Estado, en plena
[trayectoria.
Tiempo después llegó el segundo, y al mirar lo que se
[hacía,
advirtió al soberano que la obra era un molde anticuado,
porque muchos, antes que él, la habían intentado.
—Aquí traigo —le dijo— un proyecto que todo tocaría
[y movería,
pues lo que conviene es mudar lo que existe por nueva
[mercancía.
Aceptado que fuera este otro planeamiento
comenzó la picota a dar sin piedad por todas partes,
y así fueron cayendo en el vil escombro
las ideas, las letras y las artes,
como cosas sin valor en este advenimiento
en que todo era hecho más bien para el momento.
Así las cosas, un día el soberano topó con el tercero,
a quien una obra habíale encomendado.

Y al inquirirle por qué se había demorado,
el genio respondióle, con plena calma y en tono muy
[certero:
—En lo eterno esculpo sin apuro mi obra por entero.

* * *

Saque ciencia el lector de esta enseñanza
y perciba en qué reside, satisfecho
de la historia, el valor de cada hecho,
pues sólo acude a la memoria de los hombres, sin
[tardanza,
lo que el hombre hizo de bien por el bien mismo y sin
[mudanza.

EL JUEGO DE LA MANCHA

La mancha es un juego que en casi todos los países se ha venido practicando como uno de los preferidos de los niños. En las escuelas, en los hogares y en la calle, la mancha ha sido el favorito entre todos sus juegos. Sin embargo, no se tienen noticias de que alguien haya intentado explicar su origen.

En el antiguo Egipto ese juego era practicado de una manera curiosa. También los aztecas y los mayas lo conocían, y hasta llegaron a llamarlo «el culto de la mancha».

Consistía éste en una serie de interpretaciones que daban a ciertos movimientos de las manos, probándose a la vez con él, la destreza mental y física de los jugadores.

Reunidos una cantidad de jóvenes, generalmente educados en el conocimiento de la Naturaleza, el jefe los dividía en dos bandos, iguales en número; a unos, hacía que untaran sus manos con una pintura de color rojo vivo, semejante al minio; a los otros, que hicieran lo mismo con una pintura azul, de un tono parecido al que se usa en el lavado de ropas.

Puestos en guardia, con el torso desnudo, el jefe tocaba ligeramente a uno, y éste iniciaba la persecución de los contrarios hasta estampar su mano en alguna parte del rostro o del torso de cualquiera de ellos. El manchado, si era azul, corría hacia los compañeros del rojo, hasta que lograba manchar a alguno.

Al finalizar la brega, el jefe contaba las manchas que

cada uno tenía y los sitios en que éstas aparecían, siendo descalificados aquellos que mayor número de manchas tenían en la cara o en el pecho.

Había algunos, muy escasos por cierto, que se presentaban sin ninguna mancha. A éstos les eran dados premios y se les anotaba como campeones del juego. Otros, en cambio, aparecían pintarrajeados por todas partes, sacando, en consecuencia, los más bajos puntos.

La moraleja de este juego se desprendía de las palabras que luego les dirigía el instructor, cuando, llamándolos a todos, les decía que igual cosa podía sucederles en la vida, si no usaban de la misma actividad y destreza para evitar ser alcanzados por las manos del vicio y del mal, señalando a la mente y al corazón como los blancos más expuestos a la acción de los pensamientos y sentimientos, de los cuales el hombre debía cuidarse mucho, seleccionando unos y ennoblecando los otros.

Las generaciones modernas y contemporáneas jamás han jugado a la mancha como queda descrito, pues les ha bastado con tocar al contrario, quien corría luego tras de los otros, pero sin ninguna comprensión acerca de la enseñanza del juego.

PYKA Y RUTJA

Estaban discutiendo Pyka y Rutja sobre la conveniencia de hallar un medio para no trabajar y, al fin, llegados a un acuerdo, juraron no trabajar más; pero, ¡oh, desgracia!, al levantarse de donde estaban sentados, Pyka se enganchó la parte posterior del pantalón y se hizo una enorme rotura.

—Tendré que coserlo —dijo con pesar a su compañero.

Mas como Rutja le recordara lo convenido, comenzaron a discutir nuevamente hasta que, agotados los recursos, se tomaron a golpes, saliendo Rutja de la contienda con la casaca rota. Luego se separaron y, cada cual, tomando aguja e hilo, comenzó a coser su ropa.

Cuando Pyka terminó, se dijo desperezándose: «¿No le decía yo a Rutja que era imposible estar sin trabajar?».

Rutja, por su parte, meditaba: «¿Quién me manda a mí discutir y hacer pactos con un holgazán, cuando al fin y al cabo no está demás que ocupemos el tiempo en algo?...».

* * *

He aquí las reflexiones que hacen siempre los que fracasan en sus intentos, cuando una circunstancia cualquiera los apremia imponiéndoles hacer lo contrario.

LA LECHUZA

Una noche estaba una lechuza parada sobre un poste, y en el momento en que levantaba vuelo lanzando un fuerte chirrido, acertó a pasar por allí un supersticioso.

—¡Ah, diablo! —gritó el fanático—. Seguro que algo va a acontecer.

Al oír esto volvióse la lechuza y respondióle:

—¿Conque achacas a mí lo que pueda ocurrirte? Vuelve a tu casa en lugar de andar a estas horas por aquí.

—¡Calla y vete, ave fatídica, que siempre anuncias males!

—Y si así fuera, ¿por qué no haces lo que te digo?

—¡Cállate! —maldijo el supersticioso dejando escapar algunos improperios, al tiempo que se dirigía a casa de unos amigos que le esperaban para divertirse.

Cuando regresó al hogar, le anunciaron que su hijo estaba muy enfermo. Desesperado, sólo pensó en el ave que le había seguido. No atinaba a dar un paso, fijos los ojos en la lechuza que revoloteaba en su mente, cuando de pronto alguien le dijo:

—Tu hijo te llama —y tomándole del brazo lo llevó junto al lecho del niño.

—¡Padre! —balbuceó éste con frases entrecortadas— cuando me sentí mal, pedí a Dios que te trajera a mi lado. Luego quedé dormido y tuve un sueño: vi venir hacia mí un ave que, acariciándome con sus alas, me dijo: «Avisaré a tu

padre, no llores». Y se alejó cantando. Yo la seguí con la mirada y cuánta alegría tuve cuando vi que te encontró. No percibí lo que te dijo, mas me entristeció oír que la maldecías; luego, al verte seguir otro camino, pensé que no vendrías. Cuando quise llamarte desperté; casi no veía, tan mal me encontraba.

—¡Hijo! Es verdad, es verdad —gritó el padre entre sollozos, abrazándolo—. Es real, tú me has visto. La lechuza me trajo el aviso, pero yo no quise escuchar; he sido un necio.

De pronto un grito agudo hizo estremecer el cuerpo del niño y aterró los oídos del padre. El ave había lanzado al aire su temible chirrido.

Desde ese momento el enfermo comenzó a mejorar.

* * *

He aquí una enseñanza para aquellos que muchas veces maldicen lo que puede ser una advertencia de algo que es posible evitar, o un anuncio para prevenir lo que va a acontecer.

El hombre siempre busca excusar sus faltas o yerros atribuyendo a todo, menos a su conducta, las consecuencias lamentables de sus acciones.

EL MAYORDOMO INGRATO

Érase un señor de buena cuna, inteligente y generoso, dueño de un gran palacio. Contaba con muchos amigos y se le quería y estimaba en toda la comarca.

Entre los que acudían asiduamente a su magnífica morada, había un cortesano que, a juzgar por la apariencia, se diría que figuraba entre los más allegados al señor. No perdía ocasión de alabarlo y hacerle frecuentes demostraciones de admiración y respeto. Era tal la reiterada solicitud de sus ofrecimientos, que el buen señor decidió un día tomarlo a su servicio. Nombrólo mayordomo, mas, sin saberlo el cortesano, requirió la colaboración de un buen amigo para vigilar los pensamientos del flamante servidor. Por ese medio, el dueño del palacio comprobó, poco después, que el mentado mayordomo observaba una conducta hipócrita: en su presencia, deshacía en cumplidos y alabanzas, empero, a sus espaldas, llenaba de injustas prevenciones las mentes palaciegas. En pos de este camino, no tardó en hacer correr sutiles dudas con respecto al peculio del señor, insinuando que sus riquezas fueron mal habidas.

El noble amo, fastidiado ya por la impostura del criado, un buen día hizole venir a su presencia.

—Dime —le preguntó—, ¿qué cargo desempeñas tú en mi palacio?

—Mayordomo, señor —respondió el infiel.

—¿Y en cuánto he rentado tus servicios, desde que estás aquí?

Presintiendo que estas últimas palabras encerraban alguna amenaza, tornando ahora humilde el tono de su voz, el interpelado contestó:

—Lo que habíamos convenido y yo merecía.

—¡Ah! ¡Muy bien! —exclamó el dueño de casa—. Cuando te tomé a mi servicio no fue porque te necesitara; demasiada servidumbre de confianza poseía. Tus instancias reiteradas movieronme a aceptarte y, según lo convenido, cumplirías honestamente los deberes inherentes a un mayordomo fiel. ¿Y sabes tú lo que has hecho? Pues, comportarte como un bellaco. Por eso te despido ahora mismo. ¡Vete!... ¡Vete lejos de mi vista!

Como intentara argumentar que se estaba cometiendo una injusticia y que su conducta era intachable, llamó el señor a cuantos habían sido testigos de sus intrigas, quienes le acusaron repitiendo sus mismas palabras, que finalmente no pudo negar.

Inflamado por el odio, marchóse amenazando desacreditar al buen señor para hacerle perder su prestigio, recalcando con gran énfasis:

—¡Yo tengo más ascendientes entre sus amigos y estoy mejor conceptuado que él!

Para cumplir su propósito, comenzó a golpear de puerta en puerta visitando a los que había conocido en el palacio; pero en todas partes, a sus primeras palabras, se le respondía:

—¡Fuera de aquí, miserable! ¿Es así cómo agradeces todo el bien que has recibido? ¡Lárgate! Tu sola presencia inspira desprecio y prevención.

Todas las puertas se le fueron cerrando con violencia y, apaleado justicieramente, llegó a su propia casa vociferando como loco, en una ebullición instintiva que lo retorció en la impotencia.

* * *

Así es como terminan, por lo general, los que ocupan su tiempo engañando al semejante. Al final hallan quien los descubre y los muestra a los demás tales como son.

EL HOMBRE Y LAS PIEDRAS

Hace mucho tiempo, existió un hombre que predicaba el bien y enseñaba cosas muy útiles. Pero entre lo mucho y grande que solía decir, interponía a veces uno que otro lamento por carecer de recursos para construir un templo que cobijase a cuantos escuchaban sus oportunas y magníficas predicaciones.

Poco después, algunas de sus admoniciones comenzaron a promover agitaciones reaccionarias en las mentes de ciertos fanáticos sectarios, quienes comenzaron a arrojarle piedras con creciente intensidad.

¡Benditas sean estas piedras —exclamó el buen hombre—, porque ellas me permitirán ahora construir el edificio!

* * *

Se desprende de la fábula que un mismo objeto, conforme al uso que de él se haga, a unos sirve para el bien y a otros, para el mal.

LAS LAGARTIJAS

La anécdota siguiente, de enseñanza valiosa y profunda, motivo por el cual juzgamos oportuno darla a conocer, nos fue referida en amable tertulia por uno de sus protagonistas.

«Ubicado en el primer asiento —dijo el narrador—, recorría en ómnibus una provincia argentina, cuando de improviso, una enorme boa comenzó a cruzar el camino polvoriento. El conductor detuvo el vehículo, la dejó pasar y prosiguió la marcha.

»Como investigador de la Naturaleza, y pese a que no me era extraño el significado de ese hecho, pregunté al chofer por qué se abstuvo de arrollarla. Me contestó:

»—A esta clase de víboras no se las mata porque benefician la agricultura. Es una lampalagua.

»La actitud del conductor, simpática y cordial, me estimuló a proseguir el diálogo. Entre otras cosas, recuerdo que le dije:

»—A los animales se les respeta la vida cuando hacen el bien, aunque se trate de reptiles. Con los seres humanos ocurre otro tanto: unos dañan y matan, y para ellos se han hecho las cárceles; otros sacrifican sus vidas por el bien de los demás, y por eso se los respeta y se los quiere; están, finalmente, los que no hacen ni bien ni mal..

»—¡Esos son como las lagartijas! —interrumpió, oportuno, mi interlocutor.

»—¡Muy buena observación, amigo! Poco interesa la vida o la muerte de quienes, sumidos en la indiferencia, no hacen ni bien ni mal, pues jamás son tenidos en cuenta.

»Y pensé en la gran cantidad de seres indiferentes que, por el solo hecho de no hacer mal, se consideran acreedores a las prerrogativas que son otorgadas, solamente, a quienes llevan a cabo acciones nobles y generosas. Pero la verdad es que, al no realizar el bien como corresponde al concepto que él entraña, sus vidas pasan inadvertidas y, como con las lagartijas, nadie se toma por ellas el menor interés».

EL VIEJO TESTAMENTO

Hallábase Jehová ordenando una cantidad de letras, con las cuales pensaba enseñar a los hombres la senda del saber y explicarles cómo había formado el Universo. Estos, empero, se pusieron a discutir, alegando cada uno conocer algo acerca de la Creación.

Viendo el Padre Eterno semejante necedad, puesto que en vez de prestar atención a lo que Él estaba haciendo perdían el tiempo en discusiones, tomó las letras con las que había compuesto ya muchas frases, las entreveró y se fue.

Los hombres tuvieron luego que rehacer, con gran paciencia, esas mismas frases; y de allí surgió el Viejo Testamento.

ORIGEN DEL CARNAVAL

Muchas veces se ha preguntado la gente cuál es el verdadero origen del Carnaval. Algunos han opinado que proviene de la imitación de ceremonias religiosas que se hacían en la antigüedad. Por otra parte, la misma caracterización de los actores que aparecían en los primeros escenarios teatrales, parecería inducir a pensar que de allí nace la idea de generalizar las caracterizaciones en un determinado día. Nosotros conocemos una leyenda que, por lo sugestiva y oportuna, vamos a narrarla.

Había una vez un famoso rey, miembro de una de las más poderosas dinastías de Egipto, a quien preocupaba en especial modo cuanto concernía a la psicología de sus súbditos. Rodeado de una corte de sabios, mantenía con ellos constantes conversaciones relacionadas con los problemas de su pueblo, al que ansiaba colocar por encima de lo común.

Hallábanse un día tratando estos temas, cuando uno de los sabios manifestó que, pese al empeño de ellos por ilustrar a las gentes sobre la necesidad de perfeccionar cada día sus conocimientos y su moral, no habían encontrado aún manifestaciones que indicaran con evidencia que, en verdad, se estaba realizando un proceso de superación en los habitantes de esa tierra oriental, e inquirió, entonces, en qué forma podría llegar a conocerse el sentir interno de cada uno, o los pensamientos que albergaban en sus mentes.

Luego de breves momentos de meditación, el rey contestó:

—Haremos un ensayo: decretaremos una semana de libertad absoluta para que todos se disfracen de lo que más ansían ser. Les proporcionaremos trajes que caractericen los deseos que en particular puedan tener, a fin de que elijan el de su exclusiva predilección.

Desde el tocado del rey hasta el más mísero harapo fueron puestos en exhibición para que cada cual escogiese el suyo. Se expusieron trajes hasta de seres inmateriales; aquellos con que se vestían los ángeles, los santos o los semidioses. Se confeccionaron, en fin, sin exceptuar ninguno, todos los vestidos que pudieran representar un personaje. Luego, en la proclama, que fue colocada en los sitios más visibles, se anunció que el rey, acompañado de su corte, presenciara, como acto final, el desfile de todos los enmascarados.

Y viene aquí lo más curioso y sugestivo de la leyenda: el rey pudo conocer, a través de los trajes que vestían, las aspiraciones íntimas de sus súbditos, y observar, con gran sorpresa, que la mayoría había elegido el de diablo.

Es interesante advertir cómo en cada una de las épocas por que atraviesa la humanidad, incluyendo a todos los pueblos dentro de ellas, parecería que se reprodujera esa misma aspiración.

En tiempos pasados se decía que el diablo era el rey del infierno, que tenía poderes sobrenaturales, etc., gozando, por tal causa, de gran prestigio entre esa enorme masa de seres ignorantes que creía en los artificios de su magia o en los maleficios de su poder vengador. Por lo general, se le representó como dotado de extraordinaria habilidad para seducir las almas y someterlas exclusivamente a su voluntad o, mejor aún, a sus designios siniestros. Como también se decía que mandaba legiones de diablillos y que tenía medios para producir encantamientos y trocar las cosas imposibles en posibles, no es extraño que tantos aspiraran a ser diablos.

Pero la leyenda no terminó aún. Cuando el rey vio a todos esos diablos armados con sus tridentes, hizo preparar una enorme hoguera y los intimó a que bailaran sobre las brasas,

como lo hacía el propio diablo. Tal invitación produjo el desbande; las capas rojas desaparecieron como por encanto.

* * *

La moraleja que surge del relato es toda una enseñanza. La fuerza de atracción que tienen para el hombre los hechos espectaculares, producto de sueños quiméricos o, más claro aún, de sueños que acaricia respecto a bruscas transformaciones de su ser como protagonista de sucesos deslumbrantes, no le permiten pensar con sensatez que en cada posición que aspire lograr, debe existir una razón que, a su vez, le permita mantenerla, y esa razón es saber ser lo que se quiere ser. Lo que menos piensa es que más le valdría ser consciente de lo que sabe, para dejar de ser un inconsciente instrumento de su imaginación.

EL DRAMA DE XYRAOM

Descendió Xyraom del monte Utal y, conmovido al contemplar las miserias del mundo y el estado lamentable de los hombres, a quienes tomó por sombras humanas, resolvió ayudarlos, vitalizándoles el cuerpo, purificándoles la mente y reanimándoles el espíritu.

Así que esto hizo con unos y con otros, se acercó un día a un grupo de ellos para escuchar lo que hablaban.

Grande fue su decepción. No fueron, por cierto, las que oyó, palabras de gratitud hacia aquel que tanto bien les había hecho.

La calumnia tomaba cuerpo en las mentes de esos desdichados. «Es un impostor», decían algunos. «Nos ha engañado», añadían otros.

Y esos seres, cadáveres psicológicos que fueron vueltos a la vida, resucitados por la misericordia de Xyraom, tramaban para quitarle la suya.

—¡Hombres de mala fe!... —exclamó el poderoso Xyraom—. ¡Os saqué de la ignorancia muerta que carcomía vuestras entrañas; eliminé la pestilencia que hacía repugnantes vuestras presencias corrompidas; os di nueva vida y llené de perfumes vuestra existencia! —Y sentenciando, agregó—: Preferís, ¡desventurados!, la podredumbre en que vivíais, revolcándoos nuevamente en el fango infeccioso de las bajas pasiones. ¡Sea!...

Y otra vez debieron palpar las úlceras de sus estigmas y habituarse a sufrir esa agonía fatal que, sin terminar la existencia, priva de la vida que se ansió quitar a los demás.

Y Xyraom fuese al monte y dijo:

—¡Señor! ¡Señor! ¡Cuánta miseria hay en el mundo y cuán miserables son los hombres!...

Y el Señor respondió:

—Vuelve y despierta a las almas buenas que aun duermen. Consuélalas y dales la palabra del entendimiento. Ellas volverán a la vida y regenerarán a la humanidad con sólo obedecer las leyes que señalan su evolución y ayudarse unas a otras en la sublime tarea de lograr la más alta realización humana sobre la tierra. Cuando tal cosa sea hecha, no habrá más miseria ni miserables en el mundo, y la ingratitud, que es el peor de los estigmas, desaparecerá de la conciencia humana junto con los que se identificaron con ella.

EL CACHORRO JACTANCIOSO

En rueda de insignificantes bestias, cierta vez hallábase un cachorro de León haciendo alarde de su fuerza y del poder de sus garras. No era, en verdad, la primera vez que lo hacía; pero en ésta, su osadía a tal punto había subido, que acabó por proclamarse más valiente y más fuerte que el León.

Desde su trono forestal, alcanzó a escuchar el padre las palabras jactanciosas de su hijuelo y, meneando su escultórica melena, se dispuso a corregirlo con una soberbia lección. Reunió en consejo a Búfalos, Panteras, Jabalíes y otros súbditos del imponente reino de las primitivas selvas tropicales, y, luego de informar sobre el motivo de aquella reunión, ordenó el monarca soberano:

—En la primera que se os ofrezca, quedáis autorizados para dar a mi cachorro un susto colosal.

No pasó mucho sin que la prueba se hiciese efectiva. Así fue como el cortejo que habitualmente rodeaba al cachorro de León, vio, con mudo asombro, que su «terrible capitán» huía despavorido y con saltos jamás vistos, de las atemorizadoras fieras adictas al rey. Con la cola entre las patas y veloz como saeta, el pequeño se arrojó bajo el pecho protector del majestuoso monarca, implorándole con lástima conmovedora:

—Padre... ¡defiéndeme! ¡Te ruego!

* * *

Otro tanto suele acontecer a los que ingratamente desestiman a quien deben lo que son, pero que en trance de perder sus bienes o sus vidas, acuden con rara presteza en demanda de aquel que otras veces los libró de todo mal.

EL PREGUNTÓN

Con alguna intención, alguien formuló cierta vez al genio de la realidad la siguiente pregunta:

—Si yo voy por un camino en cuyo confín, según se dice, existe un profundo precipicio y una montaña muy elevada, y al término del mismo compruebo, realmente, la presencia de aquél y de ésta, mas quiero seguir avanzando, ¿cómo me resuelves el problema?

—En verdad, no es poco lo que pretendes —respondióle el genio—, pero no es para mí difícil resolverlo. En tu lugar, haría algo muy sencillo: volver sobre mis pasos, reconociendo que habría errado mi camino.

—No me satisface la respuesta —argumentó el preguntón—. Mi propósito es avanzar, avanzar siempre, pese a todo.

—En ese caso —replicó el genio—, pon en práctica la siguiente operación: taladra con tu cabeza la montaña; si no lo logras, tírate al precipicio.

En otra ocasión, insatisfecho aún y estimulado por el ansia de que el genio le resolviera todas sus dificultades, importunóle con esta nueva pregunta, acariciando, quizá, la ilusión de obtener por esa vía alguna fórmula mágica que lo convirtiese de la noche a la mañana en sapiente conocedor de todos los misterios:

—Puedes explicarme, ¡oh genio!, ¿en qué debo yo pensar?

—Debes pensar que eres un asno. Luego, prosiguiendo

esta función mental, sigue pensando también: «Si soy un asno, ¿por qué tengo manos y pies?, ¿por qué tengo inteligencia y me visto, además, como los seres humanos?». Verás que de inmediato asomará a tu mente la siguiente conclusión: «Es manifiesto que no soy un asno; y si no lo soy, no debo, pues, comportarme como tal».

* * *

Surge del relato, que cada cual debe actuar juiciosamente, sin excederse en sus pretensiones para no acusar insensatez.

LOS DOS HOMBRES

Reía estrepitosamente el señor de la fortuna viendo al sabio que, entregado a las tareas propias de su genio, no se inmutaba ante situaciones económicas adversas, y, con mofa, le decía:

—¿Cómo es que con tanto saber no haces una fortuna como la mía?

El sabio contestaba con invariable calma:

—Tú tienes una fortuna sin saber cómo la has habido; yo, en cambio, sí lo sé, y dispongo de bienes que tú no posees. ¿Quieres algo más grande que ver a un hombre tan digno de respeto con fortuna como sin ella, y a quien ni las contrariedades más grandes logran morder la integridad de su espíritu?

Un día objetó el sabio a su insistente polemista:

—Dime tú: si de pronto perdieras toda tu fortuna y te vieras pobre y con el abatimiento ocasionado por semejante situación, ¿qué harías?

—¡Oh! —respondió con sorpresa el adinerado—, no podría resistir ese golpe: me eliminaría enseguida.

—Pero... ¡cómo! —replicó el sabio—, ¿no serías capaz de rehacer la fortuna que hoy tienes?

—¡No!... ¿Cómo toleraría yo el vivir un solo día sin mis riquezas? ¡Imposible!

—Bien... bien —dijo el hombre que encarnaba la Sabiduría—. Yo, sin que nada afecte mi condición de hombre capaz,

podría perder cien veces mis bienes materiales y volverlos a rehacer. El tiempo, que sé emplear con inteligencia, me espera; y quienes me conocen no suelen notar cuando tengo mucho o nada tengo de eso que mueve la codicia humana. Sin embargo, cuando una fortuna cae, aplasta al hombre que la poseía.

* * *

El saber permite vivir en la opulencia del pensamiento, reservando siempre al ser un lugar allí donde quiera ubicarse; y no hay peligro de que pierda las riquezas de su sabiduría, puesto que es dueño de disponer de ellas en todo momento.

Los tesoros del saber cuestan sólo los instantes que el esfuerzo les dedica, pero una vez logrados, son enajenables y eternos. La fortuna del rico siempre está expuesta a sufrir reveses, por lo mismo que él es accidentalmente su dueño.

Si esto lo pensarán muchos, no harían sus vidas estériles agotando los días de su existencia en febriles afanes.

EL PELIGRO

Al pie de una montaña, de una montaña altísima, trabajando con gran calma en algo que no viene al caso, pero que le insumía la mayor parte de su tiempo, hallábase, cierta vez, un sabio. Muchos años de empeñoso esfuerzo ya habían transcurrido.

Rodeaban a este sabio numerosos artesanos. Mucha era, también, la gente que le conocía.

Una vez, mientras todos contemplaban su silenciosa labor, desde la cúspide de la montaña comenzó a desplomarse una roca gigantesca, que dibujó en los rostros un gesto de terror. Al punto huyeron todos en busca de refugios, instando al sabio a abandonar el lugar, pues la mole hacia allí se dirigía.

El sabio, en tanto, que había observado impasible el desprendimiento, dirigió una mirada a la huyente comitiva, y luego, sin preocuparse, reanudó su trabajo.

Pasó un fugaz instante, tras el cual volvió la multitud a clamar horrorizada. Inmutable, el artífice continuaba su labor. Con cautela, algunos se acercaron hasta él con la intención de sustraerlo del peligro; empero, el estrépito cercano de la roca los puso en fuga una vez más con gran celeridad, al tiempo que la mole caía, al fin, al lado del artífice, arrastrando consigo cantos y tierra.

Aplacada la polvareda, instaló aquel sabio, sobre la misma roca, su valioso y complejo instrumental, y prosiguiendo su tarea, expresó a los pocos que se fueron acercando:

—A los fines de mi obra, era urgente ya contar con esto o con algo parecido.

Nada más dijo, y contempló con mirada significativa la fuga de quienes con insensato énfasis se habían dispuesto a acompañarlo a través de sus empeños trascendentes.

* * *

Se ha observado, con singular repetición, que la inminencia de un peligro oscurece el entendimiento de los que no saben serenarse, y ello les impide calcular con acierto, sus posibilidades de salvación.

LA MOSCA

Después de mucho revolotear por el pútrido estiércol, una mosca posóse al cabo sobre la superficie coloidal de un vaso con miel. Adheridas sus patitas al viscoso medio, sintiendo que se hundía, intentó, sin resultado, volar una y otra vez. Rendida de fatiga, y sin esperanzas ya de salvación, quedóse allí agonizando lentamente.

* * *

Cuántos hay que atraídos, como la mosca, por la dulce sugestión de las cosas fáciles, se van hundiendo en ellas, incapaces de advertir el misterio encerrado en el objeto mismo, cuyo dominio y posesión presumieron ejercer.

LA CASA DE LOS APÓSTOLES

Hace una porción de tiempo, vivía en una finca situada en un tranquilo lugar de la República, un niño cuya modalidad constituía la constante preocupación de sus padres.

Era aquella una vieja finca; de regular extensión, cubierta en gran parte de árboles, muchos de ellos frondosos, ofrecía en algunos lugares tupido bosque. La casa solariega al frente, de líneas sobrias y totalmente cubierta por una túnica verde —la hiedra milenaria que tuvo el privilegio de asomarse por entre los ventanales y ser testigo de muchos instantes, hoy convertidos en recuerdos que silenciosamente guarda como un arcano de impenetrables misterios—, tenía un aspecto imponente y agradable.

Una serie de tristes acontecimientos había hecho de aquel niño un verdadero ermitaño. Huérfano del más caro de los amores humanos, sus ojos fueron privados de ver el dulce y tierno rostro de la madre, cuando apenas contaba el primer lustro de existencia.

Un día, el niño preguntó acongojado por su madrecita. Quería verla; hacía mucho que se había apoderado de él una angustia indescriptible, que lo llevaba a buscar el regazo materno; ese refugio tierno y sublime que tanto consuela el llanto que bordea las pupilas vírgenes de la primera edad, cuando el dolor oprime al corazón inocente. Nadie se atrevía a decirle la verdad; pero sus manitas tibias, blancas, todo lo tocaban, todo lo movían...

Cual si un secreto designio le anunciara algo que no podía comprender, aquel lugar vacío, que antes llenara toda su existencia, fue velándose a sus ojos, y su vida tornóse triste y silenciosa. De vez en cuando se le encontraba recostado en su lecho, escondiendo la cara llorosa entre sus pequeñas manitas. Vanos eran los esfuerzos para entretenerlo o alegrarlo, pues tan sólo oíasele decir que le dejaran dormir para ver a su madrecita.

Mercurio, el viejo criado, que hacía cuanto su imaginación le permitía concebir para distraer y alegrar al niño, terminaba las más de las veces por estrecharlo entre sus brazos para ocultar sus lágrimas.

¡Los juegos del pequeño ermitaño!... ¡Oh, cuántas veces hubieron de revelar aptitudes que sorprendían a sus familiares! Muchas horas pasaba subido a las ramas de los árboles. Había oído hablar con frecuencia de Jesús y sus apóstoles, y una de aquellas ocurrencias infantiles llevóle a bautizar a cada uno de sus árboles favoritos con el nombre de los famosos discípulos que actuaron en los tiempos bíblicos. Así, al más viejo, un sauce cuyo tupido ramaje semejaba la cabeza venerable de un anciano de espesa barba, lo llamó Pedro; un eucalipto corpulento tomó el nombre de Juan; tres higueras llamáronse «Las tres Marías», cada una con su respectivo nombre, y otros árboles respondían en la imaginación del niño a los nombres de los demás apóstoles.

Muchas veces se oyó que le decía a Mercurio, con toda la seriedad que acostumbraba imprimir a sus gestos de patroncito:

—Mañana temprano llévame el banquito a lo de Pedro, que tomaré el desayuno con él.

Otras, obligado a guardar cama, solía decir al fiel criado:

—Anda y dile a Juan que estoy enfermo, que te de algunas hojitas para sahumar el cuarto; ello me hará mucho bien.

Un día, su padre hizo podar una de las higueras de la finca porque no había dado casi fruto. Tan pronto como el niño la vio, prorrumpió en amargos y desconsolados sollozos; ¡habían destruido uno de sus sitios preferidos! Luego, acariciando a la higuerita con toda ternura, le decía:

—No llores, Magdalena, yo le pediré a Dios que te haga crecer otras ramas más lindas. Yo te cuidaré, ¡no te aflijas!

Y todos los días, con una palita y una regadera, pasaba horas carpiendo a su alrededor y regándola.

¡Cuánta alegría tuvo el niño cuando, pocos meses después, al llegar la primavera, de los cercenados troncos de la higuera brotaron nuevas ramas que se llenaron de verdes, brillantes y frescas hojas!

Nadie podía comprender estas rarezas del pequeño.

Cierta vez, alguien puso a Juan, el viejo eucalipto, unos clavos para sujetar un alambre; al verlos, el niño corrió con unas tenazas para sacarlos, reprochando a Mercurio por haber permitido que lastimaran a su querido Juan, el productor de «trompitos».

Marta, la pálida rosa que perfumaba en las frescas mañanas de otoño la brisa que jugueteaba con los cabellos del niño, recibía todos los días su visita antes del anochecer; también a ella la cuidaba con cariño.

—Mañana quiero que tengas más rosas abiertas —le decía mientras la regaba.

Y en el florero de su mesita de noche siempre estaba la flor predilecta, fruto de sus tiernos cuidados.

Tenía también sus pajaritos, a quienes amaba. Ubicábalos todos los días en aquellos sitios donde acostumbraba pasar largas horas. Allí les conversaba, y el bufón que conseguía hacerle reír era siempre «Pata de palo», un mirlo a quien unos muchachos habían herido, rompiéndole la patita de una pedrada. Él lo curó y púsole otra, que Mercurio le hizo. El mirlo se había hecho tan mansito que, mereciendo la confianza del niño, podía salir de su jaula y jugar libremente, cantando y silbando aquellas cosas que le enseñaba el pequeño ermitaño.

Acompañábele en todos sus juegos el Nato, un perro bravo y fornido, que no dejaba acercar a nadie al lado del niño, si él no le ordenaba lo contrario.

Un día en que se entretenía jugando sobre las ramas de Marcos, el pino solitario que estaba en una de las esquinas de la finca, se posó de pronto, muy cerca de él, un enjambre de abejas. Lejos de asustarse, el pequeño las contempló con

cariño y, bajando sigilosamente del árbol, corrió en busca de Mercurio. Al poco rato, éste había construido un cajón en el que las abejas, con gran diligencia, instalaron su nueva colmena. Por las mañanas el niño se acercaba a ellas —sus obreritas, como las llamaba— y les llevaba flores para que se alimentasen.

—¡Nene!, ¡nene! ¡Rica miel para ti! —le decía Mercurio poco tiempo después, aproximándosele con un panal lleno de miel—. ¡Es de las abejas!

Esto llenaba al pequeño de viva alegría.

Así pasaron los años de su tierna infancia.

Un día se produjo un episodio que quedó grabado en la mente de todos: fue aquel en que el niño enfermó gravemente. Los facultativos agotaron en esa ocasión, cuanto recurso disponía la ciencia, y, ya desesperaban de salvarlo, cuando de pronto incorporóse y en el paroxismo de su intensa fiebre, dijo:

—Dios quiere que viva siempre... —y un suspiro lo sumió en un sueño tranquilo y feliz.

Mucho tiempo hace de esto; y cada vez que pienso en aquel niño, veo a sus árboles llorar enternecidos, como si algo les faltara.

Algún día volverá el niño a acariciar a sus queridos arbolitos y, entonces, habrá mucha fiesta y alegría en la casa de los apóstoles...

LA VIVEZA DEL RIOJANO

Encontrábase un día un coronel de nuestro ejército presenciando, en la provincia de La Rioja, un examen médico que se hacía a jóvenes de veinte años, con el objeto de determinar si eran aptos o no para el servicio militar. En tal circunstancia se presentó uno, grandote, con aire inocentón, el cual, como particularidad, tenía cerrado uno de sus puños, con el pulgar doblado hacia adentro y apretado en forma tal que ni los médicos, con ayuda de los asistentes, podían abrírselo.

Interrogado acerca de ello, manifestó tenerlo así de nacimiento, por cuya causa nunca había podido utilizar la mano. Convencidos ya los médicos de que era inepto para servir en el ejército, lo dieron de baja, indicándole se retirara. Pero en ese mismo instante se le ocurrió al coronel, quien lo había estado observando atentamente, llamarlo y preguntarle:

—Decime che... ¿y cómo tenías vos la mano antes de tenerla así?

—Y... ¡aaasí, mi coronel! —respondió sonriente el muchacho, con toda espontaneidad, mostrando la mano totalmente abierta.

Puede figurarse el estupor que se apoderó de los médicos y del mismo coronel, quienes no sabían si reír o mostrarse severos ante semejante treta.

* * *

Muchos años después, reflexionando sobre el episodio, extraemos la siguiente conclusión: Es preferible mostrarse con el alma abierta, y nunca encerrarse en un concepto, propio o ajeno, pretendiendo hacer creer a los demás lo que no se es o no se tiene.

ÍNDICE

Prólogo	7
Sueño precursor	9
El fuego como símbolo	13
Historia de cinco rosas	17
La gota de tinta	21
Experiencia aleccionadora	23
Herencia singular	27
El rubí	29
Memorias de un padre	33
El avaro	41
El valiente	43
El apurado	45
Cuento árabe	47
El drama del Sapo	49
El país de los sueños	51
La vuelta del justo	71
El gran burgués	73
Monarca indiscutido	77
La corbata del gran señor	81
Cobardía curada	83
Intervención oportuna	85
Lejanos recuerdos	87
El rey sabio	91
Los proyectos de pico pico	93
Los dos amores	95
La roca, el tiempo y el tesoro	103
Extraño mensaje	105
Los amigos	107
Remedio eficaz	109
La atracción del yugo	111
Un pinchazo aleccionador	113
El payaso	115
La discreción del artífice	117

Un pasaje de la historia divina	119
El misterio de las botas.....	123
El kukurú.....	125
Huella inconfundible.....	127
Recuerda estas palabras	129
La verdad del Yamaly.....	131
Castigo merecido	135
Odisea de dos almas.....	137
Más pueden muchos que uno.....	143
El perro guardián	145
El hombre que buscaba a Dios.....	147
Cuento egipcio	151
El sordomudo y el ciego.....	153
La consulta.....	155
El puma «doméstico»	157
El ingrato.....	161
El Edén de los niños buenos.....	163
Los dos ejemplos	167
El mono y el león	169
Entre rejas	171
Las tres obras.....	177
El juego de la mancha	179
Pyka y Rutja	181
La lechuza	183
El mayordomo ingrato	185
El hombre y las piedras	187
Las lagartijas	189
El Viejo Testamento	191
Origen del Carnaval	193
El drama de Xyraom.....	197
El cachorro jactancioso	199
El preguntón.....	201
Los dos hombres.....	203
El peligro.....	205
La mosca.....	207
La casa de los apóstoles.....	209
La viveza del riojano.....	213